VIDAS PARALELAS
TOMO IV

PLUTARCO

CIMÓN - LUCULO - NICIAS - MARCO CRASO - SERTORIO - ÉUMENES

CIMÓN

I.- Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia a la Beocia al rey Ofeltas, y a los pueblos a quien éste mandaba, dejó una descendencia que fue por largo tiempo tenida en estimación, y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fue la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella a los bárbaros. Los más de este linaje, valientes y belicosos por naturaleza, perecieron en los encuentros con los Medos y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De éstos quedó un mocito, huérfano de padres, llamado Damón, y de apellido Peripoltas, muy aventajado en belleza de cuerpo y disposición de ánimo sobre todos los jóvenes de su edad, aunque, por otra parte, indócil y duro de condición. Prendóse de él, cuando acababa de salir de la puericia, un romano, jefe de una cohorte que invernaba en Queronea, y como no hubiese podido atraerle con persuasiones ni con dádivas, se tenía por cierto que no se abstendría de la violencia, mayormente hallándose abatida la ciudad y reducida a pequeñez y pobreza. Temiendo esto Damón, e incomodado ya con las solicitudes, trató de armarle una celada, para lo que se concertó con algunos de los

de su edad, aunque no en grande número, para que no se descubriese; de modo que eran al todo diez y seis. Tiznáronse los rostros con hollín, y habiendo bebido largamente, al mismo amanecer acometieron al Romano, que estaba haciendo un sacrificio junto a la plaza; dieron muerte a él y a cuantos con él se hallaban, y se salieron de la ciudad. Movióse grande alboroto, y congregándose el Senado de los Queronenses, los condenó a muerte, lo que era una excusa de la ciudad para con los Romanos. Juntáronse por la tarde a cenar los magistrados, como es de costumbre, y, arrojándose Damón y sus camaradas sobre el consistorio, les dieron también muerte, y luego volvieron a marcharse huyendo de la ciudad. Quiso la casualidad que por aquellos días viniese Lucio Luculo a ciertos negocios, trayendo tropas consigo; y deteniendo la marcha, hizo averiguación de estos hechos, que estaban recientes, y halló que de nada había tenido la culpa la ciudad, y antes ella misma había sido ofendida; por lo que, recogiendo la tropa, marchó con ella. Damón, en tanto, infestaba la comarca con latrocinios y correrías, amenazando a la ciudad, y los ciudadanos procuraban con mensajes y decretos ambiguos atraerle a la población. Vuelto a ella, le hicieron prefecto del Gimnasio; y luego, estándose ungiendo, acabaron con él en la estufa. Después de mucho tiempo se aparecían en aquel sitio diferentes fantasmas, y se oían gemidos, como nos lo refieren nuestros padres, y se tapió la puerta de la estufa; mas aun ahora les parece a los vecinos que discurren por allí visiones y voces que causan miedo. A los de su linaje, que todavía se conservan algunos, especialmente junto a Estiris de la Fócide, en dialecto eólico

les llaman *asbolómenos*, por haberse tiznado Damón con hollín cuando salió a su mal hecho.

II.- Eran vecinos los Orcomenios, y como estuviesen enemistados con los Queronenses, ganaron por precio a un calumniador romano, para que, como si fuera contra uno solo, intentara contra la ciudad causa capital sobre las muertes que Damón había ejecutado. Conocíase de la causa ante el pretor de la Macedonia, porque todavía los Romanos no enviaban entonces pretores a la Grecia; los defensores de la ciudad imploraban el testimonio de Luculo. Escribióle, pues, el pretor, y aquel declaró la verdad, siendo de esta manera absuelta la ciudad de una causa por la que se la había puesto en el mayor riesgo. Los ciudadanos que entonces se salvaron pusieron en la plaza una estatua de piedra de Luculo al lado de la de Baco; y nosotros, aunque posteriores en algunas edades, creemos que el agradecimiento debe extenderse también a los que ahora vivimos; y entendiendo al mismo tiempo que al retrato, que sólo imita el cuerpo y el semblante, es preferible el que representa las costumbres y el tenor de vida en esta escritura de las Vidas comparadas, tomamos a nuestro cargo referir los hechos de este ilustre varón, ateniéndonos a la verdad. Porque basta demos pruebas de que conservamos una memoria agradecida por un testimonio verdadero, ni a él le agradaría recibir en premio una narración mentirosa y amañada; pues así como deseamos que los pintores que hacen con gracia y belleza los retratos, si hay en el rostro alguna imperfección, ni la dejen del todo, ni la saquen exacta, porque esto lo haría feo, y aquello dese-

mejante a la vista, de la misma manera, siendo difícil, o, por mejor decir, imposible, escribir una Vida del todo irreprensible y pura, en los hechos laudables se ha de dar exacta la verdad, como quien dice la semejanza; pero los defectos y como fatalidades que acompañan a las acciones, y proceden o de algún afecto o de inevitable precisión, teniéndolos más bien por remisiones de alguna virtud que por efectos de maldad, no los hemos de grabar en la historia con empeño, y con detención, sino como dando a entender nos compadecemos de la humana naturaleza, que no da nada absolutamente hermoso, ni costumbres decididas siempre y en todo por la virtud.

III.- Parécenos, cuando bien lo examinamos, que Luculo puede ser comparado a Cimón, porque ambos fueron guerreros e insignes contra los bárbaros, suaves en su gobierno, y que dieron respectivamente a su patria alguna respiración de las convulsiones civiles: uno y otro erigieron trofeos y alcanzaron señaladas victorias; pues ninguno entre los Griegos llevó a países tan lejanos la guerra antes de Cimón, ni entre los Romanos antes de Luculo, si ponemos fuera de esta cuenta a Heracles y Baco, y lo que como cierto y digno de fe haya podido llegar desde aquellos tiempos a nuestra memoria, de Perseo contra los Etíopes o Medos y los Armenios, o de las hazañas de Jasón. También pueden reputarse parecidos en haber dejado incompletas sus acciones guerreras, pues uno y otro debilitaron y quebrantaron a su antagonista, mas no acabaron con él. Sobre todo, lo que más los asemeja y acerca uno a otro es aquella festividad y magni-

ficencia para los convites y agasajos y la jovialidad y esplendidez en todo su porte. Acaso omitiremos algunos otros puntos de semejanza, pero no será difícil recogerlos de la misma narración.

IV.- El padre de Cimón fue Milcíades, y la madre, Hegesípila, tracia de origen e hija del rey Óloro, como se dice en los poemas de Arquelao y Melantio, compuestos en alabanza del mismo Cimón. Así, Tucídides el historiador, que por linaje era deudo de Cimón, tuvo por padre a otro Óloro, que representaba a su ascendiente en el nombre y poseyó en la Tracia unas minas de oro, diciéndose que murió en Escaptehila, territorio de la Tracia, donde fue asesinado. Su sepulcro, habiéndose traído sus restos al Ática, se muestra entre los de los Cimones, al lado del de Elpinice, hermana de Cimón; mas Tucídides, por razón de su curia, fue Halimusio, y los de la familia de Milcíades eran Lacíadas. Milcíades, como debiese al Erario la multa de cincuenta talentos, para el pago fue puesto en la cárcel, y en ella murió. Quedó Cimón todavía muy niño con su hermana, mocita también y por casar, y al principio no tuvo en la ciudad el mejor concepto, sino que era notado de disipado y bebedor, siendo en su carácter parecido a su abuelo del propio nombre, al que, por ser demasiado bondadoso, se le dio el apellido de Coálemo. Estesímbroto Tasio, que poco más o menos fue contemporáneo de Cimón, dice que no aprendió ni la música ni ninguna otra de las artes liberales comunes entre los Griegos, ni participó tampoco de la elocuencia y sal ática; de manera que, atendi-

da su franqueza y sencillez, parece que su alma tenía más un temple peloponés, siendo

Inculto, franco, y en lo grande, grande.

como el Heracles de Eurípides, porque esto es lo que puede añadirse a lo que Estesímbroto nos dejó escrito. De joven todavía, fue infamado de tener trato con su hermana; de Elpinice, por otra parte, no se dice que fuese muy contenida, sino que anduvo extraviada con el pintor Polignoto, y que, por lo mismo, cuando éste pintó las "Troyanas" en el pórtico que antes se llamaba el Plesianiaccio, y ahora el Pécilo, delineó el rostro de Laódica por la imagen de Elpinice. Polignoto no era un menestral ni pintó el pórtico para ganar la vida, sino gratuitamente y para adquirir nombre en la ciudad, como lo refieren los historiadores de aquel tiempo, y lo dice el poeta Melantio con estas palabras:

De los Dioses los templos, generoso,
ornó a su costa, y la Cecropia plaza,
de los héroes pintando los retratos.

Algunos dicen que no fue a escondidas, sino a vista del público, el trato de Elpinice con Cimón, como casada con él, a causa de no encontrar, por su pobreza, un esposo proporcionado, y que después, cuando Callas, uno de los ricos de Atenas, se mostró enamorado y tomó de su cuenta el pagar al erario la condena del padre, convino ella misma, y Cimón también la entregó por mujer a Callas. Cimón parece

que también estuvo de sobra sujeto a la pasión amorosa, pues el poeta Melantio, chanceándose con él en sus elegías, hace mención de Asteria, natural de Salamina, y de una tal Mnestra, como que las visitaba y obsequiaba. Además, es cosa averiguada que de Isódica, hija de Euriptólemo, el hijo de Megacles, aunque unida con él en legítimos lazos, estuvo apasionadamente enamorado, y que sintió amargamente su muerte, si pueden servir de argumento las elegías que se le dirigieron para consuelo en su llanto; de las cuales dice el filósofo Panecio haber sido autor Arquelao el físico, conjeturándolo muy bien por el tiempo.

V.- En todo lo demás, las costumbres de Cimón eran generosas y dignas de aprecio, porque ni en el valor era inferior a Milcíades, ni el seso y prudencia a Temístocles, siendo notoriamente más justo que entrambos; y no cediendo a éstos en nada en las virtudes militares, es indecible cuánto los aventajaba en las políticas ya desde joven, y cuando todavía no se había ejercitado en la guerra. Porque cuando en la irrupción de los Medos persuadió Temístocles al pueblo que abandonando la ciudad y desamparando el país combatieran en las naves delante de Salamina y pelearan en el mar, como los demás se asombrasen de tan atrevida resolución, Cimón fue el primero a quien se vio subir alegre por el Cerámico al alcázar juntamente con sus amigos, llevando en la mano un freno de caballo para ofrecerlo a Minerva; dando a entender que la patria entonces no necesitaba de fuertes caballos, sino de buenos marineros. Habiendo, pues, consagrado el freno, tomó uno de los escudos suspendidos en el

templo, y habiendo hecho oración a la Diosa bajó al mar, inspirando a no pocos aliento y confianza. Tampoco era despreciable su figura, como dice el poeta Ion, sino que era de buena talla, teniendo poblada la cabeza de espesa y ensortijada cabellera. Habiéndose mostrado en el combate denodado y valiente, al punto se ganó la opinión y amor de sus conciudadanos, reuniéndose muchos alrededor de él y exhortándole a pensar y ejecutar cosas dignas de Maratón. Cuando ya aspiró al gobierno, el pueblo lo admitió con placer, y, estando hastiado de Temístocles, lo adelantó a los primeros honores y magistraturas de la ciudad, viéndole afable y amado de todos por su mansedumbre y sencillez. Contribuyó también a sus adelantamientos Aristides, hijo de Lisímaco, ya por ver la apacibilidad de sus costumbres y ya también por hacerle rival de la sagacidad e intrepidez de Temístocles.

VI.- Cuando después de haberse retirado los Medos de la Grecia se le nombró general de la armada, a tiempo que los Atenienses no tenían todavía el imperio, sino que seguían aún la voz de Pausanias y de los Lacedemonios, lo primero de que cuidó en sus expediciones fue de hacer observar a sus ciudadanos una admirable disciplina y de que en el denuedo se aventajaran a los demás. Después, cuando Pausanias concertó aquella traición con los bárbaros, escribiendo cartas al rey y a los aliados, empezó a tratarlos con aspereza y altanería, mortificándolos en muchas ocasiones con su modo insolente de mandar y con su necio orgullo. Cimón hablaba con dulzura a los que hablan sido ofendidos, mos-

trábaseles afable, y sin que se echara de ver, iba ganando el imperio de la Grecia, no con las armas, sino con su genio y sus palabras. Así es que los más de los aliados se arrimaron a él y a Aristides, no pudiendo sufrir la aspereza y soberbia de Pausanias. Estos, no sólo los admitieron benignamente, sino que escribieron a los Éforos para que retiraran a Pausanias, por cuanto afrentaba a Esparta e inquietaba toda la Grecia. Dícese que, habiendo dado Pausanias orden, con torpe propósito de que le trajesen a una doncella de Bizancio, hija de padres nobles, llamada Cleonice, los padres, por el miedo y la necesidad, la dejaron ir; y como ella hubiese pedido que se quitase la luz de delante del dormitorio, entre las tinieblas y el silencio, al encaminarse al lecho, tropezó sin querer con la lamparilla, y la volcó, y que él entonces, hallándose ya dormido, asustado con el estrépito, y echando mano a la espada, como si se viese acometido por un enemigo, hirió y derribó al suelo a la doncella. Murió ésta de la herida, y no dejaba reposar a Pausanias, sino que su sombra se le aparecía de noche entre sueños, pronunciando con furor estos versos heroicos:

> Ven a pagar la pena: que a los hombres
> no les trae la lujuria más que males;

con lo que, como se hubiesen irritado también los aliados juntamente con Cimón, le pusieron cerco. Huyóse, sin embargo, de Bizancio, y, espantado de aquel espectro, se dirigió, según se dice, al oráculo mortuorio de Heraclea, y evocando el alma de Cleonice, le pidió que se aplacara en su

enojo. Compareció ella al conjuro, y le dijo que se libertaría pronto de sus males luego que estuviese en Esparta; significándole, a lo que parece, por este medio la muerte que había de tener; así se halla escrito por diferentes historiadores.

VII.- Cimón, hechos ya del partido de Atenas los aliados, marchó por mar de general a la Tracia, por tener noticia de que algunos Persas distinguidos y del linaje del rey, ocupando a Eiona, ciudad situada a las orillas del río Estrimón, causaban vejaciones a los Griegos por allí establecidos. Ante todo, pues, venció en batalla a estos Persas y los encerró dentro de la ciudad; y después, sublevando a los Tracios del Estrimón, de donde les iban los víveres, y guardando con gran diligencia todo el país, redujo a los sitiados a tal penuria, que Butes, general del rey, traído a la última desesperación, dio fuego a la ciudad y se abrasó en ella con sus amigos y sus riquezas. De este modo la tomó, sin haber sacado otra ventaja alguna, por haberse quemado casi cuanto aquel traía con los bárbaros; pero el territorio, que era muy fértil y muy delicioso, lo distribuyó a los Atenienses, para establecer una colonia. Permitióle el pueblo que pusiera Hermes de piedra, en el primero de los cuales grabó esta inscripción:

Harto eran de esforzados corazones
los que del Estrimón en la corriente
y en Eiona a los hijos de los Medos
con hambre y cruda guerra molestaron,
siendo en sufrir trabajos los primeros.

En el segundo:

> Los Atenienses este premio dieron
> a sus caudillos: justa recompensa
> de sus servicios y sus altos hechos.
> De la posteridad el que tal viere,
> en pro común se afanará celoso,
> sin esquivar las peligrosas lides.

Y en el tercero:

> De esta insigne ciudad llevó Mnesteo
> con los Atridas a los frigios campos
> a un divino varón, loado de Homero
> por su destreza en ordenar las huestes
> de los Argivos de bronceadas armas.
> ¿Qué mucho, pues, que de marcial pericia,
> de denuedo y valor el justo lauro
> se dé a los hijos de la culta Atenas?

VIII.- Aunque en estas inscripciones no se descubre el nombre de Cimón, pareció, sin embargo, excesivo el honor que se le tributó a los de aquella edad, porque ni Temístocles ni Milcíades alcanzaron otro tanto, y aun a éste, habiendo solicitado una corona de olivo, Sócares Decelense, levantándose en medio de la junta, le dio una respuesta no muy justa, pero agradable al pueblo, diciendo: “Cuando tú ¡oh Milcíades! peleando solo contra los bárbaros, los vencieres, entonces aspira a ser coronado tú sólo.” ¿Por qué, pues, tuvieron

en tanto esta hazaña de Cimón? ¿No sería acaso porque con los otros dos caudillos sólo trataron de rechazar a los enemigos, para no ser de ellos sojuzgados, y bajo el mando de éste aun pudieron ofenderlos, y haciéndoles la guerra en su propio país adquirieron posesiones en él, estableciendo colonias en Eiona y en Anfípopis? Estableciéronse también en Esciro, tomándola Cimón con este motivo; habitaban aquella isla los Dólopes, malos labradores y dados a la piratería desde antiguo, en términos que ni siquiera usaban de hospitalidad con los navegantes que se dirigían a sus puertos; y, por último, habiendo robado a unos mercaderes tésalos que navegaban a Ctesio, los habían puesto en prisión. Pudieron éstos huir de ella, y movieron pleito a la ciudad ante los Anfictiones. La muchedumbre se rehusaba a reintegrarlos del caudal robado, diciendo que lo devolvieran los que lo habían tomado y se lo habían repartido; mas con todo, intimidados, escribieron a Cimón, exhortándole a que viniera con sus naves a ocupar la ciudad, porque ellos se la entregarían. Así fue como Cimón tomó la isla, de la que arrojó a los Dólopes, y dejó libre el mar Egeo. Sabedor de que el antiguo Teseo, hijo de Egeo, huyendo de Atenas había sido muerto allí alevosamente por el rey Licomedes, hizo diligencias para descubrir su sepulcro, porque tenían los Atenienses un oráculo que mandaba se trajeran a la ciudad los restos de Teseo y lo veneraran debidamente como a un héroe; pero ignoraban dónde yacía, porque los Escirenses ni lo manifestaban ni permitían que se averiguase. Encontrando, pues, entonces el hoyo, en fuerza de la más exquisita diligencia, puso Cimón los huesos en su nave, y adornándolos con esmero los con-

dujo a la ciudad, al cabo de unos ochocientos años, con lo que todavía se le aficionó más el pueblo. En memoria de este suceso se celebró una contienda de trágicos que se hizo célebre, porque habiendo presentado Sófocles, que aún era joven, su primer ensayo, como el arconte Apsefión, a causa de haberse movido disputa y altercado entre los espectadores, no hubiese sorteado los jueces del combate, cuando Cimón se presentó con sus colegas en el teatro para hacer al Dios las libaciones prescritas por la ley, no los dejó salir, sino que, tomándoles juramento, los precisó a sentarse y a juzgar, siendo diez en número, uno por cada tribu; así, esta contienda se hizo mucho más importante por la misma dignidad de los jueces. Quedó vencedor Sófocles, y se dice que Esquilo lo sintió tanto y lo llevó con tan poco sufrimiento, que ya no fue mucho el tiempo que vivió en Atenas, habiéndose trasladado por aquel disgusto a Sicilia, donde murió, y fue enterrado en las inmediaciones de Gela.

IX.- Escribe Ion que, siendo él todavía mocito, comió con Cimón, en ocasión de haberse venido a Atenas desde Quio con Laomedonte, y que, rogado aquel que cantase, como no lo hubiese ejecutado sin gracia, los presentes lo alabaron de más urbano que Temístocles, por haber éste respondido en igual caso que no había aprendido a cantar y tañer y lo que él sabía era hacer una ciudad grande y rica. De aquí, como era natural, recayó la conversación sobre las hazañas de Cimón, y, como se hiciese memoria de las más señaladas, dijo que se les había pasado referir la más bien entendida de sus estratagemas; porque habiendo tomado los

aliados muchos cautivos de los bárbaros en Sesto y en Bizancio, encargaron al mismo Cimón el repartimiento; y él había puesto a un lado los cautivos, y a otro los presos y adornos que tenían, de lo que los aliados se habían quejado, teniendo por desigual aquella división. Díjoles entonces que de las dos partes eligieran la que gustasen, porque los Atenienses con la que dejaran se darían por contentos. Aconsejándoles, pues, Herófito de Samos que eligieran antes los arreos de los Persas que los Persas mismos, tomaron los adornos de éstos, dejándoles a los Atenienses los cautivos; y por entonces se rieron de Cimón como de un mal repartidor, por cuanto los aliados cargaron con cadenas, collares y manillas de oro, y con vestidos y ropas ricas de púrpura, no quedándoles a los Atenienses más que los cuerpos malamente cubiertos para destinarlos al trabajo; pero al cabo de poco bajaron de la Frigia y la Lidia los amigos y deudos de los cautivos, y redimían a cada uno de éstos por mucho dinero; de manera que Cimón proveyó de víveres las naves para cuatro meses, y aun les quedó de los rescates mucho dinero que llevar a Atenas.

X.- Rico ya Cimón, los viáticos de la guerra, que se los hizo pagar muy bien de los enemigos, los gastaba mejor con sus conciudadanos, porque quitó las cercas de sus posesiones para que los forasteros y los ciudadanos necesitados pudieran tomar libremente de los frutos lo que gustasen. En su casa había mesa, frugal, sí, pero que podía bastar para muchos cada día; y de los pobres podía entrar a ella el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su

trabajo, para atender solamente a los negocios públicos. Mas Aristóteles dice que la mesa no era franca para todos los Atenienses, sino sólo para el que quisiera de sus compatriotas los Lacíadas. Acompañabanle algunos jóvenes bien vestidos, cada uno de los cuales, si se llegaba a Cimón algún Ateniense anciano con pobres ropas, cambiaba con él las suyas; hecho que se tenía por muy fino y delicado. Ellos mismos llevaban igualmente dinero en abundancia, y acercándose en la plaza a los pobres menos mal portados, les introducían secretamente alguna moneda en la mano. A estos rasgos parece que alude Cratino el cómico en *Los Arquílocos* cuando dice:

Yo, Metrobio, el gramático,
pedía con instancia a los Dioses me otorgaran
pasar unido con Cimón mis días,
senectud asegurando regalona
con este hombre divino, el más bondoso
y más obsequiador entre los Griegos;
pero dejóme y se ausentó primero.

Gorgias Leontino dice, además, que Cimón adquirió riqueza para usar de ella, y que usaba de ella para ser honrado. Critias, que fue uno de los treinta tiranos, pide a los Dioses en sus elegías

Oro elle los Escopas; mano franca
la de Cimón, y triunfos y victorias
los del lacedemonio Agesilao.

Y en verdad que el espartano Licas no es tan celebrado entre los Griegos sino porque en la concurrencia a los juegos gímnicos daba de comer a los forasteros; pero el uso que de su opulencia hacía Cimón excedía a la antigua hospitalidad y humanidad de los Atenienses: porque aquellos con quienes justamente se muestra ufana esta ciudad dieron a los Griegos las semillas de los alimentos, y les enseñaron el uso del agua de las fuentes y el modo de encender el fuego para el servicio de los hombres, y éste, erigiendo su casa en un pritaneo común para los ciudadanos, y poniendo francas las primicias de los frutos ya sazonados, y todo cuanto bueno llevan las estaciones en el país, para que los forasteros lo tomaran y disfrutaran, reprodujo en cierta manera aquella fabulosa comunión de bienes del tiempo de Crono.

Los que califican estos hechos de lisonja y adulación a la muchedumbre encuentran el desengaño en todo el tenor del gobierno de Cimón, que siempre se inclinó a la aristocracia, como que con Aristides repugnó e hizo frente a Temístocles, que daba a la muchedumbre más alientos de lo que convenía; y después se opuso a Efialtes, que para ganarse el pueblo quería debilitar el Senado del Areópago. En un tiempo en que se veía que todos los demás, a excepción de Aristides y Efialtes, estaban implicados en corrupciones y sobornos, él se conservó puro e intacto, hasta el fin de la tacha de recibir regalos, haciéndolo y diciéndolo todo gratuitamente y con limpieza. Dícese que vino a Atenas, con grandes caudales, un bárbaro llamado Resaces, que se había rebelado al rey, el cual, mortificado de calumniadores, acudió

a Cimón y le presentó en el recibimiento dos picheles, lleno uno de daricos de plata y el otro de oro, y que Cimón al verlo se echó a reír, y le preguntó qué era lo que prefería: que Cimón fuese su asalariado, o su amigo; y como respondiese que amigo: “Pues bien- le repuso-; vete y llévate contigo esta riqueza, porque me servirá, si la hubiese menester, siendo tu amigo”.

XI.- Pagaban los aliados sus contribuciones, pero no daban los hombres y las naves que les correspondían, sino que, dejados ya de expediciones y de milicia, no teniendo que hacer la guerra, aspiraban sólo a cultivar sus campos y vivir en reposo, habiéndose hecho la paz con los bárbaros y no siendo de éstos molestados, que era por lo que ni tripulaban las naves ni daban hombres de guerra. Los demás generales de los Atenienses los estrechaban a cumplir con estas cargas, y usando de multas y castigos con los que estaban en descubierto hacían áspero y aborrecible su imperio. Más Cimón seguía en este punto un camino enteramente opuesto, no haciendo violencia a ninguno de los Griegos, sino que de los que a ello se acomodaban tomaba el dinero y las naves vacías y los dejaba que se acostumbrasen al reposo y a estarse quietos en casa, haciéndose labradores y negociantes pacíficos con el regalo y la inexperiencia, de belicosos que antes eran. De este modo, a los Atenienses, que todos a su vez servían en las naves y se ocupaban en las cosas de guerra, con los sueldos y a costa de los aliados, los hizo en breve tiempo señores de los que contribuían; porque, como estaban siempre navegando, manejando las armas, mantenidos y

ejercitados en las continuas expediciones, se acostumbraron aquellos a temerlos y a obsequiarlos, haciéndose insensiblemente sus tributarios y sus esclavos, en lugar de compañeros.

XII.- Por de contado, nadie abatió ni mortificó más el orgullo del gran Rey que Cimón; porque no se contentó con verle fuera de la Grecia, sino que, siguiéndole paso a paso, sin dejar respirar ni pararse a los bárbaros, ya talaba y asolaba un país, ya en otra parte sublevaba a los naturales y los traía al partido de los Griegos; de manera que desde la Jonia a la Panfilia dejó el Asia enteramente libre de armas persianas. Noticioso de que los generales del Rey, con un grande ejército y muchas naves, se proponían sorprenderle hacía la Panfilia, y queriendo que éstos por miedo no navegaran en adelante en el mar dentro de las islas Quelidonias, ni siquiera se acercasen a él, dio la vela desde Cnido y Triopio con doscientas naves. Teníanlas desde Temístocles muy bien aparejadas para la celeridad y para tomar prontamente la vuelta; pero Cimón las hizo entonces más llanas, y dio ensanche a la cubierta, para que con mayor número de hombres armados se presentaran más terribles a los enemigos. Navegando, pues, a la ciudad de Faselis, cuyos habitantes eran Griegos, pero ni admitían sus tropas ni había forma de apartarlos del partido del rey, taló su territorio, y empezó a combatir los muros. Iban en su compañía los de Quío; y siendo amigos antiguos de los Faselitas, por una parte procuraban templar a Cimón, y por otra arrojaban a las murallas ciertas esquelas clavadas en los astiles, para advertir de todo a los Faselitas.

Por fin lograron se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimón para la guerra contra los bárbaros. Éforo dice que era Titraustes el que mandaba la armada del Rey, y Ferendates el ejército; mas Calístenes es de opinión que Ariomandes, hijo de Gobrias, tenía el mando de todas las fuerzas, y que con las naves marchó hacía el Eurimedonte, no estando dispuesto a pelear todavía con los Griegos, porque esperaba otras ochenta naves fenicias, que habían salido de Chipre. Quiso Cimón anticiparse a su llegada, para lo que movió con sus naves, dispuesto a obligar por fuerza a los enemigos, si voluntariamente no querían combatir. Al principio éstos, para no ser precisados, se entraron río adentro, pero, siguiéndolos los Atenienses, hubieron de hacer frente, según Fanodemo, con seiscientas naves, y según Éforo, con trescientas cincuenta. Mas por mar nada hicieron digno de tan considerables fuerzas, sino que al punto se echaron a tierra; los primeros pudieron escapar huyendo al ejército que estaba cerca, pero los demás fueron detenidos y muertos, y disuelta la armada. Ahora, la prueba de que las naves de los bárbaros habían sido en excesivo número es que, con haber huido muchas, como es natural, y haber sido otras muchas destruidas, todavía apresaron doscientas los Atenienses.

XIII.- Bajaba el ejército hacía el mar, y le pareció a Cimón obra muy ardua contenerle en su marcha y hacer que los Griegos acometieran a unos hombres que venían de refresco y eran en gran número; con todo, viendo a éstos muy alentados y resueltos con el ardor y engreimiento que da la

victoria a arrojarse en unión sobre los bárbaros, a la infantería, que todavía estaba caliente del combate naval, la hizo que cargase con ímpetu y algazara; y resistiendo y defendiéndose por su parte los Persas, no sin bizarría, se trabó una muy reñida batalla. De los Atenienses cayeron los hombres de mayor valor y de mayor opinión, pero al fin hicieron huir a los bárbaros, con gran matanza de ellos, y después tomaron prisioneros a otros, y les ocuparon las tiendas llenas de toda especie de preciosidades. Cimón, que como diestro atleta en un día había salido vencedor en dos combates, no obstante haber excedido con la batalla campal al triunfo de Salamina y con la naval al de Platea, aún a añadió otro trofeo a estas victorias; pues sabiendo que las ochenta galeras fenicias, que no tuvieron parte en el combate, habían aportado a Hidro, se dirigió allá sin detención; y como sus comandantes no tuviesen noticia positiva de las principales fuerzas, sino que estuviesen en la duda y en la incertidumbre, siendo por lo mismo mayor su sorpresa, perdieron todas las naves, y la mayor parte de los soldados perecieron. De tal modo abatieron estos sucesos el ánimo del rey, que ajustó aquella paz tan afamada de no acercarse jamás al mar de Grecia a la distancia de una carrera de caballo y de no navegar dentro de las islas Cianeas y Quelidonias con nave grande y de proa bronceada, aunque Calístenes sostiene que el bárbaro no hizo tal tratado; mas en las obras guardó lo que se ha dicho, de miedo de aquella derrota, teniéndose a tanta distancia de la Grecia, que Pericles, con cincuenta galeras, y Efialtes con solas treinta, navegaron por aquella parte de las Quelidonias, sin que de los bárbaros se les ofreciera a

la vista ni siquiera un barco. Pero Crátero, en su colección de decretos, insertó el tratado como hecho realmente, y aun se dice que los Atenienses erigieron con este motivo el ara de la paz, y que a Calias, que había sido el embajador, le colmaron de distinciones. Vendidos los despojos que entonces se tomaron, tuvo el pueblo fondos para otras muchas cosas, y edificó el muro de la ciudadela que mira al mediodía, habiéndose hecho rico con estas expediciones. Añádase que las largas murallas llamadas piernas, aunque se acabaron después, se empezaron entonces, y que el cimiento, como se hubiese dado con un terreno pantanoso y muelle, fue afirmado con toda seguridad por Cimón, que hizo desecar los pantanos con mucha arcilla y piedras muy pesadas, dando y aprontando para ello el caudal necesario. Fue el primero en hermosear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento, por los que hubo tanta pasión después, porque plantó de plátanos la plaza, y a la Academia, que antes carecía de agua y era un lugar enteramente seco, le dio riego, convirtiéndola en un bosque, y la adornó con corredores espaciosos y desembarazados, y con paseos en que se gozaba de sombra.

XIV.- Como algunos Persas no quisiesen abandonar el Quersoneso, y aun llamasen de más arriba a los Tracios, con desprecio de Cimón, partió éste de Atenas con poquísimas naves, en busca de ellos, y con solas cuatro naves les tomó trece. Lanzando, pues, a los Persas y derrotando a los Tracios, puso bajo la obediencia de Atenas todo el Quersoneso. Después, venciendo por mar a los Tasios, que se habían re-

belado a los Atenienses, les tomó treinta y tres naves, se apoderó, por sitio, de su ciudad, adquirió para Atenas las minas de oro que estaban al otro lado y ocupó todo el terreno sobre que dominaban los Tasios. De allí, pudiendo pasar a la Macedonia y ganar mucha parte de ella, como pareciese que lo había dejado por no querer, se le atribuyó que por el rey Alejandro había sido sobornado con presentes, sobre lo que tuvo que defenderse, persiguiéndole con encarnizamiento sus enemigos En su apología, ante los jueces, dijo que no había tenido hospedaje como otros entre los Jonios o los Tésalos, que son ricos, para recibir honores y agasajos, sino entre los Lacedemonios, cuya moderación y sobriedad había procurado imitar y aplaudir, no teniendo en nada la riqueza y si preciándose de haber enriquecido su ciudad con la opulencia de los enemigos. Haciendo Estesímbroto mención de este juicio, refiere que Elpinice, rogada por Cimón, fue a llamar a la puerta de Pericles, porque éste era el más violento de los acusadores, y que él, echándose a reír: “Vieja estás- le dijo-, vieja estás, Elpinice, para manejar tan arduos negocios”; mas que con todo, en la vista de la causa se mostró muy benigno con Cimón, no habiéndose levantado durante la acusación más que una sola vez, como para cumplir.

XV.- Salió, pues, absuelto de esta causa, y en las cosas de gobierno, mientras estuvo presente, dominó y contuvo al pueblo, que acosaba a los principales ciudadanos y procuraba atraer a sí toda la autoridad y el poder; pero cuando volvió a marchar a la armada, alborotándose los más y

trastornando el orden existente de gobierno y las instituciones patrias en que antes habían vivido, poniéndose al frente Efialtes, quitaron al Senado del Areópago el conocimiento de todos los juicios, a excepción de muy pocos, y erigiéndose en árbitros de los tribunales introdujeron una democracia absoluta, teniendo ya entonces Pericles bastante influjo y habiéndose puesto de parte de los muchos. Por esta causa, como Cimón, a su vuelta, se hubiese indignado porque habían oscurecido la majestad del Consejo y hubiese intentado volver a llevar a él los juicios y restablecer la aristocracia de Clístenes, se juntaron muchos a gritar y a irritar al pueblo, recordándole lo de la hermana y acusándole de laconismo, acerca de lo cual son bien conocidos aquellos versos de Éupolis contra Cimón:

No era hombre malo; un poco dado al vino,
descuidado, y que a veces en Esparta
noche solía hacer, aquí dejando
sola y sin compañía a su Elpinice.

Pues si falto de atención y tomado del vino conquistó tantas ciudades y alcanzó tantas victorias, es claro que, a haber estado cuerdo y atento, ninguno de los Griegos, ni antes ni después de él, hubiera igualado sus hechos.

XVI.- Fue, en efecto, desde el principio partidario de Lacedemonia, y de dos hijos gemelos que tuvo de Clitoria, según dice Estesímbroto, al uno le puso por nombre Lacedemonio, y al otro, Eleo, por lo que Pericles muchas veces les dio en cara con su origen materno; pero Diodoro Perie-

getes dice que así éstos como Tésalo, hijo tercero de Cimón, fueron tenidos en Isódica, hija de Euriptólemo y sobrina de Megacles. Contribuyeron mucho a sus adelantamientos los Lacedemonios, que ya entonces estaban en contradicción con Pericles y querían que fuese este joven el que tuviese el mayor poder y autoridad en Atenas. Esto lo vieron al principio con gusto los Atenienses, no sacando poco partido de la benevolencia de los Lacedemonios hacía él; porque en el principio de su incremento, y cuando empezaban a tomar parte en los asuntos de los otros pueblos, aliados de unos y otros, no les venían mal los honores y los obsequios hechos a Cimón, puesto que entre los Griegos todo se manejaba a su arbitrio, siendo afable con los aliados y muy acepto a los Lacedemonios. Mas después, cuando ya se hicieron los más poderosos, vieron con malos ojos que Cimón permaneciese todavía no ligeramente apasionado de los Lacedemonios, porque él mismo también, celebrando para todo a los Lacedemonios ante los Atenienses, especialmente cuando tenía que reprender a éstos o que excitarlos a alguna cosa, había tomado la costumbre, según refiere Estesimbroto, de decirles: "¡Qué poco son así los Lacedemonios!" Con lo que se granjeó cierta envidia y displicencia de parte de sus conciudadanos. Pero de todas, la calumnia más poderosa contra él tuvo este origen: en el año cuarto del reinado de Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, en Esparta, por un terremoto mayor que todos aquellos de que antes había memoria, en todo el territorio de los Lacedemonios se abrieron muchas simas, y estremecido el Taígeto, algunas de sus cumbres se aplanaron. La ciudad misma tembló toda, y fuera de cinco casas,

todas las demás las derribó el terremoto. En el pórtico, en ocasión de estar lleno, ejercitándose en él a un tiempo los mozos y los muchachos, se dice que poco antes del temblor se apareció una liebre, y que los muchachos, ungidos como estaban, por una muchachada se pusieron a correr tras ella y perseguirla, y en tanto cayó el gimnasio sobre los mozos que se habían quedado, muriendo allí todos; y a su sepulcro aún se le da el día de hoy el nombre de *Sismacia*, tomado del terremoto. Previó al punto Arquidamo por lo presente lo que iba a suceder, y viendo que los ciudadanos se dedicaban a recoger en sus casas lo más precioso cada uno, mandó que la trompeta hiciera señal de que venían enemigos, para que a toda priesa acudieran armados a su presencia; esto solo fue lo que entonces salvó a Esparta, porque de todos los campos sobrevinieron corriendo los Hilotas para acabar con los que se hubieran salvado de los Espartanos; pero hallándolos en orden de batalla se retiraron a sus poblaciones, siendo, sin embargo, bien claro que iban a hacerles la guerra, por haber atraído a no pocos de los circunvecinos y venir ya también sobre Esparta los Mesenios. Envían, pues, los Lacedemonios a Atenas de embajador, para pedir auxilio, a Periclidas, de quien dice en una comedia suya Aristófanes que "sentado ante los altares, todo pálido, con una ropa de púrpura, pedía por compasión un ejército". Oponíase Efialtes, y con el mayor empeño rogaba que se negase el socorro y no se restableciera una ciudad rival de Atenas, sino que se la dejase en el suelo, para ser pisado su orgullo; pero dice Critias que Cimón, anteponiendo el bien de los Lacedemonios al incremento de su patria, convenció al pueblo y salió a

auxiliarlos con mucha infantería. Ion nos da cuenta de la principal razón con que movió a los Atenienses, que fue exhortarlos a que no dejaran coja la Grecia ni dieran lugar a que su ciudad quedara sin pareja.

XVII.- Auxiliado que hubo a los Lacedemonios, volvía con su ejército por Corinto, y Lacarto le reconvino por haber entrado con sus tropas sin anuencia de aquellos ciudadanos, diciendo que aun los que llaman en puerta ajena no entran sin que el dueño les mande pasar adelante: a lo que Cimón le replicó: “Pues vosotros ¡oh Lacarto! no llamáis a las puertas de los Cleoneos y Megarenses, sino que, quebrantándolas, os introducís con las armas, creyendo que todo debe estar abierto a los que más pueden”. ¡Con esta arrogancia habló en tan oportuna ocasión! y pasó con su ejército. Volvieron los Lacedemonios a llamar en su socorro a los Atenienses contra los Mesenios e Hilotas, que se hallaban en Itome, y cuando ya los tuvieron a su disposición, temiendo su denuedo y aire marcial, los despidieron a ellos solos de todos los aliados, bajo el pretexto de que intentaban novedades. Retiráronse con grande enojo, y además de exasperarse muy a las claras contra los que laconizaban, condenaron a Cimón, valiéndose de un leve pretexto, al ostracismo por diez años: porque éste era el tiempo prefinido a todos los que sufrían esta pena. En esto, hallándose los Lacedemonios acampados en Tanagra, de vuelta de libertar a los de Delfos de los Focenses, les salieron los Atenienses al encuentro para darles batalla; y Cimón fue a colocarse con sus armas entre los de su tribu Enide, dispuesto a batirse

contra los Lacedemonios en compañía de sus conciudadanos; pero el Consejo de los Quinientos, sabedor de ello y temiéndole, intimó a los generales a instigación de sus enemigos, que le imputaban ser su ánimo desordenar el ejército e introducir los Lacedemonios en la ciudad, que de ningún modo lo admitiesen. Retiróse, pues, rogando encarecidamente a Eutipo Anaflistio, y a los demás amigos que estaban más tildados de laconizar o ser adictos a los Lacedemonios, que pelearan esforzadamente, a fin de lavar con las obras, ante sus ciudadanos, aquella infundada nota. Estos, pues, tomando la armadura de Cimón, y colocándola en su puesto, se juntaron todos en uno, los ciento que eran, y corrieron a la muerte con el mayor arrojo, obligando a los Atenienses a que sintiesen su pérdida y a que se arrepintiesen de sus injustas sospechas. De aquí es que tampoco les duró mucho el enojo contra Cimón, ya porque trajeron a la memoria, como era debido, sus importantes servicios, y ya también porque así lo exigieron las circunstancias; porque vencidos en Tanagra en una reñida batalla, y esperando tener sobre sí para el verano un ejército de los del Peloponeso, llamaron de su destierro a Cimón, y tornó a su llamamiento, habiendo sido Pericles quien escribió el decreto: ¡tan subordinadas eran entonces al orden político las rencillas, tan templados los enojos y tan prontos a ceder a la común debilidad, y hasta tal punto la ambición, que sobresale entre todas las demás pasiones, sabia acomodarse a las necesidades de la patria!

XVIII.- Luego que volvió Cimón, al punto puso fin a la guerra y reconcilió las ciudades; pero como hecha la paz viese que los Atenienses no podían permanecer en reposo, sino que deseaban estar en acción y aumentar su poder por medio de expediciones, para que no incomodaran a los demás Griegos, ni dirigiéndose con muchas naves hacía las islas y el Peloponeso diesen ocasión a guerras civiles u origen a quejas de parte de los aliados contra la ciudad, tripuló doscientos trirremes, con muestras de marchar otra vez contra el Egipto y Chipre; llevando en esto la idea, por una parte, de que los Atenienses no se descuidaran nunca de la guerra contra los bárbaros, y por otra, de que granjearan justamente riquezas, trasladando a la Grecia la opulencia de sus naturales enemigos. Cuando todo estaba dispuesto y las tropas ya embarcadas, tuvo Cimón un sueño. Pareciole que una perra muy furiosa le ladraba, y que del ladrido salía una mezcla de voz humana que le decía:

Ve, que has de ser amigo
mío y de estos mis tiernos cachorrillos.

Siendo tan difícil y oscura esta visión, Astífilo Posidionata, que era adivino y muy conocido de Cimón, dijo que aquello significaba su muerte, explicándolo de esta manera: el perro es el enemigo de aquel a quien ladra, y de un enemigo nunca se hace uno mejor amigo que a la muerte; y la mezcla de la voz designa un enemigo medo, porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Después de este ensueño, estando él mismo sacrificando a Baco, dividió el

sacerdote la víctima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco a poco unas hormigas, y poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimón, sin que esto se advirtiese por algún tiempo; pero, cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Con todo, no pudiendo desentenderse de la expedición, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto navegó con todas las demás. Venció la armada del rey, compuesta de naves de la Cilicia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando a las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del rey, mayormente después de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que había ofrecido al rey, al mover guerra a los Griegos, que él iría de general. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos, y más todavía, de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimón, se quitó a si mismo la vida. Preparados así por Cimón los principios de grandes combates, y manteniéndose con su escuadra a la inmediación de Chipre, envió mensajeros al templo de Amón, a inquirir del Dios cierto oráculo oscuro; pues nadie sabe determinadamente a qué fueron enviados. Ni tampoco el dios les dio oráculo alguno, sino que, al tiempo mismo de acercarse, mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenía ya consigo a Cimón. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimón había muerto, y, computando los días que pasaron cerca del oráculo, recono-

cieron habérseles dado a entender la muerte del caudillo con decírseles que ya estaba con los dioses.

XIX.- Murió teniendo sitiado a Cicio, de enfermedad, según los más, aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir, encargó a sus subalternos que al punto volvieran a la patria, ocultando su fallecimiento; así sucedió que, no habiéndolo sabido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimón, que hacía treinta días estaba muerto. Después que él falleció, ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes griegos, sino que, armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiración al rey en sus negocios y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya más tarde, Agesilao, llevando sus armas al Asia, dio algún paso en la guerra contra los generales del rey, pero sin haber hecho nada grande o de importancia. Llamado otra vez, por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando a los exactores persas de los tributos en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se había visto que ni un mal correo ni un caballo se acercara a aquel mar ni a cuatrocientos estadios durante el mando de Cimón. Haber sido sus despojos traídos al Ática lo atestiguan los sepulcros que aún hoy se llaman Cimóneos. También los Cicienses honran un sepulcro de Cimón, por

haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, según el orador Nausícrates, que no se olvidaran de Cimón, sino que le dieran culto y lo veneraran como un ser supremo. Tal fue el general griego.

LUCULO

I.- El abuelo de Luculo había obtenido la dignidad consular, y era tío suyo, por parte de madre, Metelo, el llamado Numídico; pero su padre había sido, condenado en causa de soborno, y su madre, Cecilia,'estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dio a conocer, antes de pedir magistratura ninguna y antes de tomar parte en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el augur, que había malversado los caudales públicos, acción que a todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general, el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado, sino que se complacían en ver a los jóvenes perseguir a los malos como a las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caídas y algunos heridos; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina; así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como a persona que sabía disponer y ordenar la Historia con mayor perfección; porque su pronto

y buen decir no se limitaba al uso preciso, a la manera de quien el foro agita

Cual atún las ondas
y después, fuera de la plaza,
En seco muere con trabada lengua;

sino que siendo todavía joven había adquirido ya, atraído de su belleza, aquella educación esmerada que se llama liberal. De anciano, enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado a la investigación de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo a la ambición, a causa de su desavenencia con Pompeyo. Acerca de su afición a las letras se refiere, además de lo dicho, que siendo todavía mozo, con ocasión de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisena, la que vino a hacerse un poco seria, se comprometió a escribir la Guerra Mársica, en verso o en prosa, en griego o en latín, según lo declarase la suerte, y parece que ésta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aún hoy su historia de la Guerra Mársica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenía a su hermano Marco; pero los Romanos conservan, sobre todo, la memoria de la primera; y es que, con ser él de más edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno, sino que esperó a que éste se hallara ya en sazón, y entonces ganó de tal manera la afición del pueblo, que juntos fueron nombrados ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

II.- Era todavía joven al tiempo de la Guerra Mársica, y dio ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia; pero las calidades que Sila apreciaba más en él eran su entereza y afabilidad; así, le empleó desde el principio en los negocios que pedían grande diligencia, de los cuales fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto, él fue quien en la Guerra Mitridática acuñó la mayor parte, la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Después de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó a Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del invierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas que, por lo mismo que dominaban, discurrían libremente por todas partes; abordó, sin embargo, a Creta, la agregó a la república, y hallando a los de Cirene en estado de insurrección, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles a la memoria aquella sentencia de Platón, que fue una especie de profecía. Porque, rogándole, según es fama, que les dictase leyes y diese a su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes a los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad, pues nada hay más indomable que un hombre engreído con su dicha, ni, a la inversa, nada más dócil que el abatido por la fortuna, que fue lo que entonces hizo a los Cire-

neos sumisos a su legislador Luculo. De allí, volviendo a hacerse a la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándoselos los piratas; mas él se salvó, y fue magníficamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada primorosamente, como se ejecuta cuando navega el rey; y Tolomeo, que era aún muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dio habitación y cumplido hospedaje en su palacio, lo que nunca antes se había hecho con otro general extranjero que allí hubiese arribado. En cuanto a la comida y demás gastos, no se le dio lo que a los demás, sino el cuádruplo; de lo que él, sin embargo, no consumió más que lo preciso, ni recibió los presentes que se le enviaron, apreciados en ochenta talentos. Dícese que ni subió a Menfis ni vio ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que éstos eran espectáculos para gente desocupada y divertida? y no para él, que había dejado a su emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

III.- Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; no obstante esto, le dio naves que le acompañasen hasta Chipre, y, saludándole y obsequiándole en él mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro, de las más raras y preciosas; y aunque al principio se negó a admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba grabado en ella su retrato, temió rehusarla, no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegación fue reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, a excepción de las de aquellos

que estaban dados a la piratería; dirigióse a Chipre, y como allí se le asegurase que, hechos al mar los enemigos, le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas y escribió a las ciudades, hablándoles de invernaderos y de víveres, como si allí hubiera de pasar la estación; mas, luego que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente a la vela, y navegando de día con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo a Rodas. Proporcionándoles naves los Rodíos, persuadíó a los de Co y Gnido que, abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quío arrojó por sí mismo a las tropas del Rey y dio libertad a los Colofonios, apoderándose de Epígono, su tirano. Ocurrió por aquel mismo tiempo el que Mitridates abandonase a Pérgamo, reducido a arrinconarse en Pítane; y como allí le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atención y consideración en el mar, juntando y enviando a llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenía, desconfiado enteramente de poder combatir y venir a las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba vencedor. Previólo éste, y hallándose sin armada envió mensajeros a Luculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara a acabar con el más enemigo de los reyes, no fuera que de entre las manos se le escapase a Roma Mitridates, último premio de tantos combates y trabajos, ya que él mismo se había venido a ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendría más parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga y le hubiera echado mano al quererse escapar, y el vencimiento se atribuiría a entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra y al otro

por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcómeno y en Queronea no les merecerían a los Romanos consideración ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razón, no habiendo nadie a quien se oculte que si entonces Luculo, que no se hallaba lejos, se hubiera prestado a los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habría tenido término aquella guerra y todos se habrían puesto fuera del alcance de infinitos males; pero, bien sea que antepusiese a todo bien privado y común el mantenerse fiel a Sila, o bien que no quisiese dar oídos a un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un general y amigo suyo, o bien, finalmente, que por disposición superior se hubiera reservado para sí a Mitridates, manteniendo en vida a este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Así le proporcionó a Mitridates el poder evadirse por mar y burlarse de todo el poder de Fimbria, y él entonces lo primero que hizo fue batir y destrozar las naves del rey, que se habían aparecido en Lecto, promontorio de la Tróade; y después, viendo que Neoptólemo navegaba con mayor aparato por la parte de Ténedo, se adelantó allá él solo, montando una galera rodia de cinco órdenes, de la que era capitán Damágoras, hombre muy adicto a los Romanos y muy ejercitado en los combates navales. Movió Neoptólemo con grande ímpetu, y como diese orden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Damágoras el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolón, no se atrevió a oponérsele de proa, sino que, dando prontamente la vuelta,

maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fue sin daño alguno, por haber recaído en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en ésto los suyos, y, dando orden Luculo para que su nave se volviese de frente, después de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó a huir a los enemigos y se puso en persecución de Neoptólemo.

IV.- Uniéndose desde allí con Sila en el Quersoneso, cuando ya éste se proponía regresar, le proporcionó un viaje seguro y transportes para el ejército. Como después de hechos los tratados y de retirado Mitridates al Ponto Euxino hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos. parece que fue para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Luculo no solamente íntegro y justo sino también afable y benigno. A los de Mitilena, que se habían pasado al otro partido, tenía determinado guardarles cierta consideración y que fuera suave el castigo por lo que habían hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y venciéndolos en batalla los encerró dentro de sus murallas. Habíales puesto sitio; pero de día, y muy a su vista, navegó para Elea, y volviendo después sin ser visto ni advertido, se puso cerca de la ciudad en asechanza, y como los Mitileneos valiesen sin orden y sumamente confiados a apoderarsé de un campamento que suponían abandonado, cayendo sobre ellos hizo prisioneros a la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos e inmenso el botín que les tomó. Así,

detenido en el Asia por una disposición al parecer divina para desempeñar estos encargos, ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario afligieron entonces a los habitantes de toda la Italia; sin embargo, no mereció a Sila menor aprecio que los demás de sus amigos, antes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus *Comentarios,* y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo, lo cual parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de celos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

V.- Poco después de la muerte de Sila fue nombrado cónsul con Marco Cota en la Olimpíada ciento setenta y seis, y habiendo muchos que trataban de remover la Guerra Mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual, como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido a Luculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podía ofrecer ocasión para grandes empresas. Mortificábale, sobre todo, que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinión, y podía tenerse por cierto que, si daba glorioso término a la guerra española, al punto se le nombraría general contra Mitridates. De aquí es que, pidiendo éste caudales, y escribiendo que si no se le facilitaban abandonaría a la España y a Sertorio, pasando a la Italia con todas sus fuerzas, Luculo contribuyó con el mayor empeño a que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaría a su devoción si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Además de que

Cetego, árbitro entonces del gobierno, no por otra causa, sino porque en cuanto hacía y decía no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Luculo, por cuanto éste había desacreditado su conducta, cubierta de amores inhonestos, de liviandad y de toda especie de desórdenes. A éste, pues, le hacía guerra abierta; a Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de Sila, que estaba dispuesto a turbar todo el orden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambición manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.

VI.- Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia, y siendo muchos los que aspiraban a aquella provincia, y que, por tanto, hacían la corte a Cetego, como que era el que había de tener el mayor influjo para conferirla, Luculo, por la Cilicia misma, no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro sería enviado a la guerra contra Mitridates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia, y aun compelido de esta necesidad pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Había entonces una tal Precia de nombre, de las más celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demás se diferenciase de las otras que ejercían su infame profesión. Solía valerse de los que la frecuentaban y tenían trato con ella para los negocios y soli-

citudes de sus amigos, con lo que, añadiendo a las demás dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo, cuando logró atraer y tener por su amante a Cetego, que era el de más nombre y el que todo lo podía en la ciudad, entonces puede decirse que se pasó a ella todo el poder; porque nada se hacía en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola, pues, Luculo con dádivas y agasajos- además de que para una mujer vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Luculo-, tuvo ya éste a Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni a Precia ni a Cetego, sino que todos a una pusieron en su mano la Guerra Mitridática, pensando que no había otro que pudiera administrarla mejor, por hallarse todavía Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estar ya Metelo para tamaña empresa, a causa de su edad, que eran los dos únicos que podía tener Luculo por dignos rivales para aquel mando. Con todo, su colega Cota obtuvo, a fuerza de instancias, del Senado que se le enviara con una escuadra a defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

VII.- Luculo, teniendo consigo una legión ya formada, partió con ella al Asia, donde se hizo cargo de las demás tropas que allí existían, las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y además, las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desorden, habían perdido enteramente la disciplina: porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habían dado muerte a Flaco, cón-

sul y general, y los que después habían puesto a Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque, por otra parte, buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo, Luculo, en muy breve tiempo, supo contener la insolencia de éstos y traer a los otros al orden, pues, según parece, hasta entonces no habían servido bajo el mando de un verdadero general, sino que se les había lisonjeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace a los enemigos, su estado era el siguiente. Mitridates, a la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se había presentado contra los Romanos con unas tropas endebles en sí, aunque brillantes y de gran pompa a la vista; pero, después de vencido y escarnecido con este escarmiento, cuando hubo de volver a la lid, ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil; porque, removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, más propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las lleva, adoptó la espada romana, entretejió escudos espesos y fuertes, cuidó más de que los caballos estuvieran ejercitados que de presentarlos galanos, y de este modo formó en falange romana ciento veinte mil infantes y diez y seis mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado, siendo éstos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mujeres, sino pertrechadas más bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibién-

dole otra vez con gozo las ciudades; y no sólo éstas, sino el Asia toda, que había vuelto a experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exactores y alcabaleros romanos, a los cuales Luculo echó de allí más adelante como arpías que devoraban los mantenimientos, contentándose por entonces con procurar hacerlos más moderados a fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues, para decirlo así, no había uno que no anduviese agitado y revuelto.

VIII.- El tiempo que Luculo dedicaba a estos objetos túvole Cota por ocasión favorable para pelear con Mitridates, a lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Luculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, a fin de que Luculo no participase de él, se apresuró a dar la batalla. Mas, derrotado a un mismo tiempo por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes, encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Luculo su esperanza. Había quien incitaba a Luculo a que, sin hacer cuenta de Cota, fuera mucho más adelante, para tomar el reino de Mitridates mientras estaba indefenso; éste era, sobre todo, el lenguaje de los soldados, los cuales se indignaban, de que Cota no sólo se hubiera perdido a sí mismo por su mal consejo, sino que, además, les fuese a ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arengándolos Luculo les dijo que más quería salvar del poder de los enemigos a un Romano que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao,

general, en la Beocia, de Mitridates, pero que después se había pasado a los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Luculo en el Ponto sería inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no había de ser él más tímido que los cazadores, para que, teniendo las fieras a la vista, se hubiera de ir a perseguir sus madrigueras; y en seguida se dirigió contra Mitridates con treinta mil infantes y dos mil quinientos caballos. Puesto ya a vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero, presentándosele Mario, general que había sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitridates, y provocándole, se mantuvo en orden como para dar batalla; y cuando apenas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutación ninguna visible, se rasgó el aire y se vio un cuerpo grande, inflamado, caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante a una tinaja y en su color a la plata candente; lo que puso miedo a unos y a otros, y los separó. Dícese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrias. Luculo, reflexionando que no podía haber prevenciones ni riquezas que bastasen a mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitridates tenía reunidos, mandó que le trajesen a uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fue cuántos camaradas eran en su tienda, y después cuántos víveres había dejado en ella; luego que les respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero, etc. Multiplicando luego la cantidad de provisiones por el número de los que las consumían, halló que a los enemigos no les quedaban víveres más que para tres o cuatro días, por lo cual

resolvió con más justa razón ir dando tiempo, y acopló en su campamento cuantos víveres pudo recoger, para acechar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos.

IX.- En esto, Mitridates armó lazos a los de Cícico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia, en la que habían perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Luculo, movió después de la cena, una noche oscura y lluviosa, y se apresuró a poner su campamento, al rayar el día, enfrente de la ciudad, junto al monte de Adrastea. Habiéndolo llegado a saber Luculo, fue en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar desapercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente había de surtirse de víveres Mitridates. Por tanto, comprendiendo ya en su ánimo lo que había de suceder, no usó de reserva con sus soldados, sino que, acabado de establecer el campamento, y fenecidas las obras, los reunió sin dilación, y, arengándoles, les anunció con grande regocijo que en breves días, sin necesidad de derramar sangre, les daría la victoria. Mitridates, poniendo por tierra en derredor de Cícico diez campamentos y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por una y otra parte a los habitantes, alentados y resueltos, por todo lo demás, a sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos, y solamente inquietos por no saber dónde paraba Luculo, y eso que le tenían al frente y bien a la vista; pero los de Mitridates los engañaron, porque, mostrándoles

a los Romanos, que tenían ocupadas las alturas, "¿Veis aquellos?- les dijeron-. Pues es el ejército de los Armenios y los Medos, enviado por Tigranes a Mitridates para darle auxilio". Sobrecogiéronse entonces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que, aun cuando sobreviniese Luculo, le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo, Arquelao les envió a Demonacte, y éste fue el primero que les anunció hallarse a la vista de Luculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la había inventado para no dejarlos sin algún consuelo, llegó oportunamente un joven que, estando cautivo, había podido fugarse. Preguntáronle donde estaba Luculo, y él se echó a reír, creyendo que se burlaban; mas cuando vio que iba de veras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo, estando la laguna Dascilítide llena de lanchas bastante capaces, hizo Luculo traer una a la orilla, y tirándola después con un carro hasta el mar, colocó en ella cuantos soldados cupieron, y haciendo éstos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que se enterasen los enemigos.

X.- Hasta con prodigios fueron los de Cícico alentados por los dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido, entre otros, el de que, venida la fiesta de Prosérpina, les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara; pero la vaca sagrada, que se había criado destinada para la Diosa, y que con los demás ganados de los de Cícico estaba pastando a la parte de afuera, en aquel mismo día, separándose de la manada, se

fue corriendo sola a la ciudad y se presentó por sí misma al sacrificio. Aparecióse asimismo la Diosa entre sueños a Aristágoras, escriba público, y “yo también vengo- le dijo-, trayendo al flautista Áfrico contra el trompetero Póntico; di, pues, a los ciudadanos que tengan ánimo”. Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo, las máquinas del Rey, obras admirables del tesalio Nicónidas, arrimadas a los muros, con la agitación y el ruido anunciaron lo que iba a suceder; y luego, dominando un austro de una fuerza increíble, en un momento destrozó todas las demás máquinas, y con el sacudimiento hizo también pedazos una torre que había de madera. En Ilio se refiere haber sido Atena vista por muchos entre sueños, cubierta de sudor y rasgado el peplo, diciendo que entonces mismo venía de ayudar a los Cicicenos, y los Ilienses mostraban una columna que contenía los decretos e inscripciones relativas a este asunto.

XI.- A Mitridates, mientras que, fascinado por sus generales, no echó de ver el hambre que afligía a su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero después, repentinamente, decayó de su ambición y de su orgullo cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llevaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Luculo no hacía la guerra galanamente y por ostentación, sino como dice el proverbio, encaminándola al vientre, y poniendo el mayor esmero en que por ninguna vía pudiera llegarles víveres. Hallábase éste

ocupado en sitiar una fortaleza, y como se apresurase Mitridates a aprovechar la ocasión, y enviase a la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegándolo a entender Luculo, regresó en aquella misma noche al campamento; y a la mañana, sin embargo de hacer muy mal día, llevando consigo diez cohortes y la caballería, se puso en su persecución, mojándose y con gran incomodidad, tanto, que muchos de los soldados, cediendo al frío, se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó a los enemigos en las inmediaciones del río Ríndaco, y causó en ellos tal destrozo, que las mujeres que habían acudido de Apolonia saquearon el bagaje y despojaron a los muertos. Siendo éstos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos e innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y a todos éstos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo menos de maravillarme de que diga Salustio que entonces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya antes los habían de haber visto los que con Escipión vencieron a Antíoco y los que recientemente habían combatido con Arquelao junto a Orcómeno y Queronea. Teniendo además Mitridates determinado huir con precipitación, procuraba poner a Luculo estorbos y dilaciones a la espalda, para lo que despachó a Aristonico, prefecto de la escuadra, al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse a la vela se apoderó de él Luculo y de diez mil áureos que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército romano. En tanto, Mitridates huyó hacia el mar y los generales conducían el ejército; mas sor-

prendiólos también Luculo junto al río Granico, y cautivó la mayor parte, habiendo dado muerte a unos veinte mil. Dícese, pues, que de tantos millares de hombres como habían venido, así de los de guerra como de las demás clases, fueron muy cerca de trescientos mil los que perecieron.

XII.- Luculo lo primero que hizo fue dirigirse a Cícico, donde gozó el placer y buen recibimiento que era consiguiente; y después, para reforzar su armada, recorrió el Helesponto. Llegado a la Tróade, se albergó en el tempió de Afrodita, y aquella noche, después de recogido, le pareció tener presente a la diosa y que le decía:

Iracundo león, ¿tú estás dormido
cuando tan cerca tienes a los ciervos?

Levantándose, pues, y convocando a sus amigos todavía de noche, les refirió su sueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilión, dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hacía el puerto de los Griegos, que se encaminaban a Lemno. Hízose sin dilación al mar y las tomó, dando muerte a Isidoro, su comandante, y en seguida fue en persecución de los demás jefes. Hallábanse sus naves ancladas, y, remolcándolas hacía tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño a las de Luculo, porque el lugar no permitía envolver a las de los enemigos ni tampoco combatirlas de cerca con naves a flote, mientras que éstas estaban pegadas a tierra y bien aseguradas. Con todo, por la única parte de la isla por donde había paso, aunque

difícil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales, cayendo por la espalda sobre los enemigos, a unos les dieron muerte y a otros les precisaron a cortar los cables para huir de la tierra; pero, chocando unas naves con otras, vinieron a meterse entre las de Luculo; así, fueron muchos los que perecieron y con los cautivos fue traído uno de los generales llamado Mario. Era tuerto, y se había dado desde luego la orden a los que navegaban al mando de Luculo de que no quitaran la vida a ningún tuerto, a fin de que recibieran una muerte llena de ignominia y afrenta.

XIII.- Desembarazado de este incidente, se apresuró a ir en persecución del Mismo Mitridates, porque esperaba encontrarlo en la Bitinia, detenido por Voconio, a quien él había enviado hacia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Voconio se había retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios, y a Mitridates, que navegaba con su armada y se daba priesa por llegar al Ponto antes que volviese Luculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron y otras se le fueron a pique. Toda la costa se vio por muchos días cubierta de despojos navales, arrojados a la orilla por las olas; y como el transporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traído a tierra por los pilotos, a causa de la gran borrasca y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguantar en el mar, por ser muy pesado y hacer agua, trasladóse a un buque de los de corso, y poniendo su persona a merced de los piratas, por un modo increíble y extraño llegó salvo a Heraclea de Ponto. No le salió, pues, mal a Lu-

culo la jactancia de que usó ante el Senado, porque habiendo decretado éste que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso a ello, mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaría del mar a Mitridates con solas las naves de los aliados; lo que así cumplió con el auxilio de los Dioses, porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Ártemis Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imagen.

XIV.- Aconsejaban muchos a Luculo que dilatase la guerra; pero, no dándoles oídos, marchó por la Bitinia y la Galacia hacia la tierra del rey, tan desprovisto al principio de víveres, que le seguían treinta mil Gálatas, llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante y apoderándose de todo terreno, llegó a ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por un dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demás botín en ningún precio, unos lo abandonaban y otros lo destruían, pues no podía haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el país hasta Temiscira y las regiones del Termodonte, culpaban a Luculo de que se le iban entregando las ciudades y de que, como no tomaba ninguna a viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo, "porque ahora- decían-, haciéndonos pasar de largo junto a Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos conduce a los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos, a hacer la guerra a Mitridates". Pero en estas cosas no

hacía alto Luculo ni le merecían atención, porque no creía que los soldados se propasasen al extremo de locura que después se vio, y sólo daba razón de su conducta a los que le acusaban de morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideración, dejando que entretanto se acrecentara el poder de Mitridates. "Justamente- les decía- es esto lo que yo quiero, y de intento me detengo en este país, dando lugar a que aquel se engrandezca de nuevo y reúna una fuerza respetable, para que así aguarde y no huya a nuestra llegada. ¿Acaso no veis cómo ha dejado en pos de sí, sin vestigio ninguno, unos vastísimos desiertos? Pues ya cerca de aquí está el Cáucaso y otros muchos montes espesísimos, capaces de contener y ocultar millares de reyes que hagan la guerra de montaña. De los Cabirios son bien pocas las jornadas que hay hasta la Armenia, y en ésta tiene su residencia Tigranes, rey de reyes, con tan poderosas fuerzas, que con ellas repele a los Partos del Asia, traslada ciudades griegas a la Media y se deshace de los reyes que vienen de Seleuco, llevándose robadas sus hijas y sus mujeres. Pues con éste tiene deudo Mitridates, como que es su yerno; por tanto, no es de creer que si le suplica lo abandone, sino que nos moverá la guerra; y si nos empeñamos en perseguir a Mitridates, corre peligro que traigamos sobre nosotros a Tigranes, que ya hace tiempo anda buscando motivos, y aprovechará este que se le presenta de verse en la precisión de auxiliar a uno que es rey y su pariente. ¿Pues por qué hemos de ser nosotros los que lo preparemos y los que enseñemos a Mitridates, que no lo advierte, quiénes son aquellos con quienes ha de venir a combatirnos? ¿Por qué

cuando él no piensa en ello le hemos de precisar a echarse en brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos tiempo para que se robustezca y refuerce con los suyos, viniéndonos a hacer la guerra con los Colcos, Tibarenos y Capadocios, a quienes hemos vencido muchas veces, que no con los Medos y los Armenios?"

XV.- Discurriendo de esta manera Luculo, se detuvo a la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y después de pasado el invierno, dejando a Murena para continuar aquel, marchó contra Mitridates, que se había situado en los Cabirios, y pensaba ser ya superior a los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenía su confianza; pasando, pues, el río Lico, provocaba a los Romanos a descender a la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que éstos dieron a huir, habiendo quedado prisionero, a causa de hallarse herido, Pomponio, varón muy principal, que fue llevado ante Mitridates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el rey si dejándole ir salvo sería su amigo, "Sí- le respondió- como hagas la paz con los Romanos; pero si no, enemigo", de lo que, admirado Mitridates, ningún daño le hizo. Llegó Luculo a temer del terreno llano, por ser los enemigos superiores en caballería, y repugnando marchar por las alturas, a causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente áspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir a refugiarse en una cueva; y el más anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió a Lu-

culo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una fortaleza situada precisamente encima de los Cabirios. Dióle crédito Luculo, y a la noche se puso en marcha, después de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto, apareciéndose a la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocado su ejército en un sitio que si quería pelear le daba facilidad para ello y si no quería le ponía a cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entonces en ánimo de venir a las manos; pero se dice que, yendo los del rey en persecución de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea, acudiendo continuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los suyos, llenos de pesar, corrieron a dar parte a Luculo, rogándole que los condujese y que los formase para batalla. Mas él, queriendo hacerles ver de cuánta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un general prudente, dándoles orden de que esperaran sin moverse, bajó a la llanura, y puesto ante los primeros que huían, les mandó detenerse y volver con él. Obedeciéronle, y deteniéndose asimismo e incorporándoseles los demás, con muy poco trabajo rechazaron a los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta impuso Luculo a los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cavar con las túnicas desceñidas un foso de doce pies, a vista y presencia de todos sus camaradas.

XVI.- Había en el ejército de Mitridates un hombre de grande autoridad, llamado Oltaco, perteneciente a la nación bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto a la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinación, prudente y avisado en los negocios arduos y además afable y complaciente en su trato. Como tuviese, pues, competencia y emulación de privanza con otro de su misma gente, ofreció a Mitridates un servicio señalado, cual era el de dar muerte a Luculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos, donde fue de Luculo benignamente recibido, porque había de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquel con su diligencia y esmero, continuamente lo tenía a su mesa y se valía de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasión, mandó a sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del mediodía, en que los soldados descansaban y hacían siesta, se dirigió a la tienda del general, bien persuadido de que nadie estorbaría el paso a un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fue sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podía desearle si el sueño, que a tantos generales ha perdido, no hubiera salvado a Luculo; porque casualmente estaba durmiendo, y Menedemo, uno de los que hacían la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció a Oltaco que llegaba a mal tiempo, pues hacía muy poco que Luculo, después de tantas vigilias y trabajos, se había entregado al

descanso; y como no se retirase a su orden, sino que dijese serle forzoso entrar, porque quería hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada había más urgente que salvar a Luculo, le echó de allí a empujones. Entró con esto en miedo, y saliendo del campamento montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitridates, sin poner por obra su designio. ¡Tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no menos en los negocios que en los medicamentos!

XVII.- Fue después de esto enviado Sornacio, con diez cohortes, a hacer acopio de víveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los legados del rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó a los enemigos, causándoles grandísimo daño. Mandóse de allí a poco con el mismo objeto a Adriano, llevando a su disposición bastantes fuerzas, para que pudiera hacer abundante provisión; y Mitridates, que no dejó de enterarse, envió a Menémaco y a Mirón, comandantes de considerable número de infantes y caballos; y a excepción de dos, todos, según se dice, fueron muertos por los Romanos, pérdida que procuró ocultar Mitridates, dando a entender que no había sido de tanta entidad, sino ligera y debida a la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento y en los soldados temor y confusión. Determinóse, por tanto, no aguardar allí más tiempo, y los de la familia del rey se adelantaron a querer enviar cómodamente sus efectos y equipajes, impidiéndoselo a los

demás; pero, inquietos éstos, los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipajes, dándoles a ellos muerte. Allí el general Dorilao, que no tenía sobre sí otra cosa de algún precio que la púrpura, pereció por quitársela, y el sacrificador Hermeo fue pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitridates, no habiéndole quedado ni sirviente ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y sólo habiéndole visto al cabo de tiempo, cuando así era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos, llamado Tolomeo, que tenía caballo, echó pie a tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzaban, siguiéndole de cerca, y por la priesa no habrían dejado de cautivarle, yendo ya casi a echarle mano; pero la codicia y el ansía propia de los soldados quitó a los Romanos una presa, tras la que andaban largo tiempo había, sufriendo por ella mucho combates y peligros, y a Luculo le privó del verdadero premio de su victoria, pues cuando ya tenían a la vista y estaban para llegar al caballo que le conducía, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, o porque el Rey de intento la pusiese delante a los que le perseguían, o porque la casualidad lo hiciese, detenidos a saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fue éste sólo el daño que en aquella ocasión se originó a Luculo de la avaricia de los soldados, sino que, habiendo sido apresado el secretario íntimo del rey, Calístrato, les dio orden de que se lo llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenía en el ceñidor quinientos

áureos, le quitaron la vida; y aun tuvo, sin embargo, que condescender con que saquearan el campamento.

XVIII.- Tomó los Cabirios y otras muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real, a los que, teniéndose por muertos, la magnanimidad de Luculo no les dio sólo salud, sino resurrección en cierta manera y un segundo nacimiento. Fue al mismo tiempo cautivada Nisa, hermana de Mitridates, habiendo estado su salvación en su cautiverio; pues las otras hermanas y las mujeres, que parecían estar más distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, por haber enviado Mitridates contra ellas desde su fuga al eunuco Báquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del rey, Roxana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años, y dos de sus mujeres, jonias de origen, Berecine de Quío y Mónima de Mileto. Era grande la fama de ésta entre los Griegos, porque, solicitándola el rey y enviándole de regalo quince mil áureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales y remitiéndole éste la diadema la declaró reina. Había, sin embargo, pasado su vida en grande amargura, y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le había ganado un déspota, y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada lejos de la Grecia, los bienes esperados no eran más que un sueño y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado, pues, Báquides, como les intimase la orden de morir del modo que a cada una le pareciese más fácil y menos doloroso, quitándo-

se la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmediatamente, "¡Maldito arrapiezo- dijo-, que ni siquiera para esto me has valido!"; y después de haberla escupido y arrojádola al suelo alargó el cuello a Báquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fue bastante para el cuerpo más flaco, pero no acabó con Berenice, que para su constitución no había bebido bastante, y como luchase largo rato con las ansias de la muerte, tomó Báquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la una bebió el veneno después de haber proferido mil imprecaciones y dicterios, y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdijese de su origen, sino que más bien elogió a su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las había olvidado, y antes había cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afrentas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto a Luculo, que era de humana y benigna condición.

XIX.- Continuando en la persecución, llegó hasta Talauros; pero llevándole cuatro días de ventaja Mitridates, que se retiraba a la Armenia, acogiéndose a Tigranes, hubo de retroceder, y habiendo vencido a los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor, sometió otras fortalezas y ciudades, y enviando a Apio, en legación, a Tigranes, para reclamar a Mitridates, se encaminó a Amiso, que todavía permanecía cercada. Era la causa de esta dilación el general Calímaco, que, con sus conocimientos en la maquinaria y

con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender a los Romanos, de lo que más adelante tuvo su merecido. Por entonces, burlado a su vez por Luculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar dio repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande, de la muralla, salió de la ciudad, poniéndole fuego, bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, o bien con la de facilitar más su fuga, pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se veía discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Luculo, lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio y exhortaba a que lo apagasen; pero de nadie era escuchado, porque todos estaban entregados a buscar en qué cebar la codicia y agitaban las armas con grande vocerío; tanto, que, violentado de este modo, hubo de condescender con su deseo, por si así libertaría a la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues mientras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las más de las casas; de manera que, entrando Luculo a la mañana siguiente, se echó a llorar, hablando así a sus amigos: "Muchas veces consideré la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principalmente admiro su buena dicha; pues queriendo salvar a Atenas, fue bastante poderoso para conseguirlo; y yo, cuando deseaba aquí imitarle, algún mal Genio me ha hecho incurrir en la mala opinión de Mumio". Esforzóse, sin embargo, en reparar la ciudad de aquella calamidad; por un feliz acaso, una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada

apagó el incendio: y él, sin salir de allí, reedificó el mayor número de casas arruinadas, dio acogida a los Amisenos que habían huído y establecimiento a los demás Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento veinte estadios. Era esta ciudad colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y aun por esto, muchos, huyendo de la tiranía de Aristón, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que, por evitar los males propios, tuvieron que sufrir los ajenos. De éstos, pues, a los que quedaron salvos los visitó Luculo decentemente, y dando a cada uno doscientos denarios los restituyó a su casa. Fue también cautivado en aquella ocasión Tiranión el gramático; pidióle Murena, y habiéndole sido entregado, le dio libertad, usando iliberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Luculo que un hombre codiciado por su saber fuese hecho esclavo, primero, y después, libre porque, realmente, aquel no fue acto de darle la libertad, sino de quitársela. Bien que no es ésta la única vez en que Murena se mostró muy distante, de la delicadeza y pundonor de su general.

XX.- Dirigióse entonces Luculo a las ciudades de Asia, para hacer, mientras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes; beneficios de los que los increíbles e inexplicables infortunios pasados habían privado por largo tiempo a la provincia, saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducían a los naturales al extremo de vender en particular a

los hijos de buena figura y a las hijas doncellas, y en común, las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas, y ellos, al fin, venían a sufrir la suerte de ser entregados por esclavos a los acreedores. Y lo que a esto precedía, los pies de amigo, los encierros, los potros, las estancias a la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frío, entre el barro y el hielo, era todavía más duro e insoportable; de manera que la esclavitud, en su comparación, era paz y alivio de miserias. Observando, pues, Luculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos a los que los experimentaban; en primer lugar, mando que ninguna usura pasase del uno por ciento, en segundo, dio por acabadas las que habían llegado a exceder el capital, y en tercero, que fue lo más importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor, y a aquel que incorporaba las usuras con el capital lo privó de todo; de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos y las posesiones quedaron libres a sus dueños. Eran éstas deudas públicas, y provenían de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia; el duplo, pues de esta cantidad fue el que se pagó a los acreedores, que con las usuras la habían ya hecho subir a la suma de ciento veinte mil talentos. Estos, pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra Luculo, y con dinero concitaron contra él a muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenían a su devoción a muchos de los que mandaban; pero, con todo, Luculo no solamente se ganó el amor de los pueblos a quienes hizo beneficios, sino que era deseado de

las demás provincias, que tenían por felices a aquellas a quienes había cabido la suerte de tal gobernador.

XXI.- Apio Clodio, el enviado en legación a Tigranes, que era hermano de la mujer con quien entonces estaba casado Luculo, al principio fue conducido por los guías del rey por la tierra alta, siguiendo un camino de muchos días, que hacía grandes y no necesarios rodeos, hasta que, mostrándole uno de sus libertos, siró de nación, otro camino derecho, se apartó de aquel primero, largo y torcido, despidiendo a los conductores regios; con lo que en breves días se puso al otro lado del Eufrates, y llegó a Antioquía la de Dafne. Mandósele que esperara a Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia, y él en tanto ganó a algunos de los grandes, que de mala gana obedecían a un armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, rey de Gordiena; y a muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensajeros, les ofreció el auxilio de Luculo, encargándoles que por entonces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque a los Griegos no era tolerable, sino más bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y, sobre todo, el del rey, cuyo orgullo y altanería no tenía límites, pareciéndole que todo cuanto bueno apetecen y admiran los hombres, o dimanaba de él, o por consideración suya lo disfrutaban; pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y de ninguna importancia, había sujetado muchas gentes había humillado más que otro alguno el poder de los Persas y había llenado de griegos la Mesopotamia, sacando desterrados a muchos, ora de la Cilicia y

ora de la Capadocia. Movió también de sus asientos a los Árabes Escenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los reyes que le servían eran muchos, y a cuatro los tenía siempre cerca de sí como pajes o escuderos, los cuales, cuando iba a caballo, corrían a su lado a pie con solas las túnicas, y cuando se sentaba a dar audiencia se colocaban junto a su trono, teniendo plegadas una con otra las manos, postura que, entre todas, parece ser la más característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad y se muestran más dispuestos a obedecer que a obrar. Mas a Apio nada le impuso ni le causó admiración aquella ostentación teatral, sino que, apenas fue admitido a la audiencia le dijo sin rodeos que el objeto de su misión era reclamar a Mitridates, debido a los triunfos de Luculo, o intimar a Tigranes la guerra; de manera que, por más que éste afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oír el mensaje, todos echaron de ver que le había inmutado el desenfado de aquel joven, quizá porque no había escuchado otra palabra libre en veinticinco años, pues otros tantos llevaba de reinar o más bien de tiranizar y oprimir. Respondióle, pues, que no entregaba a Mitridates, y se defendería de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Luculo porque en la carta le llamó rey solamente, y no rey de reyes, en la respuesta no le dio tampoco el título de Emperador. Envió, sin embargo, a Apio presentes de gran valor, y como no los recibiese, le envió todavía otros mayores, de los cuales Apio, por que no pareciese que por enemistad los desdeñaba, to-

mó solamente una taza, volviéndole los demás, y a toda prisa partió en busca del general.

XXII.- Tigranes, al principio, ni siquiera se dignó de ver a Mitridates, ni de admitirle a su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino, si no que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un país pantanoso y malsano; entonces, por el contrario, le envió a llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio, de los celos y sospechas que mutuamente se habían dado el uno al otro se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles a éstos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varón elocuente, de grande instrucción, y que había llegado a tal grado de amistad que comúnmente se le daba el nombre de padre del rey, y habiendo sido, a lo que parece, enviado de embajador por Mitridates para rogar a Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle éste: "Y tú, Metrodoro, ¿qué es lo que en este punto me aconsejas?" Y entonces él, bien fuera porque solo se atuviese al bien de Tigranes, o bien porque no desease que Mitridates saliese a salvo le respondió que como embajador se lo rogaba y como su consejero se lo disuadía. Refirióselo Tigranes a Mitridates en el concepto de que no le vendría mal a Metrodoro; pero él al punto le dio muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro, pues realmente no hizo más que dar nuevo calor a la displicencia y encono con que ya le miraba Mitridates; lo que más claramente se descubrió cuando, ocupados sus papeles reser-

vados, se halló en ellos la orden de hacer perecer a Metrodoro. Dio Tigranes honorífica sepultura a su cadáver, no escusando gasto alguno para con un muerto a quien vivo había traicionado. Murió también en la corte de Tigranes el orador Anfícrates, de quien si hacemos memoria es sólo por consideración a Atenas. Dícese, pues, de él, que huyó a Seleucia, cerca del Tigris, donde, habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiendo que un delfín no cabe en un plato: que habiendo pasado de allí al palacio de Cleopatra, hija de Mitridates y mujer de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida, y, finalmente, que Cleopatra le sepultó con magnificencia, estando enterrado en Safa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

XXIII.- Luculo, si procuró dar a las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo, sino que, deteniéndose en Éfeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiadores, y ellas, en justa compensación, celebraron juegos que llamaron luculeyos, y le correspondieron con un amor verdadero, más satisfactorio que aquella honra. Mas luego que, llegado Apio, se enteró de que había que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio a Sinope, o, por mejor decir, a los Cilicios, súbditos del rey, que entonces la ocupaban, los cuales, dando muerte a muchos Sinopenses y poniendo fue-

go a la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Luculo luego que lo supo, y a unos ocho mil que habían quedado los pasó a filo de la espada, adjudicando las casas a los demás que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, a causa principalmente de una visión que tuvo, y fue en esta forma: Parecióle entre sueños que se le ponía uno al lado y le gritaba: "Adelanta, Luculo, un poco, porque viene Autólico, que tiene que tratar contigo". Levantándose, pues, no supo a qué referir aquella aparición, ni qué significaba; pero, tomando la ciudad en aquel mismo día, cuando perseguía a los Cilicios que se embarcaban vio en la ribera una estatua tendida en el suelo, que los Cilicios, con las priesas, no pudieron llevarse. Era una de las obras más primorosas de Esténidas, y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autólico, fundador de Sinope. Dícese de este Autólico que fue hijo de Delmaco, y con Héracles partió de la Tesalia a hacer la guerra a las Amazonas, que navegando de allí después con Demoleonte y Flogio perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso, llamado Pedalio, y que, habiendo llegado salvo a Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató a los Siros la ciudad, pues la poseyeron, según se dice, los Siros descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asópide; oída la cual relación, no pudo menos Luculo de traer a la memoria la advertencia de Sila, quien previene en sus *Comentarios* que nada tenía por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oír allí que Mitridates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Licaonia y la Cilicia, para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de

aquel armenio, que si pensaba en hacer frente a los Romanos no se valió para la guerra de Mitridates, todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de éste en los días de su prosperidad; y ahora, cuando había dejado que fuese arruinado y deshecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podían volver en sí.

XXIV.- En esto, Macares, hijo de Mitridates, rey del Bósforo, le envió una corona de valor de mil áureos pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos, y entonces, dando ya por fenecida la primera guerra, dejó a Sornacio para custodia de la región del Ponto con seis mil soldados, y él, conduciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió a la segunda guerra, pareciendo que con un arrojo extraño, y en el que no entraba para nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas entre muchos millares de caballos, y a un país de interminable extensión, circundado de ríos profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve; tanto, que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguían con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Luculo pasaba de una guerra a otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mande, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas éstos, con el tiempo, al cabo se salieron con su propósito. Luculo, en tanto, caminó a marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia tuvo sumo disgusto por la detención que había de causarle en reunir barcos y construir lanchas, pero habiendo empezado por la tarde a ceder la

inundación y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el río se mostró muy recogido. Los del país, advirtiendo en medio del álveo unas isletas y que la corriente se detenía plácidamente en ellas, veneraban a Luculo, porque aquello no había sucedido antes sino muy pocas veces, y porque el río se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y fácil. Aprovechando, pues, la ocasión, pasó el ejército y tuvo, en el acto de pasar, una señal muy fausta. Críanse vacas sagradas de Ártemis Pérsica, que es la Diosa de mayor veneración para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios; por lo demás, yerran libres por los pastos llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa fácil ni de pequeño trabajo el echarles mano. Una de éstas, encaminándose, mientras el ejército pasaba, a una peña consagrada, según se cree, a la Diosa, se paró en ella, y bajando la cabeza, como si la obligasen por medio de una cuerda, se ofreció así a Luculo para que la sacrificase, y hecho, sacrificó también un toro al Eufrates, en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel día; pero al otro y demás siguientes continuó su marcha por Sofene, sin causar perjuicio a los habitantes, que, saliéndole al encuentro, hacían muy buena acogida al ejército, y aun queriendo los soldados ocupar un fuerte en que, a su entender, había grandes riquezas: “Aquel- les dijo- es el fuerte que nos hemos de apoderar (mostrándoles el monte Tauro a lo lejos), que este otro reservado queda a los vencedores”. Y apresurando aun más la marcha, pasó el Tigris y entró en la Armenia.

XXV.- Tigranes, al primero que le anunció la venida de Luculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza, con lo que ninguno otro volvió a hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el lenguaje de la lisonja, que le decía que aún se mostraría Luculo insigne general si aguardaba en Éfeso a Tigranes y no daba a huir inmediatamente del Asia, al ver tantos millares de hombres. Así, al modo que no es para cualquier cuerpo el aguantar la inmoderada bebida, en la propia forma no es de cualquier juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo, el primero de sus amigos que se atrevió a decirle la verdad fue Mitrobarzanes, el cual no alcanzó tampoco el más envidiable premio de su sinceridad; en efecto: se le mandó al punto contra Luculo con tres mil caballos y mucha infantería, y llevando la orden de traer vivo al general y de deshacerse a puntillazos de todos los demás. El ejército de Luculo, parte se hallaba ya acampado y parte estaba todavía en marcha; al anunciarle, pues, sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de orden. Quedóse, por tanto, disponiendo el campamento, y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos y con pocos más entre infantería y tropas ligeras, dándole orden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer allí alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien quería atenerse a la orden; pero no pudo menos de venir a las manos, obligado por Mitrobarzanes, que le cargó con el mayor arrojo. Traba-

do el combate, Mitrobarzanes murió peleando, y dando a huir los demás, perecieron asimismo todos, a excepción de muy pocos. Tigranes, a consecuencia de este suceso, abandonó a Tigranocerta, ciudad populosa fundada por él mismo, y se retiró al monte Tauro, para reunir allí grandes fuerzas de todas partes. Mas Luculo, no queriendo dar tiempo a estas disposiciones, envió a Murena para dispersar y cortar a los que trataban de unirse con los Tigranes, y a Sextilio para contener una gran muchedumbre de Árabes que se encaminaba también al campo del rey; y a un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Árabes cuando iban a acamparse, acabó con la mayor parte de ellos, y Murena, yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes, pues, huyó, abandonando todo aquel aparato; muchos de los Armenios murieron, y otros, en mayor número quedaron cautivos.

XXVI.- Sucediéndole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en derredor le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia, muchos bárbaros que habían tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, a los que, arruinando sus patrias y arrancándolos de ellas, los habían obligado a fijar allí su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa, Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que

Tigranes no podría desentenderse, sino que con el enojo acudiría a dar la batalla, contra lo que tenía meditado, y ciertamente no se engañó. Retraíale, sin embargo, con empeño Mitridates, enviándole mensajeros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los víveres con su numerosa caballería, y rogábale también encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas romanas. Al principio los escuché benignamente; pero después que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos, que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo a los Medos y Adiabenos, que vinieron muchos Árabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio e Íberos incorporados con los Albaneses, y que concurrieron no pocos de los que, sin ser de nadie regidos, apacientan sus ganados en las orillas del Araxes, atraídos con halagos y con presentes, entonces ya en los banquetes del rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; Taxiles estuvo muy a pique de perecer por haber hecho alguna oposición a la resolución de pelear, y aun se llegó a sospechar que Mitridates, por envidia, se oponía a aquella brillante victoria. Así es que Tigranes no le aguardó, para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, según se dice, con sus amigos de que aquel combate hubiera de ser con sólo Luculo y no con todos los generales romanos que se hallaban allí juntos. Y en verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y reyes como le seguían, tan

numerosa infantería y tantos miles de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil; soldados de a caballo, cincuenta y cinco mil, y de éstos, diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, según lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes y ya de los que componían la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, acequieros, leñadores y sirvientes para todos los demás ministerios, treinta y cinco mil; los cuales, formando a espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir a la visualidad y a la fuerza.

XXVII.- Cuando, pasado el Tauro, llegaron a descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que había dentro de la ciudad recibió su aparecimiento con grande alboroto y gritería, y mostraba con amenazas a los Romanos, desde la muralla, las tropas armenias. Púsose Luculo a deliberar sobre el partido que debía tomarse: unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio; otros, que no dejara a la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; más él, diciéndoles que, separados, ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando a Murena con seis mil hombres para continuar el asedio y él, tomando el resto, que eran veinticuatro cohortes, con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al río en una gran llanura se mostró a Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo

ridiculizaban, otras echaban suertes sobre los despojos, y cada uno de aquellos reyes y generales, presentándose a Tigranes, le rogaba que aquel negocio lo dejara a él solo, contentándose con ser espectador. Quiso también éste hacer de gracioso y burlón, pronunciando aquel dicho, ya tan vulgar: “Para embajadores, son muchos; para soldados, muy pocos”; así estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado; el de los enemigos se hallaba al oriente del río. Daba allí éste un rodeo hacía poniente, y era por aquella parte por donde podía pasarse mejor; así, conduciendo apresuradamente sus tropas en dirección opuesta, se le figuró a Tigranes que huía, y llamando a Taxiles, le dijo riendo a carcajadas: “¿No ves cómo huye esa invicta infantería romana?” Y entonces Taxiles: “¡Ojalá hiciera vuestro buen Genio, oh Rey, ese milagro! Pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos coma ahora, quitando sus fundas a las armas, sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos”. Decía esto Taxiles, cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, había dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el río; entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos o tres veces: “¿Es posible que vengan contra nosotros?” De manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que a vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuan-

do Luculo se disponía a pasar el río, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debía guardarse de aquel día, por ser uno de los nefastos, a los que llaman negros; por cuanto en él había perecido el ejército de Cipión en lid con los Cimbros; pero él les dio aquella tan celebrada respuesta: "Pues yo haré este día afortunado para los Romanos." Era el que precedía a las nonas de octubre.

XXVIII.- Dicho esto, y mandando tener buen ánimo, pasó el río, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenía que apresurarse a venir a las manos con hombres hechos a pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadizas con la celeridad de la acometida; y viendo a la caballería de coraceros, con que se hacía tanto ruido, defendida por un collado cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que sería de cuatro estadios, no era difícil ni tenía cortaduras, dio orden a los soldados de caballería tracios y gálatas que tenía en sus filas de que, acometiéndoles en oblicuo, desviaran con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes, no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, a causa de la pesadez e inflexibilidad de su armadura, con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero a pie, armado y decidido a batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio más eminente, "Vencimos- ex-

clamó en voz alta-; vencimos, camaradas”; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que hirieran con las espadas a los enemigos en las piernas y en los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevención, porque no aguardaron la llegada de los Romanos, sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron a huir con la más vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos, con sus pesadas armaduras, cayeron sobre su misma infantería, antes de que ésta hubiese entrado en acción; de modo que, sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres, y si fue grande la matanza en los que huían, aún fue mayor en los que querían y no podían huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formación. Tigranes, dando a correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que a su hijo le cabía la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra vía se salvara como pudiese. No se atrevió aquel joven a ceñirse con ella las sienes, sino que la dio a guardar a uno de los mancebos de quien más se fiaba, y como después éste, por desgracia, cayese cautivo, entre los demás que lo fueron lo fue también la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron más de cien mil hombres, y de los de a caballo se salvaron muy pocos; los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antíoco el filósofo, haciendo mención de esta batalla en su obra acerca de los Dioses, dice que el Sol no vio otra semejante; Estrabón, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban

avergonzados y se reían de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habían sido tan inferiores en número a los enemigos, porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los más inteligentes, y que en más acciones se habían hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido a los reyes más poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilación: porque a Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza y a Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento, siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaución activa y un arrojo seguro.

XXIX.- Por esto mismo Mitridates no se halló en la batalla: pues pensando que Luculo hacía la guerra con su acostumbrado sosiego y detención, caminaba muy despacio a unirse con Tigranes; al encontrarse en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente, dando indicios de miedo, conjeturó, desde luego, lo sucedido; pero después, tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió a buscar a Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y lejos de añadirle aflicción, echó pie a tierra, y llorando las comunes desgracias le cedió la escolta que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro; así, más adelante volvieron a juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta, los Griegos se sublevaron contra los bárbaros y trataban de abrir las puertas a Luculo, que, aprovechando

tan oportuna ocasión, tomó la ciudad. Apoderóse de los tesoros del rey que en ella había; pero entregó al saqueo de los soldados la ciudad misma, en la que sin la demás riqueza se encontraron ocho mil talentos en moneda acuñada; y, sobre todo esto, aún distribuyó del botín ochocientas dracmas a cada soldado. Habiéndosele dado cuenta de haberse cogido muchos histriones y profesores de las artes de Baco, que Tigranes recogía por todas partes, con el objeto de abrir un teatro que había construido, se valió de ellos para los combates y juegos con que celebró su victoria. A los Griegos los remitió a su respectiva patria, socorriéndolos con algún viático, y otro tanto ejecutó con los bárbaros, a quienes se había obligado a emigrar; de lo que resultó que, deshecha una ciudad, se repoblaron muchas, volviendo a recibir sus antiguos habitantes: beneficio por el que veneraron a Luculo como a su favorecedor y bienhechor. Sucedían también prósperamente todas las demás cosas a este insigne varón, que apetecía más las alabanzas dadas a la justicia y la humanidad que no las que se tributaban a sus triunfos militares: porque en éstos tiene no pequeña parte el ejército, y la mayor es de la fortuna, mientras que los otros hechos son pruebas de un ánimo benigno y bien educado; por este medio iba Luculo conquistando a los bárbaros sin armas. Porque los reyes de los Árabes vinieron a buscarle, haciéndole entrega de sus cosas; la nación de los Sofenos se hizo de su partido, y la de los Gordianos llegó hasta el punto de querer abandonar sus ciudades y seguirle con sus mujeres, con este, motivo: Zarbieno, rey de los Gordianos, trató secretamente con Luculo por medio de Apio, según que ya dijimos, de

hacer alianza con los Romanos, no pudiendo sufrir la tiranía de Tigranes; pero habiendo sido denunciado, perdió la vida, y juntamente sus hijos y su mujer, antes que aquellos penetrasen en la Armenia. No los echó, pues, Luculo en olvido, sino que, pasando al país de los Gordianos, celebró las exequias de Zarbieno, y adornando la pira con aparato regio en ropas y en oro, con otras preseas de los despojos de Tigranes, él mismo le prendió fuego e infundió en ella las libaciones con los deudos y familiares del difunto, llamándole amigo suyo y aliado de los Romanos. Dispuso también que a toda costa se le levantara un suntuoso y magnífico monumento, habiéndose encontrado muchas preciosidades y oro y plata en los palacios de Zarbieno, en los que había, además, trescientas mil fanegas de trigo, de lo que se aprovecharon los soldados; Luculo tuvo la gloria de que, sin tomar ni un dracma del erario público, con la misma guerra sostenía los gastos de ella.

XXX.- Allí también recibió embajada del rey de los Partos, pidiéndole amistad y alianza, cosa muy grata a Luculo, quien a su vez envió otra embajada al Parto; pero los mensajeros le descubrieron que éste quería estar a dos haces, y que secretamente pedía a Tigranes la Mesopotamia por precio de sus socorros. Luego que lo entendió Luculo, resolvió dejar por entonces a un lado a Tigranes y Mitridates como rivales ya humillados, y probar sus fuerzas con la de los Partos, marchando contra ellos: teniendo a gran gloria con el ímpetu de una sola guerra postrar uno tras otro, como un atleta, a tres reyes, y salir invicto y triunfante de los tres más

poderosos caudillos que había debajo del Sol. Envió, pues, cartas al Ponto, a Sornacio y a los demás jefes, mandándole traer aquellas tropas para mover de la Gordiena; pero aquellos jefes, que ya antes había hecho alguna experiencia de la indocilidad e inobediencia de los soldados, entonces recibieron pruebas de su absoluta insubordinación, pues no pudieron encontrar medio alguno, ni de blandura ni de violencia, para hacerles marchar, y antes les gritaron y protestaron que ni allí querían permanecer, sino irse a casa, dejando aquel punto abandonado. Traídas a Luculo estas noticias, hasta los soldados que allí tenía se le corrompieron; los cuales se habían vuelto con la riqueza perezosos y delicados para la guerra, clamando por el descanso; pues luego que el desenfado de los otros llegó a sus oídos, decían que aquellos eran hombres, y que era preciso imitarlos, habiendo ya ellos ejecutado bastantes hazañas, por las que merecieron que los dejase salvos y descansados.

XXXI.- Sabedor Luculo de estas proposiciones y de otras todavía más insolentes, tuvo que abandonar la expedición contra los Partos, y marchó otra vez contra Tigranes en lo más fuerte del estío; cuando llegó a pasar el monte Tauro, se desanimó al ver los campos todavía verdes. ¡Tanto es lo que allí se atrasan las estaciones por la frialdad de la atmósfera! Con todo, pasó adelante. y habiendo desbaratado a dos o tres jefes armenios que osaron oponérsele, impunemente corría y asolaba el país, logró apoderarse de las subsistencias que estaban recogidas para Tigranes, e hizo experimentar a los enemigos la carestía y escasez que él había temido. Pro-

vocábalos a batalla, abriéndoles fosos delante de sus mismas trincheras y talándoles a su vista el país; y como ni aun así pudiese moverlos, por lo intimidados que habían quedado, levantó su campo y marchó contra Artáxata, corte de Tigranes, donde se hallaban sus hijos pequeños y sus mujeres legítimas, juzgando que Tigranes, sin una batalla, no abandonaría tan interesantes objetos. Dícese que el cartaginés Aníbal, vencido que fue Antíoco por los Romanos, se acogió a Artaxa, rey de Armenia, para quien fue un adiestrador y maestro muy útil en otros diferentes ramos, y que habiendo observado un sitio ameno y delicioso, aunque hasta entonces desdeñado e inculto, concibió la idea de una ciudad, y llevando a él a Artaxa se lo manifestó, exhortándole a su fundación; accedió el rey a ello gustoso, y, rogándole que dirigiese la obra, había resultado una magnífica y hermosa ciudad, la que tomó del rey su dominación, y fue declarada metrópoli de Armenia. Como Luculo, pues, se dirigiese contra ella, no pudo sufrirlo Tigranes, sino que, haciendo marchar su ejército, al cuarto día fijó su campo frente al de los Romanos, dejando en medio el río Arsania, que precisamente tenían que pasar los Romanos para ir contra Artáxata. Hizo Luculo sacrificio a los Dioses; y como si ya tuviera la victoria en la mano, pasó sus tropas en doce cohortes, que formó a vanguardia, y las otras doce a retaguardia, para evitar el ser cortado por los enemigos; porque era mucha la caballería y la gente escogida que tenía al frente, y aun delante de éstos se hallaban colocados los arqueros de a caballo de los Mardos y los lanceros y saeteros de Iberia, en quienes tenía Tigranes la mayor confianza como en los más

belicosos; más ellos, sin embargo, nada hicieron digno de atención; pues habiendo tenido una ligera escaramuza con la caballería romana, no aguardaron a la infantería que los cargaba, y huyendo por uno y otro lado, atrajeron a la caballería en su persecución. Al mismo tiempo que éstos desaparecieron, se presentó la caballería de Tigranes, y Luculo, al ver su brillantez y su muchedumbre, concibió algún temor por lo que hizo volver a la suya del seguimiento y se opuso el primero a la gente de los Sátrapas, que, como la mejor, formaba contra él, y con sólo el miedo que le impuso la rechazó antes de venir a las manos. Siendo tres los reyes que se hallaron en aquella acción, el que hizo una fuga más vergonzosa fue Mitridates, rey del Ponto, que ni siquiera pudo sufrir la vocería de los Romanos. La persecución fue muy dilatada y de toda la noche, de manera que los Romanos se cansaron de matar, de cautivar y de recoger botín. Livio dice que en la primera batalla pereció más gente, pero que en ésta murieron o quedaron cautivos los más ilustres y principales de los enemigos.

XXXII.- Engreído y alentado Luculo con estos sucesos, pensó pasar adelante y acabar con Tigranes; pero en el equinoccio de otoño, cuando menos lo esperaba le sobrecogieron copiosas lluvias y nieves, a las que siguieron rigurosas escarchas y hielos, poniéndose los ríos en estado de no poder beber en ellos los caballos, por el exceso del frío, y de no poder pasarlos, porque, rompiéndose el hielo, con lo agudo de la rotura les cortaba los nervios. La región, por lo más, era sombría, de pasos estrechos y selvosa, lo que hacía

que se mojasen sin cesar, llenándose de nieve en las marchas y pasando muy mal la noche en lugares húmedos. No eran muchos los días que llevaban de seguir a Luculo después de la batalla, cuando ya se le resistieron, primero, con ruegos y enviando el mensaje con los tribunos, y después, ya con mayor tumulto y alborotando por las noches en las tiendas, que parece es la señal de un ejército sublevado. Hizo cuanto pudo Luculo para mitigarlos, tratando de inspirar en sus ánimos aliento y confianza, siquiera hasta que, tomando la Cartago de Armenia, destruyesen la obra del mayor enemigo de los Romanos, queriendo significar a Anibal. Cuando vio que no pudo convencerlos, se resignó a retroceder, y repasando el Tauro por otras cumbres bajó a la región llamada Migdonia, muy fértil y cálida, y se dirigió a una de sus ciudades, grande y populosa, que los bárbaros dicen Nísibis, y los Griegos, Antioquía Migdónica. Tenía el gobierno de ésta en el titulo un hermano de Tigranes, llamado Guras; pero en la habilidad y dirección de la maquinaria Calímaco, el mismo que tanto dio que hacer a Luculo en el cerco de Amiso. Circunvalándola, pues, con su ejército, y empleando todos los medios de sitio; en poco tiempo se apoderó de ella a viva fuerza; a Guras, que él mismo se rindió, le trató con humanidad; pero a Calímaco, aunque le ofreció revelarle depósitos secretos de grandes sumas de dinero, no le dio oídos, sino que mandó se le echasen prisiones para que pagara la pena del incendio con que abrasó la ciudad de los Amisenos, frustrando su beneficencia y el deseo que tenía de dar a los Griegos pruebas de su aprecio.

XXXIII.- Hasta aquí, parece que la fortuna había militado con Luculo en sus banderas; pero ya desde este punto, como aquel a quien le falta el viento, encontrando oposición en todo cuanto intentaba, aunque mostró siempre el valor y magnanimidad de un gran general, sus hechos no encontraron ni aprecio ni gloria, y aun estuvo en muy poco el que no perdiese la antes adquirida, por más que trabajaba y se afanaba en vano; de lo que no fue él mismo pequeña causa, por no ser condescendiente con la soldadesca, y por creer que todo lo que se hace en obsequio de los súbditos es ya un principio de desprecio y una relajación de la disciplina, aunque lo principal era no tener un carácter blando, ni aun para los poderosos e iguales, sino que a todos los miraba con ceño, no creyendo que nadie valía tanto como él. Pues todos convienen en que, entre otras muchas calidades buenas, tenía ésta mala; porque él era de gallarda estatura, de buena presencia y elegante en el decir, así en la plaza pública como en el ejército. Dice, pues, Salustio que los soldados estuvieron descontentos con él desde muy luego, en el principio mismo de la guerra contra Cícico, y después en la de Amiso, por haber tenido que pasar acampados dos inviernos seguidos. Mortificáronlos asimismo los otros inviernos, porque o los pasaron en tierra enemiga o en campamento también y al raso, aunque entre aliados; pues ni una sola vez entró Luculo con su ejército en una ciudad griega o amiga. Estando ellos de suyo tan indispuestos, les dieron también calor desde Roma los tribunos y otros demagogos, que, llevados de envidia, acusaban a Luculo de que, por ambición y avaricia, prolongaba la guerra, y de que, sobre reunir él sólo en su

persona la Cilicia, el Asia, la Bitinta, la Paflagonia, la Galacia, el Ponto y la Armenia hasta el Fasis, ahora había talado y asolado el reino de Tigranes, como si, en lugar de someter a los reyes, hubiera sido enviado a despojarlos; que fue lo que dicen le imputó el tribuno Lucio Quinto, a cuya persuasión se decretó que se dieran a Luculo sucesores de su provincia, determinándose, además, licenciar, a muchos de los que militaban en su ejército.

XXXIV.- A este mal estado de los negocios de Luculo se agregó otra cosa que los acabó de echar a perder: y fueron las instigaciones de Publio Clodio, hombre violento y resumen de toda alevosía y temeridad. Era hermano de la mujer de Luculo, y corrían rumores de mal trato entre ambos, siendo ella muy disoluta. Militaba entonces con Luculo, sin ocupar el puesto a que se presumía acreedor, porque codiciaba tener el primer lugar; y por su conducta era precedido de muchos. Sedujo, pues, al ejército de Fimbria, y lo excitó contra Luculo, moviendo pláticas muy acomodadas al gusto de unos hombres a quienes no faltaba ni la voluntad ni la costumbre de sublevarse, porque éstos mismos eran los que antes había concitado Fimbria para que, asesinando al cónsul Flaco, se eligiera general. Así, oyeron con gran placer a Clodio, a quien llamaron amante del soldado, porque supo fingir que se compadecía de su suerte: “A causa- les decía- de no verse ningún término de tantas guerras y tantos trabajos sino que, peleando con todas las naciones y rodando por toda la tierra, en esto era en lo que habían de gastar su vida; sin servirles de otra cosa estas expediciones que de escoltar los ca-

rros y camellos de Luculo, cargados de preciosas alhajas de oro y pedrería. No así los soldados de Pompeyo, que, restituidos ya a la clase de pacíficos ciudadanos, gozaban de descanso con sus mujeres y sus hijos en una tierra y en unas ciudades felices; no después de haber arrojado a Mitridates y a Tigranes a unos desiertos inhabitables, o de haber destruido las opulentas cortes del Asia, sino después de haber hecho la guerra en la España a unos desterrados, y en la Italia a unos fugitivos. ¿Por qué no habían de descansar ya de las fatigas de la milicia? O, a lo menos, ¿por qué no reservar lo que les restaba de fuerza y de aliento para otro general para quien el mejor adorno era la riqueza de sus soldados?" Seducido con tales especies el ejército de Luculo, no quiso seguirle contra Tigranes ni contra Mitridates, que inmediatamente regresó al Ponto y recobró su Imperio. Tomando por pretexto el invierno, se detuvieron en la Gordiena, dando tiempo de que llegara Pompeyo o alguno otro de los generales sucesores de Luculo, que ya se esperaban.

XXXV.- Cuando llegó la noticia de que Mitridates, habiendo vencido a Fabio, marchaba contra Sornacio y Triario, entonces siguieron a Luculo. Triario, ansioso de arrebatar la victoria, que le parecía segura, antes de que llegara Luculo, que ya estaba cerca, fue completamente derrotado en batalla campal; pues se dice que murieron más de siete mil Romanos, y entre ellos ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos, habiéndoles Mitridates tomado el campamento. Llegó Luculo pocos días después, y sustrajo a Triario de la ira de los soldados, que le andaban buscando; y

como Mitridates rehusase venir a batalla por esperar a Tigranes, que estaba ya en marcha con grandes fuerzas, resolvió, antes que se verificara su reunión, salir al encuentro a Tigranes y pelear con él; pero, sublevados los Fimbrianos cuando ya estaban en camino, abandonaron éstos sus puestos bajo el pretexto de que ya estaban libres del juramento de la milicia, por no corresponder el mando a Luculo después de conferidas a otros sus provincias. Entonces nada hubo que éste no tuviese que sufrir muy fuera de lo que a su dignidad correspondía, bajándose a ir hablándoles de uno en uno y de tienda en tienda, presentándoseles abatido y lloroso, y aun alargándoles a algunos la mano; mas ellos desdeñaban estas demostraciones, y tirándole los bolsillos vacíos, le decían que peleara él solo con los enemigos, pues que él solo había de hacerse rico; con todo, a súplicas de los otros soldados, condescendieron los Fimbrianos en permanecer por aquel estío, mas en el concepto de que, si en este tiempo no se presentaba alguno a pelear con ellos, se marcharían. Por tales condiciones le fue preciso pasar a Luculo, para no abandonar a los bárbaros el país si le dejaban desamparado. Retúvolos, pues, aunque sin emplearlos en acciones ni conducirlos a batalla; dándose por contento con que se quedasen y teniendo que sufrir ver asolada por Tigranes la Capadocia, y que impunemente insultara otra vez aquel mismo Mitridates, de quien él había escrito al Senado que quedaba del todo destruido; por lo que habían ya llegado los enviados del mismo Senado para arreglar las cosas del Ponto como enteramente aseguradas; y lo que encontraron fue que ni de sí mismo era dueño, mofado y escarnecido por los

soldados. Llegaron éstos a tal extremo de insolencia, que al expirar el estío tomaron las armas, y, desenvainando las espadas, provocaban a unos enemigos que por ninguna parte se presentaban, hallándose muy escarmentados. Moviendo, pues, grande algazara y batiéndose con sus sombras, se salieron del campamento, protestando que habían cumplido el tiempo por el que a Luculo habían ofrecido quedarse. A los otros los enviaba a llamar Pompeyo, porque ya había sido nombrado general para la guerra de Mitridates y Tigranes, por afición del pueblo hacía él y por adulación y lisonja de los demagogos; mientras que el Senado y los buenos ciudadanos veían la injusticia que se hacía a Luculo dándole sucesor, no de la guerra, sino del triunfo, y obligándosele a dejar y ceder a otro, no el mando, sino el prez de la victoria.

XXXVI.- Pues aún parecía esta situación más injusta a los que allí presenciaban los sucesos; porque no era Luculo dueño del premio y del castigo, como es preciso en la guerra, ni permitía Pompeyo que ninguno pasase a verle, o que se obedeciese a lo que disponía y determinaba con los diez enviados, sino que lo daba por nulo, publicando edictos y haciéndose temible por sus mayores fuerzas. Creyeron, sin embargo, conveniente sus amigos el que tuviesen una conferencia; y habiéndose juntado en una aldea de la Galacia, se hablaron con agrado el uno al otro, y se dieron el parabién de sus respectivas victorias, Era Luculo de más edad; pero era mayor la dignidad de Pompeyo, por haber tenido más mandos y por sus dos triunfos. Las fasces que a uno y a otro precedían estaban enramadas con laurel por sus victorias;

pero habiendo sido muy larga la marcha de Pompeyo por lugares faltos de agua y de humedad, al ver los lictores de Luculo que el laurel de aquellas fasces estaba seco, alargaron con muy buena voluntad a los otros del suyo, que estaba fresco y con verdor. Tomaron esto a buen agüero los amigos de Pompeyo, porque, en realidad, los prósperos sucesos de aquel contribuyeron a dar realce a la expedición de éste; pero de resulta de la conferencia, en lugar de quedar más amigos, se retiraron más indispuestos entre sí, y Pompeyo, sobre anular todas las disposiciones tomadas por Luculo se llevó consigo los demás soldados, no dejándole para que le acompañaran en el triunfo sino solos mil seis cientos, y aun éstos se quedaban con él de mala gana. ¡Tan mal amañado o tan desgraciado era Luculo en lo que es lo primero y más importante en un general! De manera que si le hubiera acompañado esta dote con las demás que tanto en él resplandecían, con su valor, su actividad, su previsión y su justicia, el mando de los Romanos en el Asia no habría tenido por límite el Eufrates, sino los últimos términos de la tierra y el mar de Hircania; habiendo sido ya todas las demás naciones sojuzgadas con Tigranes, y no siendo las fuerzas de los Partos tan poderosas contra Luculo como se mostraron después contra Craso, por cuanto no tenían igual unión; y antes, por las guerras intestinas y de los pueblos inmediatos, ni siquiera podían sostenerse con vigor contra los insultos de los Armenios. Mas ahora creo que el bien que por sí hizo a la patria, por otros se convirtió contra ésta en mayor daño, a causa de que los trofeos erigidos en la Armenia a la vista de los Partos, Tigranocerta, Nísibis, la inmensa riqueza con-

ducida de ellas a Roma y la misma diadema de Tigranes, traída en cautiverio, impelieron a Craso contra el Asia, en el concepto de que aquellos bárbaros sólo eran presa y despojos seguros y ninguna otra cosa; pero bien pronto, puesto al tiro de las saetas de los Partos, dio a todos el desengaño de que Luculo, no por impericia o flojedad de los enemigos, sino por inteligencia y valor propios, alcanzó de ellos ventajas. Mas de esto se hablará después.

XXXVII.- Restituido Luculo a Roma, lo primero que se le anunció fue que su hermano Marco se hallaba acusado por Cayo Memio sobre el manejo que tuvo en la cuestura, prestándose a las órdenes de Sila. Como hubiese sido absuelto, se convirtió Memio contra el mismo Luculo, haciendo creer al pueblo que se había reservado cantidades y había de intento prolongado la guerra; le excitó a que le negara el triunfo. Tuvo, por tanto, que sufrir una grande contradicción, y sólo mezclándose los principales y de mayor autoridad entre las tribus pudieron conseguir del pueblo, a fuerza de ruegos y de mucha diligencia, que le permitiese triunfar. No fue su triunfo tan brillante y ostentoso como el de otros, por lo dilatado de la pompa y por el gran número de los objetos que se conduelan, sino que con las armas de los enemigos, que eran de muy diversas especies, y con las máquinas ocupadas a los reyes, adornó el Circo Flaminio, espectáculo que no dejaba de llamar la atención. En la pompa iban unos cuantos de los soldados de caballería armados; de los carros falcados, diez; de los amigos y generales de los reyes, sesenta; naves de gran porte, con espolones de bron-

ce, se habían traído ciento y diez; una estatua colosa de Mitridates, de seis pies, hecha de oro, y un escudo guarnecido de piedras; veinte bandejas con vajilla de plata, y treinta y dos con vasos, armas y monedas de oro. Todas estas cosas eran llevadas por hombres; ocho acémilas conducían otros tantos lechos de oro; cincuenta y seis llevaban la plata en barras y otras ciento y siete poco menos de dos cuentos y setecientas mil dracmas en dinero. En unas tablas estaban anotadas las sumas entregadas por él a Pompeyo, o puestas en el tesoro para la guerra de los piratas; y separadamente constaba que cada soldado había recibido novecientas y cincuenta dracmas. Últimamente hubo banquete público y abundante para la ciudad y para los pueblos del contorno.

XXXVIII.- Habiendo repudiado a Clodia, que era disoluta y de malas costumbres, se casó con Servilia, hermana de Catón: matrimonio también harto desgraciado; faltábale solamente una de las tachas del de Clodia, que era la infamia de que estaban notados los dos hermanos: en lo demás, por respeto a Catón, tuvo que sufrir a una mujer desenvuelta y perdida, hasta que por fin no pudo más. Había fundado en él el Senado grandes esperanzas, pareciéndole que le serviría de escudo contra la tiranía de Pompeyo, y de salvaguardia de la aristocracia, en virtud de haber empezado con tanta gloria y poder; pero él se retiró y dio de mano al gobierno de la república, o porque ya ésta adolecía de vicios y no era fácil de manejar, o, como dicen algunos, porque teniendo grande reputación se acogió a una vida descansada y cómoda después de tantos combates y trabajos, que no tuvieron el fin

más dichoso. Así, algunos aplauden esta conducta, no sujeta a los reveses de Mario, que después de sus victorias de los Cimbros y de tantos y tan gloriosos triunfos no se dio por contento con tan envidiables honores, sino que por desmedida ambición de gloria y de mando, siendo ya anciano, entró a rivalizar con hombres jóvenes y se precipitó en hechos horribles y en trabajos más horribles todavía; y a Cicerón le habría estado mucho mejor haber envejecido en el retiro de los negocios, después de sofocada la conjuración de Catilina, y a Escipión entregarse al reposo después que al triunfo de Cartago añadió el de Numancia, porque también la carrera política tiene su retiro, no necesitando menos de vigor y de cierta robustez los combates políticos que los atléticos. Con todo, Craso y Pompeyo desacreditaban a Luculo por haberse entregado al lujo y a los placeres, como si estas cosas desdijesen más de aquella edad que el meterse en negocios y hacer la guerra.

XXXIX.- Sucede con la vida de Luculo lo que con la comedia antigua, donde lo primero que se lee es de gobierno y de milicia, y a la postre, de beber, de comer, y casi de francachelas, de banquetes prolongados por la noche y de todo género de frivolidad, porque yo cuento entre las frivolidades los edificios suntuosos, los grandes preparativos de paseos y baños, y todavía más las pinturas y estatuas y el demasiado lujo en las obras de las artes, de las que hizo colecciones a precio de cuantiosas sumas, consumiendo profusamente en estos objetos la inmensa riqueza que adquirió en la guerra; que aun hoy, cuando el lujo ha llegado a tanto exceso, los

huertos luculianos se cuentan entre los más magníficos de los emperadores. Así es que, habiendo visto Tuberón el Estoico sus grandes obras en la costa cerca de Nápoles, los collados suspendidos en el aire por medio de dilatadas minas, las cascadas en el mar, las canales con pescados de que rodeó su casa de campo y las otras diferentes habitaciones que allí dispuso, no pudo menos de llamarle Jerjes con toga. Tenía en Túsculo diferentes habitaciones y miradores de hermosas vistas, y, además, ciertos claustros abiertos y dispuestos para paseos; viólos Pompeyo, y censuró el que, habiendo dispuesto aquella quinta con tanta comodidad para el verano, la hubiera hecho inhabitable para el invierno, a lo que, sonriéndose, le contestó: "Pues qué, ¿me haces de menos talento que las grullas y las cigüeñas, para no haber proporcionado las viviendas a las estaciones?" Quería un edil dar brillantes juegos, y habiéndole pedido para uno de los coros ciertos mantos de púrpura, dijo que miraría si los había en casa, y se los daría; al día siguiente le preguntó cuántos había menester, y respondiéndole el edil que habría bastantes con ciento, le dijo que tomara otros tantos más; que fue lo que dio ocasión a Horacio para exclamar: "No puede decirse que hay riquezas donde las cosas abandonadas y de que no tiene noticias el dueño no son más que las que están a la vista".

XL.- En las cenas cotidianas de Luculo se hacía grande aparato de su adquirida riqueza, no sólo en paños de púrpura, en vajilla, pedrería, en coros y representaciones, sino en la muchedumbre de manjares y en la diferencia de guisos,

con lo que excitaba la admiración de las gentes de menos valer. Por tanto, fue celebrado aquel dicho de Pompeyo hallándose enfermo. Prescribióle el médico que comiera un tordo, y diciéndole los de su familia que, siendo entonces el tiempo del estío, no podría encontrarse sino engordado en casa de Luculo, no permitió que fuera allá a buscarlo, sino que dijo al médico: "¿Conque si Luculo no fuera un glotón no podría vivir Pompeyo?" Y le pidió le mandase cosa más fácil de encontrar. Catón era su amigo y su deudo; con todo, estaba tan mal con esta conducta suya y con su lujo, que, habiendo hablado en el Senado un joven larga e inoportunamente sobre la moderación y la templanza, se levantó Catón, e interrumpiéndole le dijo: "¿No te cansarás de enriquecerte como Craso, de vivir como Luculo y de hablar como Catón?" Algunos convienen en que esto se dijo, mas no refieren que Catón lo hubiese dicho.

XLI.- Que Luculo no sólo se complacía en este tenor de vida que había adoptado, sino que hacía gala de él, se deduce de ciertos rasgos que todavía se recuerdan. Dícese que vinieron a Roma unos Griegos, y les dio de comer bastantes días. Sucedióles lo que era natural en gente de educación, a saber: que tuvieron cierto empacho, y se excusaron del convite, para que por ellos no se hicieran cada día semejantes gastos; lo que, entendido por Luculo, les dijo con sonrisa: "Algún gasto bien se hace por vosotros; pero el principal se hace por Luculo." Cenaba un día solo, y no se le puso sino una mesa, y, una cena moderada; incomodóse de ello, e hizo llamar al criado por quien corrían estas cosas; y como éste le

respondiese que no habiendo ningún convidado creyó no querría una cena más abundante: "¡Pues cómo!- le dijo-. ¿No sabías que hoy Luculo tenía a cenar a Luculo?" Hablábase mucho de esto en Roma, como era regular, y viéndole un día desocupado en la plaza se le llegaron Cicerón y Pompeyo; aquel era uno de sus mayores y más íntimos amigos, y aunque con Pompeyo había tenido alguna desazón con motivo del mando del ejército, solían, sin embargo, hablarse y tratarse con afabilidad. Saludándole, pues, Cicerón, le preguntó si podrían tener un rato de conversación; y contestándole que si, con instancia para ello, "Pues nosotros- le dijo- queremos cenar hoy en tu compañía, nada más que con lo que tengas dispuesto". Procuró Luculo excusarse, rogándoles que fuese en otro día; pero le dijeron que no venían en ello, ni le permitirían hablar a ninguno de sus criados, para que no diera la orden de que se hiciera mayor prevención, y sólo, a su ruego, condescendieron con que dijese en su presencia a uno de aquellos: "Hoy se ha de cenar en Apolo", que era el nombre de uno de los más ricos salones de la casa, en lo que no echaron de ver que los chasqueaba, porque, según parece, cada cenador tenía arreglado su particular gasto en manjares, en música y en todas las demás prevenciones, y así, con sólo oír los criados dónde quería cenar, sabían ya qué era lo que habían de prevenir y con qué orden y aparato se había de disponer la cena, y en Apolo la tasa del gasto eran cincuenta mil dracmas. Concluida la cena, se quedó pasmado Pompeyo de que en tan breve tiempo se hubiera podido disponer un banquete tan costoso. Ciertamente que, gastando así en estas cosas, Luculo

trataba su riqueza con el desprecio debido a una riqueza cautiva y bárbara.

XLII.- Otro objeto había digno verdaderamente de diligencia y de ser celebrado, en el que hacía también Luculo considerables gastos, que era el acopio de libros; porque había reunido muchos y muy preciosos, y el uso era todavía más digno de alabanza que la adquisición, por cuanto la biblioteca estaba abierta a todos, y a los paseos y liceos inmediatos eran, por consiguiente, admitidos los Griegos como a un recurso de las musas, donde se juntaban y conferenciaban, recreándose de las demás ocupaciones. Muchas veces se entretenía allí él mismo, paseando y conversando con los literatos; y a los que tenían negocios públicos los auxiliaba en lo que le habían menester; en una palabra: su casa era un domicilio y un pritaneo griego para todos los que venían a Roma. Estaba familiarizado con toda filosofía, y a toda se mostraba tan benigno como era inteligente; pero fue particularmente adicto desde el principio a la Academia, no a la que se llamaba nueva, sin embargo de que florecía entonces con los discursos de Carnéades, por medio de Filón, sino a la antigua, que tenía por maestro y caudillo en aquella era a Antíoco Ascalonita, varón elocuente y de gran elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenía la oposición contra los alumnos de Filón, siendo Cicerón uno de ellos, el cual escribió un tratado bellísimo en defensa de su secta, y en él, para la mejor comprensión, hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula Luculo. Eran entre

sí, como ya se ha dicho, íntimos amigos, y seguían el mismo partido en las cosas de la República, pues Luculo no se había separado enteramente del gobierno, y sólo había abandonado desde luego a Craso y a Catón la contienda y disputa sobre quién sería el mayor y tendría más poder como llena de riesgos y contradicciones; por cuanto los que recelaban de la grande autoridad de Pompeyo habían tomado a éstos por defensores del Senado, a causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba, sin embargo, a la plaza pública por servir a los amigos, y al Senado, si era necesario contrarrestar en algo la ambición y poder de Pompeyo; así invalidó las disposiciones tomadas por éste después de haber vencido a los dos reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento a los soldados, impidió que se diese, ayudado de Catón; de manera que Pompeyo tuvo que acudir a la amistad, o por mejor decir, a la conjuración de Craso y César; y llenando la ciudad de armas y de soldados, hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza a Catón y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sacaron los pompeyanos a plaza a un tal Veccio, suponiendo que le habían sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado, acusó a otros; pero ante el pueblo nombró a Luculo, diciendo ser quien le había pagado para asesinar a Pompeyo; nadie, sin embargo, le dio crédito, siendo a todos bien manifiesto que aquellos le habían sobornado para levantar semejante calumnia, lo que todavía se descubrió más a las claras cuando, al cabo de muy pocos días, fue Veccio arrojado a la calle, muerto, desde la cárcel,

diciéndose que él se había dado muerte; pues viéndose en el cadáver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

XLIII.- Con esto todavía se apartó más Luculo de los negocios; y cuando después Cicerón salió desterrado y Catón fue enviado a Chipre, entonces les dio enteramente de mano. Dícese, además, que antes de morir se le perturbó la razón, desfalleciendo poco a poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez o por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calístenes, uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase más, creyendo que la bebida tenía esta virtud; y por fin, que con ella se le ofendió y alteró la razón en términos de haber sido preciso que, viviendo él, se encargase el hermano de la administración de su hacienda. Con todo, apenas murió, como si hubiera fallecido en lo más floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte, concurriendo a sus exequias; y llevado el cadáver a la plaza por los jóvenes más principales, quería por fuerza sepultarle en campo Marcio, donde había sepultado a Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era fácil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el hermano, a fuerza de razones y de ruegos, que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento, cerca de Túsculo. No vivió él mismo después largo tiempo, sino que, así como había seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió también en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

COMPARACIÓN DE CIMÓN Y LUCULO

I.- En lo que más debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento, porque se verificó antes del trastorno de la República, que con las guerras civiles preparaba el hado; anticipóse a morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que más conviene y se conforma con Cimón, que también murió cuando las cosas de los Griegos no habían decaído aún, sino que estaban en su auge; bien que éste acabó sus días en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar, por último, premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos, los banquetes y las francachelas, que es en lo que Platón reprende a los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en ésta es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno, referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los

días, después de las guerras y de los mandos, en los festejos de Venus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la Academia, tan justamente celebrada, ni de un imitador de Jenócrates, sino de uno que se inclina a la escuela de Epicuro. Cosa, por cierto, bien extraña, pues que, por términos contrarios, la juventud de Cimón parece haber sido reprensible y suelta, y la de Luculo aplicada y sobria. De mudanzas, la más laudable es la que se hizo en mejor, porque también es índole más apreciable aquella en que envejece y decae lo malo y lo bueno florece y persevera. Con haberse hecho ricos ambos de un mismo modo, no del mismo modo usaron de la riqueza, pues no es razón comparar con la muralla austral de la ciudadela, concluida con los caudales que trajo Cimón, aquellas viviendas de Nápoles y aquellos miradores deliciosos que edificó Luculo con los despojos de los bárbaros; ni debe ponerse en cotejo con la mesa de Cimón la de Luculo; con la que era republicana y modesta, la que era regalada y propia de un sátrapa; pues la una con poco gasto mantenía diariamente a muchos, y la otra consumía grandes caudales con unos pocos dados a la glotonería; a no ser que el tiempo fuese la causa de esta diferencia, pues no sabemos, a haber caído Cimón después de sus hazañas y de sus expediciones en una vejez distante de la guerra y de los negocios de república, si habría llevado todavía una vida más muelle y más entregada a los placeres, porque era aficionado a beber, amigo de reuniones y censurado, como hemos dicho, en punto a mujeres; y los triunfos y felices sucesos, así en lo político como en la guerra, procurando otros placeres, no dejan lugar a los malos deseos, ni siquiera dejan que nazca la

idea en los que son por carácter emprendedores y ambiciosos; por tanto, si Luculo hubiera continuado hasta la muerte combatiendo y mandando ejércitos, me parece que ni el más severo y rígido censor había de haber encontrado que reprender en él. Esto por lo que toca al tenor de vida de ambos.

II.- En las acciones de guerra es indudable que uno y otro se acreditaron por mar y por tierra de excelentes caudillos; mas así como entre los atletas, los que en un solo día y en una sola contienda alcanzan todas las coronas, por una loable costumbre llevan el nombre de vencedores inesperados, de la misma manera Cimón, habiendo coronado a la Grecia en un solo día por un combate de tierra y otro de mar, es justo que tenga cierto lugar preferente entre los generales. A Luculo fue la patria quien le dio el mando; Cimón, a la patria; aquel, teniendo ésta el mando para con los aliados, dominó a los enemigos, y Cimón, habiéndose encargado del mando cuando su patria seguía el imperio ajeno, hizo que a un tiempo se sobrepusiera a los aliados y a los enemigos, obligando a los Persas, con haberlos vencido, a separarse del mar, y persuadiendo a los Lacedemonios que voluntariamente se desistieran del imperio de él. Y si la obra mayor de un general es ganarse las voluntades con la benevolencia, Luculo fue despreciado de sus propias tropas, y Cimón venerado y aplaudido de los aliados; aquel se vio abandonado de los suyos, y a éste se le unieron los extraños; el uno salió mandando, y volvió solo y desamparado, y el otro regresó dando órdenes a aquellos mismos con quienes

al ser enviado obedecía lo que se le mandaba; habiendo alcanzado a un mismo tiempo para su ciudad las tres cosas más difíciles con los enemigos, la paz, sobre los aliados, el imperio, y de los Lacedemonios, el reconocimiento voluntario de superioridad. Tomando por su cuenta uno y otro acabar con Estados de gran poder y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno sólo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército cuando todo le sucedía prósperamente, y al otro nadie podría eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército, o bien no acertase a cortarlas antes de que llegasen a una abierta rebelión, ¿o quizá alcanzó también algo de esto a Cimón?: porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oír en diez años su voz, según expresión de Platón; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agradarle, sino que, más bien, usando de rigor para corregir, son molestos a los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones; así, acaso será necesario disculpar en este punto a entrambos.

III.- Luculo llevó la guerra mucho más lejos: fue el primero que llegó más allá del Tauro con un ejército: pasó el Tigris; tomó e incendió las cortes de los reyes, Tigranocerta, los Cabirios, Sinope y Nísibis, extendiendo la dominación romana por el Norte hasta el Fasis, por el Oriente hasta la Media y por el Austro hasta el mar Rojo, por medio de los

reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado más que la materialidad de coger las personas, a causa de que, a manera de fieras, huyeron a refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como no habían recibido de Cimón considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero después de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates, pues que éste, enflaquecido y acoquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió a sacar ante Pompeyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huída al Dósforo, y allí falleció; y Tigranes, él por si mismo, se presentó a Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso a sus pies, adulando a Pompeyo con una prenda que, más bien que a él, pertenecía al triunfo de Luculo; así, se dio por muy contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenía perdidos; por tanto, es mejor general como mejor atleta el que deja más cansado y debilitado a su contrario. Además de esto, Cimón encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habían causado y con las incesantes huídas a que los habían obligado Temístocles, Pausanias y Leotíquidas; acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaídos y vencidos en los ánimos, le fue muy fácil triunfar de los cuerpos; en cambio, Luculo postró a Tigranes cuando, vencedor en muchos combates, estaba todavía en la plenitud de su poder. En el número no sería tampoco razón comparar los que por Cimón fueron vencidos con los que se reunieron

contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le había de ser muy difícil el determinarse, pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionada a entrambos, anunciando al uno aquello que le convenía ejecutar, y al otro, aquello de que debía guardarse, habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

NICIAS

I.- Pues nos parece que no vamos fuera de razón en comparar con Nicias a Craso y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar a los que lean estas vidas no sospechen que en la narración de los hechos relativos a ellas, en la que Tucídides, excediéndose a sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo, el cual, lisonjeándose de superar a Tucídides en la facundia y de hacer ver que Filisto era rudo y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por las arengas, en cuya descripción aquellos sobresalieron, no siquiera

A pie corriendo cabe el lidio carro,

como dice Pindaro, sino mostrándose del todo molesto, pueril y, según expresión de Dífilo, torpe y obeso, *engordado en la grasa siciliana*, y por lo más, arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los

Atenienses a mal agüero el que el general tomaba su nombre de la victoria, repugnara aquella expedición; igualmente que en la mutilación de las estatuas de Hermes les significaron los Dioses que les vendrían muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates, hijo de Hermón, y también que era natural, por una parte, que Heracles diera auxilio a los Siracusanos, por respeto a Cora, que le entregó el Cerbero, y que, por otra, mirara con odio a los Atenienses, por haber salvado a los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él, ofendido por Laomedonte, asoló su ciudad. Mas quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la dicción de Filisto e insultar a Platón y a Aristóteles. En cuanto a mí, la contienda y emulación con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necedad. Por tanto, los hechos de Nicias, referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan a conocer la conducta y disposición de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en sólo lo preciso; pero los que, por lo común, no son conocidos, a causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, o bien por haberse de tomar de presentallas y decretos antiguos, éstos los recogeré con esmero, no para tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

II.- De Nicias, lo primero que se ofrece decir es lo que escribió Aristóteles; a saber: que eran tres los que sobresalían

entre los ciudadanos y tenían benevolencia y amor patrio para con el pueblo: Nicias, hijo de Nicérato; Tucidides, hijo de Milesio, y Terámenes, hijo de Hagnin, en menor grado éste que los otros, pues que en cuanto a linaje le motejaron de extranjero oriundo de Ceo, y en cuanto a gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fue llamado Coturno. De éstos, era Tucidides el de más edad, y puesto al frente de los mejores y más principales ciudadanos contradijo en muchas cosas a Pericles, que afectaba popularidad. El más joven era Nicias; pero aun en vida de Pericles fue ya tenido en aprecio, hasta llegar a ser general con él y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fue llamado a ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos y los nobles, que lo contraponían a la insolencia y osadía de Cleón; y aun tuvo el favor del pueblo, que también contribuyó a su adelantamiento; si bien Cleón alcanzó grande autoridad con guiarlo como a viejo y otorgarle salario, aun de los mismos a quienes favorecía, al ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los más se ponían de parte de Nicias: por cuanto, aunque tenía gravedad, no era ésta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia, que atraía a los más, por lo mismo que mostraba timidez; y es que, siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas, para el gobierno, su pusilanimidad y su temor a los calumniadores llegaban a parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella y adelanta a los que la temen, pues en general, para la muche-

dumbre, el mayor honor de parte de los más poderosos es el que no la desprecien.

III.- Mientras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amaños ni de ningún otro prestigio; pero Nicias, que no tenía aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; faltándole disposición para rivalizar con la flexibilidad y las lisonjas de Cleón, logró atraerse con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie, el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto a todos los de su tiempo, y aun a cuantos le habían precedido. Subsisten todavía, de las ofrendas que hizo, el Paladion del alcázar, habiendo perdido el dorado, y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los trípodes ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros venció muchas veces, y en ninguna fue vencido. Dícese que en uno de estos coros compareció representando en el adorno a Baco un esclavo suyo, de hermosa disposición y figura, todavía imberbe y que, habiéndose agradado los Atenienses de su presencia, y aplaudido y palmoteado por largo rato, levantándose Nicias había expresado que tenía a sacrilegio que estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el dios, y había dado la libertad a aquel mozo. También se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delo; era lo regular de los coros enviados por las ciudades a cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegación, fuesen como a cada uno le cogía, y que, acu-

diendo mucha gente a la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningún orden, saltando en tierra en confusión y tomando las coronas y los trajes de la misma manera; mas él, cuando condujo la teoría, aportó a Renea con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente, construído con las dimensiones convenientes, y adornado magnificamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche lo echó sobre el espacio que media entre Renea y Delo, que no es grande. Al día siguiente, al amanecer, condujo la procesión que se hacía al dios, y el coro, adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Después del sacrificio, del combate y del festín, presentó al dios, en ofrenda, una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas se lo consagró, con destino a que de sus rentas tomaran los de Delo lo necesario para sacrificar y dar un banquete, rogando a los dioses por la prosperidad de Nicias. Porque así lo hizo escribir en la columna que dejó en Delo como monumento de esta dádiva, y la palma, quebrantada de los vientos, vino a caer sobre la estatua grande de los de Naxo y la hizo pedazos.

IV.- En estas cosas suele haber mucho de ostentación y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el carácter y las costumbres de Nicias para todo lo demás, podía, no sin violencia, colegirse que aquel esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad, porque le hacían demasiada impresión las cosas superiores y era dado a la superstición, según nos lo dejó escrito Tucídides. Así, se dice, en un

cierto diálogo de Pasifonte, que todos los días ofrecía sacrificios a los dioses, y que, teniendo en casa un agorero, fingía consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino, sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata, porque poseía minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecía de peligro. Mantenía allí gran número de esclavos, y en esto consistía la mayor parte de su hacienda, por lo cual tenía siempre alrededor de sí muchos que le pedían y a quienes socorría, pues no era menos dadivoso con los que podían hacer mal que con los que eran dignos de sus liberalidades; en una palabra: con él era una renta para los malos su miedo y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas cómicos. Teleclides escribía así contra un calumniador:

> Ni una mina partida por el medio
> le dio Carleles por que le tapase
> que entre los hijos que su madre tuvo
> él fue el primero que salió del saco.
> Nicias de Nicerato diole cuatro;
> mas aunque de este don yo sé la causa,
> no la diré, que Nicias es mi amigo,
> y obra a mi juicio con notable acuerdo.

Y aquel a quien zahiere Éupolis en su comedia intitulada *Maricas,* sacando a la escena a uno de los holgazanes y mendigos, se explica así:

-¿Cuánto ha que viste a Nicias?
-Nunca le había visto; mas ahora
ha poco que le vi estar en la plaza.
-Notad que éste confiesa claramente
que en la plaza con Nicias se ha encontrado;
y si de traición no, ¿qué tratarían?
¿No escucháis, camaradas, cómo Nicias
fue en el delito mismo sorprendido?
-Andad, menguados; no es para vosotros
en mal caso coger a hombre tan bueno:

y el Cleón de Aristófanes, en tono de amenaza dice:

El cuello apretaré a los oradores,
y a Nicias causaré miedo y espanto.

También Frínico da idea de lo tímido y espantadizo que era, en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,
y no al modo de Nicias lo verían
andar siempre con aire asustadizo.

V.- Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistía a sus ordinarias creaciones; en una palabra: no gustaba de semejantes pasatiempos, sino que, cuando era arconte, permanecía en el consistorio hasta la noche, y del Senado salía el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenía negocio público alguno, no se

dejaba ver ni admitía a nadie, quieto siempre y encerrado en casa. Sus amigos recibían a los que concurrían a hablarle, y les pedían que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia e importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivía para conciliarle autoridad y opinión, era Hierón, que se había criado en su casa, y a quien el mismo Nicias había ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, a quien apellidaron Calco, y de quien se conservan todavía algunas poesías, y que, enviado de comandante de una colonia mandada a Italia, fundó la ciudad de Turios. Este, pues, trataba con los agoreros, de parte de Nicias, en la interpretación de los prodigios y los arcanos, y hacía correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por sólo el bien de la república, una vida infeliz y trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar los de su pueblo; tanto, que nunca se acostaba sino cuando los demás habían dormido el primer sueño. De donde provenía estar también su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado a perderlos por los negocios públicos, justamente con su hacienda; cuando los demás, ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad, tal venía a ser la vida de Nicias, por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamenón:

La majestad preside a nuestra vida;
mas de la multitud somos esclavos.

VI.- Observando que el pueblo se valía a veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos, pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose a su esplendor y su gloria, como se veía bien claro en la condenación de Pericles, en el destierro de Damón, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre para con Anfitón Ramnusio, y sobre todo en lo ocurrido con Paques, el que tomó a Lesbo, que al dar las cuentas de su expedición, sacando en el mismo tribunal la espada, allí se quitó la vida, procuraba huir de las expediciones arduas y difíciles, y cuando iba de general consultaba mucho a la seguridad, con lo que lograba vencer, como era natural; mas, con todo, no atribuía estos sucesos ni a su inteligencia, ni a su poder, ni a su valor, sino a la fortuna, y se acogía a los dioses, sustrayéndose a la envidia que sigue a la gloria. Convienen con esto los mismos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descalabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; cuando en la Tracia fue vencida por los de Calcis, iban de generales Calíadas y Jenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipócrates, y de la peste, la culpa se echó principalmente a Pericles, por haber encerrado en el recinto de la ciudad, a causa de la guerra, a todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquella originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias, pues, se conservó inculpable en todas estas desgracias, y, yendo de general, tomó a Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra a la Laconia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró también y atrajo

a muchos pueblos de Tracia que se habían rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros a los de Mégara, al punto se apoderó de la isla Minoa, y de allí a poco, partiendo de aquel punto, sujetó a Nisea. Bajó de allí a Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y a Licofrón, su general. Sucedióle en esta ocasión haberse dejado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado de menos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió, hizo alto con el ejército, y envió un heraldo a los enemigos, para tratar de recobrarlos. Según cierta ley y costumbre con ella conforme, los que recogían los muertos, en virtud de convenio, se entendía que renunciaban a la victoria, y no les era permitido levantar trofeo, porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, como que no está en su poder tomar lo que piden. Pues, con todo, más quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria que dejar insepultos a dos ciudadanos. Taló, pues, todo el país litoral de la Laconia, y venciendo a los Lacedemonios que se le opusieron tomó a Tirea, guarnecida por los Eginetas, y a los que apresó los trajo cautivos a Atenas.

VII.- Como Demóstenes hubiese fortificado a Pilo, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios y, trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfacteria hasta cuatrocientos hombres. Parecíales a los Atenienses cosa importante, como lo era, en realidad, apoderarse de ellos; pero el cerco se presentaba difícil y trabajoso en un país que carecía de agua, y para el que el acopio de provisiones, aun en verano, tenía que hacerse con un ro-

deo muy largo, hallándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo; teníalos esto disgustados, y estaban pesarosos de haber despedido la legación que los Lacedemonios les habían enviado para tratar de paz. Habíanla despedido a instigación de Cleón, principalmente con la mira de mortificar a Nicias, porque era su enemigo; y viendo que se había puesto de parte de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pueblo a votar contra el tratado. Yendo, pues, largo el sitio, y recibiéndose noticias de que el ejército padecía de una escasez suma, se mostraban muy enconados contra Cleón, el cual se volvía contra Nicias, echándole la culpa y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba allí aquellos hombres, cuya rendición no habría costado tanto tiempo a haber él tenido el mando. Ofreciósele al punto a los Atenienses decirle: "¿Pues por qué no te embarcas y marchas contra ellos?" Levantóse también Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilo, proponiéndole que tomase la fuerza que quisiese y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. Él, al principio, calló, turbado con tan inesperada salida; pero como insistiesen todavía los Atenienses y Nicias esforzase la voz, se acaloró, y picado de pundonor tomó a su cargo la expedición, y al dar la vela puso el término de veinte días, diciendo que, dentro de ellos, o había de acabar allí con los Lacedemonios, o los había de traer vivos a Atenas, de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo, porque ya estaban acostumbrados a tomar a diversión y risa sus jactancias y sus sandeces. Pues se cuenta que, celebrándose un día junta pública, el pueblo, sentado, estuvo

esperando largo rato, y ya, bien tarde, se presentó en la plaza con corona sobre las sienes, y pidió que la junta se dilatase hasta el día siguiente: “Porque hoy- dijo- estoy ocupado, teniendo a cenar unos forasteros, después que he hecho a los dioses sacrificio”, y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.

VIII.- Favorecióle entonces la fortuna, y habiéndose manejado bien en la expidición al lado de Demóstenes, dentro del término que prefijó, a cuantos Espartanos no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido a discreción. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa más torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo, espontáneamente, el mando, y, despojándose a sí mismo de la autoridad, proporcionar al enemigo la ocasión de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristófanes, en su comedia titulada *Las aves*, diciendo:

Pues no, no es tiempo de dormirnos éste,
ni de dar largas, imitando a Nicias.

Y en la de *Los labradores* dice asimismo:

-Quiero labrar mis campos.
-¿Quién te estorba?
-Vosotros, y mil dracmas os prometo
si exento me dejáis de todo mando.
-Las aceptamos; pues dos mil tendremos

con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño a la ciudad dejando que adquiriera Cleón tanto crédito y poder, con el que, tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó a la república, de los que no le cupo a Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos e introdújo el dar carreras estando hablando; con lo que engendró en los que después de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad: causa principalísima del trastorno y confusión que de allí a poco sobrevino a la república.

IX.- Empezaba ya entonces a mostrarse en Atenas Alcibíades, otro orador no tan descompuesto, pero de quien podía decirse lo que de la tierra de Egipto; pues como ésta, por su gran fertilidad, produce

Muchas útiles plantas, y, a su lado,
otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibíades, propensa igualmente al bien que al mal, dio ocasión a grandes innovaciones. Por tanto, aunque Nicias llegó a verse desembarazado de Cleón, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república, sino que, habiendo conseguido llevarla por el buen camino, la apartó de él la violencia y fogosidad de Al-

cibíades, impeliéndole otra vez a la guerra, lo que sucedió de esta manera: Los que principalmente se oponían a la paz de la Grecia eran Cleón y Brásidas: aquel, porque en la guerra no se descubría tanto su maldad, y éste, porque en ella resplandecía más su virtud; como que al uno le daba ocasión para grandes injusticias y al otro para gloriosos triunfos. Mas, como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fue la de Anfípolis, hallando Nicias a los Espartanos deseosos muy de antemano de la paz, y a los Atenienses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y a unos y a otros fatigados y en disposiciones de deponer con el mayor gusto las armas, trabajó por ver cómo conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo a los demás Griegos de los males que sufrían, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es a los ancianos, a los ricos, y a las gentes del campo, desde luego los encontró con disposiciones pacíficas; en cuanto a los demás, hablando a cada uno en particular, y procurando convencerlos, logró también retraerlos de la guerra; y cuando así lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas a los Espartanos, los excitó y movió a que se presentaran a pedir la paz. Fiáronse de él, ya por su conocida probidad, ya también porque a los cautivos y a los rendidos de Pilo, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacía más llevadera su desgracia. Habían ya antes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso, y del trato con los propios y con los extranjeros, se les había encendido un vivo deseo de aquella vida exenta

de inquietudes y de riesgos; así, oían con gusto a los coros cuando cantaban:

Quédate ¡oh lanza! a ser despojo inútil
donde enreden su tela las arañas.

Érales también sabroso traer a la memoria aquel gracioso dicho de que *a los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos*. Abominando, pues, y maldiciendo a los que suponían tener el hado dispuesto de aquella guerra se prolongara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí e hicieron la paz. Formóse entonces generalmente la idea de que aquella reconciliación era estable, y todos tenían siempre a Nicias en los labios, diciendo que era un hombre amado de los dioses, a quien su buen Genio había concedido, por su piedad, que del mayor y más apreciable bien entre todos hubiera tomado el nombre; porque, realmente, así creían obra suya la paz, como de Pericles la guerra; pareciéndoles que éste, por muy pequeños motivos, había arrojado a los Griegos en grandes calamidades, y que aquel les había hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto, esta paz, hasta el día de hoy, se llama nicia.

X.- Convínose por los tratados en que se restituirían recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quiénes habían de ser los primeros a restituir; y Nicias sobornó con su dinero la suerte, para que fuesen los primeros los Lacedemonios: así lo

refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponían dificultades y que con diferentes achaques y quejas procuraban otra vez encender la guerra, persuadió Nicias a los Atenienses y Lacedemonios a que a la paz añadieran la alianza, como un refuerzo y nuevo vínculo, con el que se hiciera más temibles a los disidentes y se estrecharan más entre sí. Verificado esto, Alcibíades, que no tenía genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque, no haciendo cuenta de él y mirándole con desdén, se manifestaban adictos a Nicias, se propuso desde luego minar la paz, y aunque por entonces nada pudo adelantar, como de allí a poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenienses, y antes pareciese que empezaban a hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios y no haber entregado en pie las ciudades de Panacto y Anfípolis, aferrándose en estas causas procuraba acalorar al pueblo, haciéndoselas presentes a toda hora. Finalmente, habiendo hecho venir una legación de Argos para entablar alianza con los Atenienses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como, presentándose al Senado, hubiesen dado idea de admitir toda condición justa y moderada, temeroso Alcibíades de que con sus proposiciones ganaran también al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles, bajo juramento, que hallarían en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni convinieran en que venían con plenos poderes, porque así saldrían mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose a él, fueron a Nicias, que los hizo comparecer ante el pueblo, y les

preguntó si habían venido con plenos poderes para todo; y como dijesen que no, mudado repentinamente contra todo lo que podían esperar, llamó la atención del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo a que no diera oídos ni crédito a unos hombres que tan abiertamente mentían y que ahora decían una cosa y luego la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer, y no teniendo el mismo Nicias nada que decir, de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo a llamar y hacer venir a los de Argos, para concluir la alianza pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al día siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y aun esto con dificultad, fue contener la negociación de los Argivos, y que a él se le enviase en legación a los Lacedemonios, con esperanza que dio de que todo se arreglaría a satisfacción. Pasando, pues, a Esparta, en todo lo demás le honraron como correspondía a un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no sólo desairado y con descrédito, sino también temeroso de lo que determinarían los Atenienses, disgustados y enfadados de que a su persuasión hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traídos de Pilo eran de las primeras casas de Esparta, y tenían amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron, sin embargo, en medio de su enojo, resolución ninguna violenta contra él, sino que nombraron general a Alcibíades, hicieron alianza al mismo tiempo que con los Ar-

givos con los de Mantinea y los de Elea, que se habían rebelado a los Lacedemonios, y enviaron piratas a Pilo para molestar la Laconia: con lo que volvieron a ponerse en guerra.

XI.- Estaban Nicias y Alcibíades en lo más fuerte de su discordia, cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, según costumbre recibida de que a cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de país por diez años a uno de los que le fuesen sospechosos o que le causaran envidia por su gran crédito o por su riqueza. Estaban ambos en grande agitación y peligro, como que no podía dejar de ser el que el uno o el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibíades vituperaban su abandonada conducta y temían de su arrojo, y en Nicias, además de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, o más bien intratable y oligárquico, que le hacía parecer de otra especie; y como repugnaba muchas veces a los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hacía lo que creía conveniente, había venido a hacérseles odioso. En una palabra: la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre éste, y los otros sobre aquel.

Mas si por dos sobre un honor se alterca
no es nuevo que recaiga en un perverso:

así en esta ocasión, dividido el pueblo entre los dos, motivo a que se presentaran en la palestra los hombres más desvergonzados y corrompidos; de cuyo número era Hipérbolo Peritedes, hombre a quien no fue el poder el que le dio atrevimiento, sino que de ser atrevido pasó a tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad, a ser su afrenta y su infamia. Éste, pues, considerándose entonces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondía era un potro, esperaba que, cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba a ser el rival del que quedase; así se veía bien a las claras que se alegraba de su división, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibíades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fue este cambio materia de diversión y risa para el pueblo; pero después ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se había deshonrado, empleándose en un hombre indigno, pues tenían al ostracismo por una pena que honraba, y creían que, si bien era castigo para Tucídides, Aristides y otros semejantes, para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado, por su maldad, como lo habían sido los varones más excelentes; según que ya lo dijo Platón el cómico, hablando de él en estos versos:

> Por sus maldades mereció esta pena;
> mas, por su calidad, de ella era indigno:
> porque no se inventó seguramente

para tan ruin canalla el ostracismo.

Así es que, después de Hipérbolo, ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fue el último, habiendo sido el primero Hiparco Colargueo, pariente del tirano. Mas ¡cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios! Pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibíades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando a éste de la ciudad, habría quedado en ella con toda tranquilidad, y en caso de haber sido vencido, él habría tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinión del mejor general. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Féax, y no Nicias, el que entraba en disputa con Alcibíades, pero los más lo refieren de aquella manera.

XII.-Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos, con la pretensión de que los Atenienses enviaran una expedición contra la Sicilia; mas, sin embargo de que Nicias lo contradecía, aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fue ya arrollado por las sugestiones, y, sobre todo, por la ambición de Alcibíades, el cual, con esperanzas, había ganado a la muchedumbre y con sus discursos la había alucinado, hasta tal punto, que los jóvenes en las palestras y los ancianos sentados en sus talleres o en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describían el mar que la rodea y los puertos y sitios por donde más se avecina al África. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en

aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el África y en todo aquel mar, hasta las columnas de Heracles. Viéndolos, pues, con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos, pero halló muy pocos hombres de poder e influjo que se pusieran a su lado; porque la gente acomodada, por no dar idea de que huían de servir y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron o dijeron. Con todo, no desistió o se dio por vencido, sino que, aun después de acordada la guerra y de haber sido nombrado general juntamente con Alcibíades y Lámaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles a la vista los inconvenientes; y aun excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambición y de utilidad particular trataba de envolver a la república en una guerra difícil y ultramarina; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes, teniéndole con esto por más a propósito, a causa de su inteligencia y de su nimia previsión, que contrastarían muy bien con la osadía de Alcibíades y la prontitud de Lámaco, dieron a su elección mayor firmeza: porque, levantándose Demóstrato, que era el orador que más inflamaba a los Atenienses para aquella expedición, dijo que él haría callar a Nicias; y escribiendo un decreto por el que se daban a los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

XIII.- Dicese que por parte de los augures se propusieron también muchas cosas que contradecían aquella jornada;

pero teniendo Alcibíades otros agoreros, presentó, de ciertos oráculos antiguos, uno en que se decía que les vendría a los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia, y, además, le vinieron ciertos adivinos de Zeus Amón, trayéndole un oráculo, por el que se prometía que los Atenienses se apoderarían de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen a mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenían las señales más visibles y manifiestas, como la mutilación de los Hermes, que a todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes, a excepción de uno solo, llamado de Andócides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto a la casa en que Andácides habitaba entonces; y como la atrocidad ejecutada en el ara de los Docedióses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y, abriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos había una estatua de oro de la Diosa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas, de los despojos tomados a los Medos: a éste, pues, la picotearon por varios días unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron a picotazos y lo echaron al suelo; pero los Atenienses decían que esto era invención de los de Delfos, ganados por los Siracusanos Prescribióseles en aquella misma sazón, por un oráculo, que trajeran de Clazómenas la Sacerdotisa de Atenea; y, enviándola a buscar, se halló que su nombre era *Hesiquia*, y en esto parece que el buen Genio de Atenas aconsejaba a aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, o

bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Metón, a quien se había dado entonces cierto mando, fingió dar fuego a su casa, como que estaba loco: aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que, habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió a los ciudadanos que, en atención a tan grande desventura, eximieran de la expedición a su hijo, que estaba nombrado prefecto de un trirreme para pasar a Sicilia. A Sócrates el Sabio le anunció su Genio, por los medios que tenía por costumbre, que aquella expedición se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió a sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran también motivo de inquietud los días en que salió la armada, porque celebraban las mujeres las fiestas de Adonis; y por todas partes se veían tendidos por las calles sus simulacros, y junto a ellos exequias y llantos de mujeres, por lo cual, los que dan importancia a estas cosas se mostraban disgustados y temían no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces, tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

XIV.- El que Nicias se opusiese a la expedición proyectada, sin dejarse seducir de lisonjeras esperanzas, y que no mudase de dictamen, deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero después, cuando, habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo, sino que más bien éste como que le cogió de la mano y por fuerza le puso al

frente de aquellas tropas, entonces ya no era tiempo de detenciones e irresoluciones, indisponiendo a sus colegas y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atrás desde la nave y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenía era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos, a probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fue contradecir al dictamen de Lámaco, que quería se marchara directamente a Siracusa. y que en sus inmediaciones se diera una batalla, y también al de Alcibíades, que tenía por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos, y, logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la orden de que, recorriendo con las naves la isla, se hiciera ostensión de las tropas y del número de galeras, y se volviesen después a Atenas, dejando una pequeña guarnición a los Egestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales y les infundió grande desaliento. Llamaron, de allí a poco los Atenienses a Alcibíades, para ser juzgado, y entonces, aunque se le nombró segundo general, en el poder quedó de primero, y siempre continuó, o estándose quieto, o teniendo en movimiento las naves, o juntando consejos, dando lugar a que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan poderosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibíades, bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa; pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera, a la vista del puerto, y sólo con diez penetraron adentro, con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras, por medio

de un heraldo, llamaban para que volviesen a su casa a los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducía unas tablas, en las que los Siracusanos se habían inscrito a sí mismos, cada uno en su tribu; y puestas lejos de la ciudad, en el templo de Zeus Olimpio, entonces las habían enviado a buscar, para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron a los generales, y al ver aquel inmenso número de nombres se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decía: “Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos.” Aunque otros dicen que este oráculo había tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense dando muerte a Dion se apoderó de Siracusa.

XV.- No mucho después del regreso de Alcibíades desde Sicilia, toda la autoridad era ya de Nicias, pues aunque Lámaco era hombre de valor y justificación, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedición se veían precisados los Atenienses a admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así a Nicias, ya por otras causas y ya también por su riqueza y por la gloria que había adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase, por tanto, que, celebrando en una ocasión consejo de guerra, dio orden al poeta Sófocles para que, como el más anciano de los generales, diera el primero su dictamen, y éste le respondió: “Yo bien soy el más viejo, pero tú eres el más anciano.” De esta manera, teniendo bajo de sí a Lámaco, sin embargo de ser me-

jor general que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Sicilia, lejos siempre de los enemigos, dio a éstos mucho aliento, y después con haber acometido a Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor desprecio. Finalmente, se retiró a Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar a Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caído cautiva la célebre ramera Lais, todavía mocita, que, vendida con los demás esclavos, fue llevada al Peloponeso.

XVI.- Al fin del verano, como entendiese que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos a acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia a su campamento, preguntando si habían venido a aumentar los habitantes de Catana o a restituir a sus casas a los Leontinos, determinóse Nicias, no sin repugnancia, a marchar a Siracusa. Queriendo sentar con seguridad y sosiego su campamento, envió cautelosamente, desde Catana, un hombre que avisara a los Siracusanos de que, si querían encontrar desierto el canipo de los Atenienses y tomarle con cuanto contenía, acudieran con todas sus tropas a Catana el día que les prefijó, pues que, no saliendo por lo regular los Atenienses de la ciudad, tenían pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venían, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego a la escuadra; siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando más que su llegada. Éste fue el golpe de maestro que Nicias dio en Sicilia, porque, sacando con esta estratagema todas las tropas

de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba hacerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Después, cuando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió súbitamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entonces Nicias, y derribó los puentes, lo que hizo decir a Hermócrates, para dar ánimo a los Siracusanos: "¡Ridículo general es este Nicias, que busca medios para no pelear, como si no hubiera sido enviada a pelear su expedición!" Con todo, fue tan grande la sorpresa y el miedo que causó a los Siracusanos, que, en lugar de los quince generales que entonces tenían, eligieron otros tres, asegurándoles el pueblo con juramento que los dejaría obrar con las más plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Zeus Olimpio, y los Atenienses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias, de intento, lo fue dilatando y dejando para otro día, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnición, por pensar que, si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningún provecho había de resultar de ello a la república, y sobre él vendría a recaer la nota de impiedad. Ningún partido sacó de una victoria tan celebrada, y, pasados pocos días, se retiró a Naxo, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos

Sicilianos de los que habían abrazado su partido. Con esto, los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose a Catana talaron el país e incendiaron el campamento de los Atenienses; y de esto todos ponían la culpa a Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse, se le iba el tiempo, malogrando las ocasiones. Sus hechos nadie los reprendía, pues era, una vez que se determinaba, activo y pronto; pero para decidirse, muy detenido y cobarde.

XVII.- Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto y fue tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido a Tapso con la escuadra y haber allí saltado en tierra la tripulación; ni tampoco de que él mismo se había adelantado hasta el punto de Epípolas y lo había tomado; en seguida de lo cual venció a lo más escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que más que todo admiró a los Siracusanos y pareció increíble a los Griegos fue haber corrido en muy poco tiempo un muro alrededor de Siracusa, ciudad de no menor extensión que Atenas, y que, por la desigualdad de su terreno, por su inmediación al mar y por las lagunas de que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalada con tan dilatada muralla. Pues, con todo, faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente a tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones, al que debe con razón atribuirse que aquel

trabajo no se hubiese concluído. No puedo, pues, admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, después de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio:

Ocho victorias, los que aquí descansan,
de los Siracusanos alcanzaron,
mientras plugo a los Dioses de ambos lados
en igualdad perfecta mantenerse

Y no ocho victorias solas, sino muchas más todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los Dioses y por la fortuna oposición a los Atenienses, cuando habían llegado a la cumbre del poder.

XVIII.- Haciéndose, pues, violencia, acudía Nicias a cuanto se ofrecía; pero, habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes, y en tanto, mandando el ejército, Lámaco hacía frente a los Siracusanos, que construían desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenienses, para impedir los efectos de su circunvalación. Por lo mismo que los Atenienses estaban victoriosos, solían desordenarse al seguirles el alcance, y habiéndose quedado en una ocasión casi solo Lámaco, aguardó a la caballería de los Siracusanos, que le cargaba. Era el primero de ella Calícrates, buen militar y de mucho aliento, y, como provocase a Lámaco, fuese éste para él y pelearon en

singular batalla, en la que fue primero herido Lámaco, y al huir después éste a Callerates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron a correr hacia el muro de los Atenienses, en el que había quedado Nicias, sin tener casi a nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó a los que tenía cerca de sí que a cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas, y a las máquinas mismas, les pegaran fuego. Sirvió esto para contener a los Siracusanos, y salvó a Nicias con la muralla y los efectos que allí tenían guardados los Atenienses, porque, viendo los Siracusanos a la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos, quedó Nicias único general, y se formaron grandes esperanzas; pasábanse a su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos a aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habían llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de poder sostener la ciudad. Así Gilipo, que de Lacedemonia venía en su auxilio, luego en que el curso de su navegación supo cómo se hallaban cercados y la escasez que padecían, continuó su viaje, en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba más que hacer sino conservar en la alianza a los italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba a tiempo. Porque las voces que corrían eran de que todo estaba ya por los Atenienses, y que tenían un general invencible, por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente, con esta prosperidad, a ser con-

fiado, contra lo que llevaba su natural, y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya más principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que, para ser suya la ciudad, apenas le faltaba más que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observación; así, con desatenderle y despreciarle, dio lugar a que, sin tener él la menor sospecha, aportase en una lancha a la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa reclutó mucha gente, sin que los Siracusanos lo supiesen y ni siquiera le esperasen. Por tanto, ya se había convocado para junta pública, con el objeto de tratar de la capitulación con Nicias; y algunos se encaminaban a ella, pareciéndoles que debía hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad, porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

XIX.- Cuando se hallaban en este conflicto, llegó Góngilo de Corinto, con un trirreme, y, corriendo todos a él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento a otro, y aun venían más fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relación de Góngilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan a unirse con él. Cobraron, pues, ánimo, y, tomando las armas, apenas llegó Gilipo, sin detención marchó en orden de batalla contra los Atenienses. Formó también Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo a los Atenienses, diciéndoles que les daría permiso para reti-

rarse conseguridad de la Sicilia, a lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose a reír, le preguntaron si por haberse presentado una capa y un báculo lacónicos había derepente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar a los Atenienses, que a trescientos más valientes que Gilipo y con más cabellera, teniéndolos en prisiones, los habían vuelto a los Lacedemonios. Timeo refiere quelos mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio a Gilipo; a la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuando al principio se presentó, porque hacían irrisión de su capa y de su cabellera. Dice, además, que apenas se aparéció Gilipo volaron muchos a él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos a hacer la guerra; lo que es más cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquel báculo la señal dístintiva y la dignidad de Esparta; y esto fue obra de sólo Gilipo, como lo dice Tucídides, y también Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenienses, habiendo dado muerte a algunos Siracusanos y alcorintio Góngilo; pero al día siguiente hizo ver Gilipo cuánto puede la inteligencia y pericia militar, pues con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formación, venció a los Atenienses, que en fuga se retiraron a su campamento; y habiendo puesto a trabajar a los Siracusanos, con las piedras y materiales que aquellos habían allegado continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallón de los Atenienses; de modo que

aun con vencer nada adelantarían. Adelantados con esto extraordinariamente los Siracusanos, tripularon sus galeras, y recorriendo el país con su caballería y la de los aliados atrajeron a muchos. Dirigiéndose también Gilipo a las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias, entonces, volviendo a su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habían tenido, cayó de ánimo y escribió a los Atenienses, pidiendo que le enviaran otro ejército o retiraran aquel de la Sicilia, y en cuanto a sí, rogó que le exoneraran del mando, a causa de su enfermedad.

XX.- Aun antes de esto, habían intentado los Atenienses enviar nuevas fuerzas a Sicilia; pero, por envidia de la prosperidad con que la fortuna había hasta aquel punto lisonjeado a Nicias, lo habían ido dilatando; mas entonces se apresuraron a mandar los socorros. Estaba dispuesto que, pasado el invierno, marchara Demóstenes, con un poderoso ejército; pero, entre tanto, en el rigor de aquella estación dio la vela Eurimedonte, llevando caudales y la designación de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacían la guerra: eran éstos Eutidemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente, por mar y por tierra, la suerte de los combates, y aunque al principio tuvo en el mar algún descalabro, con todo rechazó y echó a pique muchas de las naves enemigas; pero no habiendo podido por sí mismo adelantar por tierra sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo y tomó a Plemirio, donde, hallándose los efectos del arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se

apoderó, dando muerte a no pocos y haciendo a otros cautivos; pero lo más fue haber quitado a Nicias la proporción del acopio de víveres, porque éste era sumamente seguro y pronto por Plemirio, ocupándole los Atenienses; pero, desposeídos de él, además de ser difícil, no podía hacerse sino a fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenían surta allí su armada. Aun la victoria contra ésta no pareció haberse conseguido de poder a poder, sino por haberse desordenado cuando seguía el alcance; así, volvieron a presentarse en actitud de pelear, mejor preparados que antes; pero Nicias no quería aventurar otro combate naval, diciendo que sería gran necedad, estando aguardando tan brillantes tropas de refresco como eran las que a toda prisa conducía Demóstenes, querer arriesgarse a una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutidemo, que acababan de ser elevados al mando, se había apoderado cierta envidia y emulación contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algún hecho notable antes que llegase Demóstenes y oscurecer, si podían, a Nicias. El pretexto, sin embargo, era el celo por la gloria de la república, la que decían perecería y anublaría del todo si mostrasen temor a los Siracusanos, que los provocaban a batalla, con lo que le obligaron a combatir. Engañados con una estratagema por Aristón, piloto de Corinto, fue destrozada enteramente su ala izquierda, según escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobremanera Nicias con este infortunio, pues si mandando solo ya había empezado a caer, ahora los colegas lo habían precipitado.

XXI.- Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto, tan brillante, con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable a los enemigos, trayendo en setenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las naves y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir a aquellos terror. Volvieron, por tanto, los Siracusanos a concebir los mayores recelos, viendo que sus trabajos no tenían término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró, de otra parte, a Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas, pues apenas entró en conferencias con Demóstenes le vio resuelto a que al punto se acometiera a los enemigos, y, sin perder momento, se pusiera todo al tablero, para tomar a Siracusa y volverse a casa, de lo que concibió gran temor; maravillado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperación y sin maduro consejo. Decíale que la dilación era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes y no podían contar con que los auxiliares se mantuvieran a su lado largo tiempo, y que, si de nuevo sentían los apuros de la escasez y la hambre, acudirían a él, como antes, con proposiciones de paz. Porque había no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos a Nicias y le inclinaban a permanecer, a causa de que aquellos habitantes padecían mucho con la guerra y no podían aguantar a Gilipo, y a poco que la miseria se aumentase, enteramente habían de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacía Nicias más que indicarlas, no teniendo por conve-

niente decirlas a las claras, dio motivo a los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvía a sus precauciones, a sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino contemporizando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al dictamen de Demóstenes, al cabo convino también Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo Demóstenes, por la noche, las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epípolas dio muerte a algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, y a otros, que se defendieron, los desbarató; mas, aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante, hasta que dio con los Beocios; éstos fueron los primeros que, animándose unos a otros y corriendo a los Atenienses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte a muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusión y terror en todo el ejército, llenando de él el que huía al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometía, en la que se retiraba despavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huían eran perseguidores y tratando a los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusión, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento, y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente oscura ni tenía una luz cierta, como era preciso, estando ya para ponerse la Luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerselos semblantes, con miedo del enemigo, hasta él propio se hacía sospe-

choso, cayendo los Atenienses en la situación y perplejidad más terrible. Avínoles también el que tenían la Luna por la espalda, con lo que, enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas, mientras que en los contrarios el resplandor de la Luna, que daba en los escudos, hacía que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente, cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos, luego que cedieron, unos fueron muertos por éstos en la fuga, otros perecieron a manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el día los acabó la caballería, habiendo sido dos mil los que murieron, y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

XXII.- Habiendo recibido Nicias este golpe, no inesperado, se quejaba de la precipitación de Demóstenes; y éste, después de haber pretendido excusarse, fue de parecer que debían retirarse cuanto antes, pues que ya no debían de venirle nuevas fuerzas, ni con aquellas podían vencer a los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre había de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo, según se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo; hallábanse, en efecto, a la entrada del otoño, tenían muchos enfermos y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias a la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese a los Siracusanos, sino porque temía más a los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: “Porque aquí- añadió- no espero nada de muy

adverso; y aun cuando sucediera, prefiero recibir la muerte de los enemigos que no de mis conciudadanos”; al contrario de como pensó más adelante León Bizantino, que dijo a los suyos: “Más quiero morir de vuestra mano que con vosotros.” En cuanto al punto y país adonde trasladarían el campamento, dijo que ya deliberarían con más sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le había salido tan mal su primer dictamen. no insistió más en el que proponía, y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias, por esperar y confiar en los de adentro, resistía el embarque con tanto tesón, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se agravase la enfermedad en los Atenienses, el propio Nicias condescendió en la retirada y dio orden a los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

XXIII.- Cuando todo estaba a punto, sin que ninguno de los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la Luna; cosa de gran terror para Nicias y para todos aquellos que, por ignorancia y superstición, se asustan con tales acontecimientos, porque, en cuanto a oscurecerse el Sol hacia el día trigésimo, ya casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la Luna; pero en cuanto a ésta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no era fácil de comprender, sino que lo tenían por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacia la Diosa de grandes calamidades, pues el primero que con más seguridad y confianza había puesto por escrito sus ideas acerca

del creciente y menguante de la Luna había sido Anaxágoras, y éste no era antiguo, ni su escrito tenía celebridad, pues no se había divulgado, y sólo corría entre pocos, con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuían a causas destituidas de razón, a potencias incomprensibles y a fuerzas que no pueden resistirse; así es que Protágoras fue desterrado, Anaxágoras puesto en prisión, de la que le costó mucho a Pericles sacarle salvo, y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofía. Ya más adelante, resplandeéió la fama de Platón, y tanto con su conducta como con haber subordinado las fuerzas físicas a principios divinos y superiores desvaneció las calumnias que corrían contra estos estudios y les abrió a todos camino para la instrucción. Así, su amigo Dion, aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio sobrevino un eclipse de Luna, no por eso se inquietó ni dejó de partir, y, apoderándose de Siracusa, expulsó al tirano. Hizo, además, la casualidad que Nicias no tuviese a su lado un adivino diestro, pues Estílbides, su gran confidente, que procuraba desimpresionarle de la superstición, había muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filócoro, para los que querían huir, no era adversa, sino muy favorarable, porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva y la luz les es contraria; y fuera de esto, asi en los eclipses de Sol como en los de Luna, se estaba en observación por tres días, como en sus *Comentarios* lo expuso Autoclides; y Nicias les persuadió que esperaran otro perío-

do de Luna, como si no la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas, luego que salió de la oscuridad con que la tierra impedía su luz.

XXIV.- Olvidado casi de todo lo demás, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento y cercando en rededor el puerto con sus naves; y no sólo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban e insultaban a los Atenienses. Uno de éstos, hijo de padres distinguidos, llamado Heraclides, que se había adelantado con su barquichuelo, fue cogido por una nave ática, que salió en su persecución; y como temiese por él Pólico, su tío, corrió, para librarle, con diez galeras que mandaba, y los demás, temiendo por Pólico, movieron igualmente. Trabóse una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos, con muerte de Eurimedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar más los Atenienses, y empezaron a gritar contra los generales, clamando por que dispusieran la retirada por tierra, pues los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolución, porque le parecía cosa terrible abandonar un grandísimo número de transportes y muy pocas menos de doscientas galeras; embarcó, pues, lo más escogido de la infantería y los más robustos entre los tiradores, y ocupó con ellos ciento diez galeras, porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demás tropa la situó a la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que re-

mataba en el templo de Heracles; de manera que, no habiendo ofrecido los Siracusanos al dios tiempo había los acostumbrados sacrificios, entonces, saltando en tierra, cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

XXV.- Cuando ya estaban listas las naves, anunciaron los agoreros a los Siracusanos que las víctimas les prometían prosperidad y victoria, si no eran los primeros a empezar el combate, y solamente se defendían, pues Heracles alcanzó todas sus victorias poniéndose en defensa cuando se veía amenazado, y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los más empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño a los Atenienses de su estado y disposición que de parte de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que, estando vacías y ligeras, con facilidad discurrían por todas partes, siendo además ofendido con piedras, que, dondequiera que cayesen, hacían gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleaje no tenían golpe seguro, ni siempre podían herir de punta. Esta fue lección que dio a los Siracusanos Aristión, el piloto de Corinto, el cual, habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habían vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenienses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar, y como viesen también muy

difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron a los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavía por más triste y miserable el abandono que se veían precisados a hacer de los enfermos y heridos, y considerándose a sí mismos en un estado aún más lastimoso, porque habían de llegar al mismo fin por entre mayores males.

XXVI.- Intentaban evadirse aquella noche, y Gilipo, viendo a los Siracusanos entregados a sacrificios y banquetes, en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones ni con esfuerzo alguno, a que persiguieran a los enemigos, que no dudaba iban a retirarse; pero Hermócrates, por movimiento propio, excogitó contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijesen venir de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenían armadas celadas y les habían tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció después, con verdad, de parte de los enemigos, lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque, saliendo a la mañana siguiente, al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los ríos, cortaron los puentes y situaron la caballería en terreno llano y sin tropiezos, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate. Aguardaron éstos en todo aquel día hasta la noche en la que se pusieron en marcha, río

sin grande aflicción y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veían y el abandono de los amigos y deudos; y, sin embargo, estos males les parecían más ligeros que los que les aguardaban. Pues, con todo de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningún espectáculo era más triste y miserable que el ver a Nicias, debilitado por sus males y reducido, en medio de su dignidad, a lo más preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran más necesarios, y que a pesar de todo hacía y toleraba en aquella situación lo que no sufrían muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que, no por sí mismo, ni por apego a la vida, aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor a sus conciudadanos el que le hacía no dar por perdida toda esperanza. Así, cuando los demás prorrumpían en lágrimas y sollozos, por el miedo y el dolor, si alguna vez se veía forzado a dar iguales muestras de su aflicción, se advertía que era a causa de comparar la afrenta e ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que habían esperado conseguir. Aun sin tenerle a la vista, con sólo recordar sus discursos y las exhortaciones que había hecho para impedir la expedición, se les ofrecía que muy sin causa sufría aquellas calamidades, tanto, que hasta su esperanza en los Dioses llegó a debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso, y en las cosas de la religión tan puntual y generoso, no era mejor tratado de la fortuna que los más perversos y ruines del ejército.

XXVII.- Esforzábase Nicias a mostrarse en la voz, en el semblante y en el modo de saludar superior a tanta desgracia, y en los ocho días de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenía consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes, con su división, junto a la quinta llamada Polizelo, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió a sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos y le echaron mano. Adelantáronse unos cuantos Siracusanos a enterar a Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de a caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquellos, manifestó deseos de tratar con Gilipo para que dejaran partir a los Atenienses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serían indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oídos, sino que, tratándole con vilipendio y haciéndole amenazas e insultos, le lanzaron flechas, no obstante que le veían reducido al último extremo de miseria. Con todo, aún aguantó aquella noche, y al día siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el río Asinaro. Allí éstos alcanzaron a algunos, y los arrojaron a la corriente; otros habían llegado antes, y, compelidos de la sed, se habían echado de bruces a beber; y fue grande el estrago y crueldad contra los que a un mismo tiempo bebían y recibían la muerte; hasta que Nicias, echándose a los pies de Gilipo, le hizo este ruego: “Hallen compasión ¡oh Gilipo! en vosotros los vencedores, no yo que de nadie la deseo, debiendo bastarme el nombre y la gloria que me dan tamañas

desgracias, sino los demás Atenienses, haciéndoos cargo de que son comunes los infortunios de la guerra, y que en ellos se portaron benignamente con vosotros los Atenienses cuando les fue favorable la fortuna." Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo, pues sabía que los Lacedemonios habían sido de él favorecidos en el último tratado, y, además, echaba cuenta de que importaría mucho para su gloria el conducir prisioneros a los dos generales enemigos. Por tanto, tomando de la mano a Nicias, procuró alentarle, y dio orden para que a los demás les hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacerla correr, fueron menos que los muertos los que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los más altos y hermosos árboles de la orilla del río las armas ocupadas a los enemigos, pusieron coronas sobre sus sienes, y, enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las crines a los de los enemigos, se dirigieron a la ciudad, después de haber terminado la más celebrada contienda que Griegos contra Griegos tuvieron jamás y de haber alcanzado la victoria más completa, con grande poder y tesón, y con las mayores muestras de resolución y de virtud.

XXVIII.- Celebróse una junta de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Euricles propuso, primero, que el día en que habían hecho prisionero a Nicias sería sagrado y dedicado a hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaría Asinaria, del nombre del río; el

día fue el 27 del mes Carneo, al que los Atenienses dicen Metagitnión; que los esclavos de los Atenienses serían vendidos y también sus aliados; pero los Atenienses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serían puestos en custodia, destinándolos a los trabajos de las minas a excepción de los generales, y que a éstos se les daría muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Herniócrates hacerles entender que más glorioso que el vencer es saber usar con moderación de la victoria, pero se vio sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenienses, para conducirlos a Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente, pues fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar, verdaderamente lacónico; y, según dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre Cleándrides, en causa de soborno, fue desterrado; y él mismo, habiendo sustraído treinta talentos de los que Lisandro envió a Esparta, y escondidolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huír con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con más detención en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados, como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que, habiéndoles avisado Hermócrates cuando todavía duraba la junta, por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida, y que los cadáveres se expusieron públicamente a la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo,

fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura, primorosamente entremezclados.

XXIX.- De los Atenienses, los más fallecieron en las minas, de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por día más que dos cótilas de cebada y una de agua. No pocos fueron vendidos, o porque habían sido de los robados porque, habiéndose ocultado entre los siervos, pasaron por esclavos, y como tales los vendían, imprimiéndoles en la frente un caballo; teniendo que sufrir esta miseria más que la esclavitud. Fueron para éstos de gran socorro su vergüenza y su educación, porque, o alcanzaron luego la libertad, o permanecieron siendo tratados con distinción en casa de sus amos. Debieron otros su salud a Eurípides, porque los Sicilianos, según parece, eran entre los Griegos de afuera los que más gustaban de su poesía, y aprendían de memoria las muestras, y, digámoslo así, los bocados que les traían los que arribaban de todas partes, comunicándoselos unos a otros. Dícese, pues, que de los que por fin pudieron volver salvos a sus casas, muchos visitaron con el mayor reconocimiento a Eurípides, y le manifestaron, unos, que hallándose esclavos, habían conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que sabían de memoria, y otros, que, dispersos y errantes después de la batalla, habían ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar cuando se refiere que, refugiado a uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno, perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que lo hacían salir, y que

después, preguntando a los marineros si sabían los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con esto cedieron y les dieron puerto.

XXX.- La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increíble a los Atenienses, por la persona y el modo en que fue anunciada: llegó, según parece, un forastero al Pireo, y, entrando en la tienda de un barbero, comenzó a hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debía saberse en Atenas. Oído que fue por el barbero, subió corriendo a la ciudad, antes que ningún otro pudiera tener conocimiento, y, dirigiéndose a los Arcontes, al punto les dio en la misma plaza parte de lo que le habían contado. Siguióse la consternación e inquietud que era natural, y, convocando los Arcontes a junta, le hicieron presentarse en ella; y como, preguntado por quién lo sabía, no hubiese podido decir cosa que satisficiese, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron a una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como había pasado. ¡Tanto fue lo que les costó creer que a Nicias le habían sobrevenido los infortunios que tantas veces les había pronosticado!

MARCO CRASO

I.- Marco Craso, cuyo padre había sido censor y merecido los honores del triunfo, se crió, sin embargo, en una casa reducida, con otros dos hermanos. Estaban éstos casados cuando vivían aún los padres, y todos comían a una misma mesa, lo que parece pudo contribuir no poco a que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los dos hermanos, tomó en matrimonio a su mujer, y de ella tuvo hijos, habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que más de los Romanos; con todo, cuando ya se hallaba adelantado en edad, fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenía ésta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio, para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; de aquí tuvo origen la indicada sospecha, que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido también absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesión.

II.- Dicen los Romanos que a las muchas virtudes de Craso sólo un vicio hacía sombra, que era la codicia; pero, a lo que parece, no era solo, sino que, siendo muy dominante, hacía que no apareciesen los demás. Las pruebas más evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico y lo excesivo de su caudal; porque, no teniendo al principio sobre trescientos talentos, después, cuando ya fue admitido al gobierno, ofreció a Hércules el diezmo, dio banquetes al pueblo, y a cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y, sin embargo, habiendo hecho para su conocimiento el recuento de su hacienda antes de partir a la expedición contra los Partos, halló que ascendía a la suma de siete mil y cien talentos; y si, aunque sea en oprobio suyo, hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra, siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, después de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que había proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos, y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese a los más que fuese posible y a los más poderosos, no se vio que Craso rehusase ninguna donación ni ninguna subasta. Además de esto, teniéndose por continuas y connaturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras, y luego que los tuvo, habiendo llegado a ser hasta quinientos, procuró hacerse con los edificios quemados y los contiguos a ellos, dándoselos los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero, por cuyo medio la mayor parte de Roma vino a ser

suya. A pesar de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitación, porque decía que los amigos de obras se arruinaban a sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenía, posesiones de gran precio en sí y por las muchas manos que las cultivaban; a pesar de eso, todo era nada en comparación del valor de sus esclavos: ¡tantos y tales eran los que tenía! Lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendían, cuidando de ellos y enseñándoles, porque llevaba la regla de que al amo era a quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. Excelente pensamiento, si Craso juzgaba, como lo decía, que las demás cosas debían administrarse por los esclavos, y él gobernar a éstos; porque vemos que la economía en las cosas inanimadas no pasa de lucrosa y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razón fue en decir que no debía ser tenido por rico el que no pudiera mantener a sus expensas un ejército: *por que la guerra no se mantiene con lo tasado*, según Arquídamo, sino que la riqueza, respecto de la guerra y los guerreros, tiene que ser indefinida; muy distante de la sentencia de Mario, el cual, como habiendo distribuido catorce yugadas de tierra a cada soldado le hubiesen informado que todavía codiciaban más, “No quiera Dios- dijo- que ningún Romano tenga por poca la tierra que basta a mantenerlo”.

III.- Picábase, sin embargo, Craso de acoger bien a los forasteros, estando abierta su casa a todos ellos; prestaba a

los amigos sin interés; pero, vencido el plazo, exigía con tanto rigor el pago, que la primera gracia venía a hacerse más inaguantable que habrían sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular, y aunque ésta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacían más apetecible que hubiera podido hacerla el ser más exquisita y costosa. En cuanto a instrucción, se ejercitó en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y más extensa utilidad; y habiendo llegado a sobresalir en esta arte entre los más aventajados de Roma, en el trabajo y en el celo excedió aun a los más facundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella, y muchas veces, rehusando Pompeyo y César, y aun el mismo Cicerón, levantarse y tomar la palabra, él concluía la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono solícito y diligente. Ganóselo también con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso, saludado de un ciudadano romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle por su nombre. Dícese que fue muy instruido en la historia y aun algo dado a la filosofía, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro a Alejandro, varón dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era más pobre antes de ir a su compañía o después de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viajes, para el camino se le daba una capa, la que se le recogía a la vuelta. ¡Ésta sí que es paciencia! Y se ve que este infeliz no sólo no tenía por mala,

mas ni aun por indiferente la pobreza. Pero de esto hablaremos más adelante.

IV.- Desde que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban a entrar en la ciudad, no para bien de la patria, sino, al contrario, para destrucción y ruina de los buenos ciudadanos; y, por descontado, cuantos pudieron haber a las manos, todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano. El mismo Craso, que todavía era muy joven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes lo perseguían y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados huyó con extraordinaria celeridad a España, donde en otro tiempo había estado, con su padre, en ocasión de ser éste pretor, y había granjeado amigos; pero, habiendo observado que todos estaban llenos de recelos, temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió a presentarge a ninguno, y dirigiéndose a unos campos que en la inmediación del mar tenía Vibio Paciano, donde había una gran cueva, allí se ocultó. Envió a Vibio uno de sus esclavos para que le tanteara; y más que ya empezaban a faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relación de éste que se había salvado, e informado de cuántos eran los que tenía consigo y del sitio, aunque no pasó a verle, llamó al punto al administrador de aquella ciudad y le dio orden de que haciendo todos los días aderezar una comida la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse a examinar ni inquirir lo que había, y anunciándole que el ser curioso le costaría la vida y

el desempeñar fielmente lo que se le mandaba le valdría la libertad. La cueva está no lejos del mar, y las rocas que la circundan envían un aura delgada y apacible a los que se hallan dentro; si se quiere pasar adelante, aparece una elevación maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal, y unas hendiduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el día. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso a la humedad y a los vapores, haciéndolos dirigirse hacia la fuente.

V.- Mientras allí se mantenía Craso, el administrador les llevaba todos los días el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veían, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; la comida con que se les asistía no se limitaba a lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabía agasajar a Craso con toda delicadeza; tanto, que hasta considerando sus pocos años, y viendo que era muy joven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad, pues ceñirse a lo puramente necesario más es de quien sólo tira a cumplir que de quien sirve con voluntad. Encaminándose, pues, a la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando a éstas la puerta de la cueva, les dio orden de que entrasen en ella sin recelo. Craso y los que con él estaban, al ver que allá se dirigían, empezaron a temer no fuese que se hubiera descubierto o que se hubiera denunciado su retiro;

preguntáronles, pues, qué querían y quiénes eran; mas luego que respondieron, como se les había prevenido, que buscaban a su amo que se hallaba allí refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dio entrada a las esclavas, las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte a Vibio de lo que les hacía falta. Dícese que Fenestela alcanzó a ver a una de ellas ya muy anciana y que muchas veces la oyó referir y traer a la memoria estas cosas con sumo placer.

VI.- Pasó allí Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la muerte de Cina, como acudiesen a él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos recorrió con ellos las ciudades, de las cuales sólo saqueó a Málaga, según opinión de muchos, aunque se dice que él lo negaba y que impugnó a aquellos escritores. Recogió después de esto algunas embarcaciones, y pasando al África se dirigió a Metelo Pío, varón de grande autoridad y que había juntado un ejército respetable; pero, con todo, no permaneció largo tiempo a su lado, sino que, habiéndose indispuesto con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distinción. Regresó Sila a Italia de allí a poco, y queriendo tener en actividad a todos los jóvenes que con él servían les fue dando diferentes encargos, y como enviase a Craso al país de los Marsos a reclutar gente, éste le pidió escolta, porque tenía que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: "¡Y tanto! Pues te doy en escolta a tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy a tomar venganza", corrido

e inflamado por semejante expresión partió sin detenerse, atravesó resueltamente por entre los enemigos, reunió considerables fuerzas, y en los combates dio pruebas a Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulación y contienda de gloria con Pompeyo; porque con ser éste de menor edad, e hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el más implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente y compareció grande en estos rencuentros; tanto, que Sila, cuando entraba Pompeyo, se levantaba, se descubría la cabeza y le saludaba con el dictado de emperador; distinciones de que no solía usar ni con varones más ancianos que él ni con sus colegas. Quemábase e irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor a sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, a saber: su ansia de adquirir y su sórdida codicia; así es que, habiendo tomado en la Umbría la ciudad de Tudercia, fue acusado ante Sila de que se había apropiado la mayor parte del botín. Luego, en la batalla de Roma, que fue la más encarnizada y decisiva, Sila fue vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de lo que estaban a su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció a los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche envió a pedir a Sila cena para sus soldados y le anunció la victoria; pero en las proscripciones y subastas volvió a desacreditarse comprando grandes rentas a precio muy bajo y pidiendo dádivas. En la Calabria se dice que proscribió a uno, no de orden de Sila, sino por codicia, por lo que, reprobando éste su conducta, no volvió a valerse de

él para ningún negocio público. Tenía la partida de ser tan diestro para ganarse la gente con la adulación como sujeto a que con la adulación se lo llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, según se dice, el que, siendo el más codicioso de los hombres, aborrecía y censuraba a los que adolecían del mismo vicio.

VII.- Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas, el que hubiese truinfado antes de ser senador y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasión dijese uno: "Ahí viene Pompeyo el Grande", sonriéndose le preguntó: "¿Como cuánto es de grande?" Desconfiando, pues, de poder igualarle por la malicia, recurrió a las artes del gobierno, llegando a conseguir con su celo, sus defensas, sus empréstitos, y con dar pareceres y auxiliar en cuanto le pedían a los que tenían negocios públicos, un poder y una gloria que competían con los que habían granjeado a Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucedíales una cosa singular: y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, a causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente, quedaba muchas veces inferior a Craso por su entonamiento y por su método de vida, que le hacían huir de la muchedumbre, retirarse de la plaza pública y no tomar bajo su amparo, y aun esto no con gran empeño, sino a pocos de los que a él acudían, a fin de conservar más vigente su autoridad cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocía la importancia de ser útil a los demás, y que no se hacía desear ni escaseaba su

trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popular y humano triunfaba de aquel ceño y majestad. Por lo que hace a la nobleza de la persona, a la facundia en el decir y a la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenían bastante atractivo. Ni aquella emulación de que hemos hablado producía en Craso enemistad o malquerencia, sino que, sintiendo ver que Pompeyo y César le eran antepuestos en los honores, no por eso acompañaban a este ajamiento de su amor propio ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto, César, cuando en el Asia fue cautivado y puesto en custodia por los piratas, "¡Con cuánto gozo- exclamó- recibirás, oh, Craso, la noticia de mi cautividad!" Ello es que más adelante contrajeron entre sí cierta amistad, y teniendo en una ocasión César que pasar de pretor a España, como le faltasen fondos y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de la expedición, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso- porque en Catón era más la gloria que la autoridad, y más bien era admirado que tenido por poderoso-, la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo, y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso, puesto entre ambos, ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedían con frecuencia, ni era amigo seguro ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedía en la gracia y en el odio, según la utilidad lo exigía, siendo muchas veces, en

poco tiempo, defensor e impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuían a darle poder el favor y el miedo, pero éste más todavía; así es que Sicinio, que tanto dio en qué entender a todos los magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con sólo Craso no se metía, sino que le dejaba en paz, "Éste- le respondió- tiene heno en el cuerno", aludiendo a la costumbre que tenían los Romanos, cuando había un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno para que se guardasen los que le vieran.

VIII.- La sedición de los gladiadores y la devastación de la Italia, a la que muchos dan el nombre de guerra de Espártaco, tuvo entonces origen con el motivo siguiente: un cierto Léntulo Baciato mantenía en Capua gladiadores, de los cuales muchos eran Galos y Tracios; y como para el objeto de combatir, no porque hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse; hubo quien los denunciara, mas, con todo, los que llegaron a adivinarlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores, lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos carros que conduelan a otra ciudad armas de las que son propias de los gladiadores; robáronlas, y ya mejor armados tomaron un sitio naturalmente fuerte y eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espártaco, natural de un pueblo nómada de Tracia, pero no sólo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aun en el juicio y en la dulzura

muy superior a su suerte, y más propiamente Griego que de semejante nación. Se cuenta que cuando fue la primera vez traído a Roma para ponerle en venta, estando en una ocasión dormido se halló que un dragón se le había enroscado en el rostro, y su mujer, que era de su misma gente, dada a los agüeros e iniciada en los misterios órgicos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible que había de venir a un término feliz. Hallábase también entonces en su compañia y huyó con él.

IX.- La primera ventaja que alcanzaron fue rechazar a los que contra ellos salieron de Capua; y tomándoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiadores. Vino después de Roma en su persecución el pretor Clodio con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenía sino una sola subida muy agria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demás partes, el sitio no tenía más que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados los sarmientos más fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extensión, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, a excepción de uno sólo, que fue preciso se quedara, a causa de las armas. Mas éste las descolgó luego que los otros bajaron, y después también él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos,

y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron a huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles allí muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gentes de expeditas manos y de ligeros pies; así, armaron a unos, y a otros los destinaron a comunicar avisos o a las tropas ligeras. El segundo pretor enviado contra ellos fue Publia Varino, y en primer lugar derrotaron a su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Después, habiendo Espártaco sorprendido, bañándose junto a Salenas, al consultor y colega de aquel, Cosinio, enviado con más fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro; pero Espártaco le tomó el bagaje, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño también del campamento; cayó, por último, en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al pretor en persona en diferentes encuentros, y habiéndose apoderado de sus lictores y de su propio caballo, adquirió gran fama y se hizo temible. Con todo, echó, como hombre prudente, sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército a los Alpes, pareciéndole que debían ponerse al otro lado y encaminarse todos a sus casas, unos a la Tracia y otros a la Galia; mas ellos, fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oídos, sino que se entregaron a talar la Italia. En este estado, no fue sólo la humillación y la vergüenza de aquella rebelión la que irritó al Senado, sino que, por temor y por consideración al peligro, como a una de las guerras más arriesgadas y difíciles, hizo salir a aquella a los dos cónsules. De éstos, Gelio cayó

repentinamente sobre las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habían separado de las de Espártaco, y las deshizo y desbarató del todo. Propúsose Léntulo envolver a Espártaco con grandes divisiones; pero él se decidió a hacerle frente, y, dándole batalla, venció a sus legados y se apoderó de todo el bagaje. Retirado a los Alpes, fue en su busca Casio, pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenía; pero trabada batalla, fue igualmente vencido, perdiendo mucha gente, y salvándose él mismo con gran dificultad.

X.- Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado a los cónsules que nada emprendiesen, y se nombró a Craso general para aquella guerra, al cual, por amistad y por su grande opinión, acudieron muchos de los jóvenes más principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debía situarse en la región Picena y esperar a Espártaco, que por allí había de pasar; pero envió para observarlo a su legado Munio con dos legiones, dándole orden de que, puesto a su espalda, siguiera a los enemigos, sin que de ningún modo viniera a las manos con ellos, ni aun hiciera la guerra de avanzadas; pero él apenas pudo concebir alguna esperanza cuando trabó combate y fue vencido, pereciendo muchos y habiéndose otros salvado arrojando las armas en la fuga. Craso recibió a Mumio con la mayor aspereza, y armando de nuevo a los soldados les hizo dar fianzas de que conservarían mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los más cobardes, los repartió en cincuenta décadas, de cada una de ellas hizo quitar la vida a uno, a

quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados, interrumpido tiempo había; el cual, además de ir acompañada de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse a la vista de todo el ejército. Después de dado este ejemplo de severidad, guió contra los enemigos; mas, en tanto, Espártaco se encaminaba por la Lucania hacia el mar, y encontrándose en el puerto con unos piratas de Cilicia, intentó pasar a Sicilia e introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habría vuelto a encender en ella la guerra servil, poco antes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de Cilicia y recibieron algunas dádivas: pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él a la vela. Movió otra vez del mar, y sentó sus reales en la península de Regio; acudió al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio, que estaba indicando lo que había de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio a los soldados y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y difícil, pero, contra toda esperanza, la acabó y completó en muy poco tiempo, abriendo de mar a mar, por medio del estrecho, un foso que tenía de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo, quince pies; sobre el foso construyó un muro de maravillosa altura y espesor. Espártaco, al principio, no hacía caso, y aun se burlaba de estos trabajos; pero llegando a faltarle el botín y queriendo salir, echó de ver que estaba cercado, y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando a que viniera la noche de nieve y ventisca cegó una pequeña parte del foso con tierra, con leños y con ramaje, y por allí pudo pasar el tercio de su ejército.

XI.- Temió Craso no fuera que Espártaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó habiendo sabido que muchos le habían abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habían acampado junto al lago Lucano, cuéntase de éste que por tiempos se muda, teniendo unas veces al agua dulce y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra éstos, los retiró de la laguna, pero le impidio que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espártaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenía escrito al Senado que era preciso hacer venir a Luculo de la Tracia, y a Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró a concluir la guerra antes que aquellos llegasen, comprendiendo que la victoria se atribuiría al recién venido que había dado socorros. Resolvió, por tanto, acometer primero a los que se habían separado de Espártaco y que hacían campo aparte, siendo sus caudillos Gayo Canicio y Casto, y para ello envió a unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero, aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mujeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos, y hubieran corrido gran peligro de no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso, y empeñado una de las más recias batallas, en la que, habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la espalda, habiendo perecido los demás en sus mismos puestos,

guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espártaco, después de la derrota de éstos, hacia los montes Petilinos; Quinto y Escrofa, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguían muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fue grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar, malherido, al cuestor. Este pequeño triunfo fue justamente el que perdió a Espártaco, porque inspiró osadía a sus fugitivos, los cuales ya se desdeñaban de batirse en retirada y no querían obedecer a los jefes, sino que, poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron a volver atrás y a conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy a medida de los deseos de Craso, porque ya había noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacían correr en los comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada, pues lo mismo sería llegar que dar una batalla y poner fin a aquella guerra. Dándose, por tanto, priesa a combatir y a situarse para ello al lado de los enemigos hizo abrir un foso, el que vinieron a asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos a la defensa, viéndose Espártaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traído el caballo, lo primero que hizo fue desenvainar la espada, y diciendo: “Si venciere, tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos; mas si fuere vencido, no lo habré menester”, lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida a dos centuriones que se opusieron a su paso. Finalmente, dando a huir los que consigo tenía, él permaneció inmóvil, y, cercado

de muchos, se defendio, hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte a la fortuna: llenó todos los deberes de un buen general y no dejó de poner a riesgo su persona, y, sin embargo, aún sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo, porque los que de aquel huían dieron en las manos de éste y los deshizo. Así es que, escribiendo al Senado, le dijo que Craso, en batalla campal, había vencido a los fugitivos, pero él había arrancado la raíz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra de Sertorio y de la España; pero Craso, lo que es el triunfo solemne, ni siquiera se atrevió a pedirlo; mas ni aun el menos solemne, a que llaman ovación, parecía propio y digno por una guerra de esclavos. En qué se diferencia éste del otro, y de dónde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

XII.- Naturalmente parecía, después de esto, ser llamado al consulado Pompeyo, y aunque Craso tenía alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió, no obstante a pedirle su ayuda. Tomó éste con gusto el encargo, porque deseaba ocasión de dejar obligado con algún favor a Craso; así, trabajó con eficacia, y, por último, llegó a decir en la junta pública que no sería menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada ésta no se mantuvieron en los mismos sentimientos de unión y concordia, sino que antes oponiéndose, como quien díce, en todos los negocios el uno al otro, y estando en continua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado, sin otra cosa notable que haber hecho Craso un gran sacrificio a Hércules, dando

con ocasión de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses a los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura, celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del orden ecuestre, oscuro y retirado en su método de vida, llamado Gayo Aurelio, subiendo a la tribuna y llamando la atención, se puso a explicar este sueño que había tenido: “Porque Júpiter- dijo- se me ha aparecido, y me ha mandado os diga en público que no deis lugar a que los cónsules dejen el mando antes de haberse hecho amigos”. Dicho esto, clamó el pueblo que debían reconciliarse, a lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo: “No me parece ¡oh ciudadanos! que hago nada que me degrade o que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto a dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, a quien vosotros llamasteis *grande* cuando apenas tenía bozo y a quien decretasteis el triunfo antes de ser admitido en el Senado”.

XIII.- Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de alguna atención, pues la censura todavía fue más oscura e inactiva: porque ni hizo investigación del Senado, ni pasó revista a los caballeros, ni impuso nota a ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega a Lutacio Cátulo, varón el más dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto a la obediencia del pueblo romano por un medio inicuo y violento, se le opuso Cátulo con el mayor esfuerzo, y que, habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella

dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha, y aun uno de los conjurados pronunció en público su nombre, pero nadie le dio crédito. Con todo, Cicerón, en una oración, claramente echó la culpa de aquel atentado a Craso y a César; bien es que este escrito no salió a luz hasta después de la muerte de ambos. El mismo Cicerón, en la oración del consulado, dice que Craso fue a su casa por la noche y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina y con la que se ocnfirmaba la sospechada conjuración. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio a Cicerón con este motivo; y si manifiestamente no se vengó, fue precisamente por su hijo Publio, que, siendo muy dado a las buenas letras y a la filosofía, estaba siempre al lado de Cicerón: de manera que, cuando se vio su causa, mudó con él de vestidura, e hizo que ejecutaran otro tanto los demás jóvenes, y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

XIV.- César, luego que regresó de la provincia, se disponía para pedir el consulado; pero viendo otra vez a Craso y a Pompeyo indispuestos entre sí, ni quería, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató, pues, de reconciliarlos, no dejándolos de la mano y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban a los Cicerones, Cátulos y Catones, de quienes nadie haría cuenta si teniendo ellos a unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espí-

ritu. Convenciólos, y logró unirlos, con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fue la ruina del Senado y la disolución del pueblo, no tanto hizo mayores a los otros cuanto por medio de ellos mismos consiguió quedarles superior; pues que a virtud de los esfuerzos de ambos fue al punto elegido cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducía perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos, y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creídos de que todo lo demás se lo repartirían a su gusto entre sí con mantenerle a aquel firme y estable la provincia que le había cabido en suerte. Prestábase a todo esto Pompeyo por su ilimitada ambición; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulación con motivo de los trofeos y triunfos de César, en los que no llevaba a bien ser inferior cuando sobresalía en todo lo demás; de manera que no paró ni sosegó hasta causar a la patria las mayores calamidades y precipitarse él mismo en una afrentosa perdición. Habiendo, pues, bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca, acudieron allá muchos desde Roma, y pasando también reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no había más que un camino, que era otra petición del consulado; y presentándose éstos por candidatos, debía prestarles ayuda César, escribiendo a sus amigos y enviando a muchos de sus soldados para asistir a los comicios.

XV.- Vueltos a Roma Pompeyo y Craso después de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha y corrió de boca en boca la voz de que su entrevista no había sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marcelino y Domicio a Pompeyo si pediría el consulado, a lo que respondió que quizá lo pediría y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediría por causa de ciudadanos hombres de bien, mas no de ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas, Craso contestó con más moderación, diciendo que si había de ser para bien de la república pediría el consulado, y si no, se abstendría, por lo cual algunos se resolvieron a presentarse también candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demás desistieron de la pretensión; no obstante, Catún sostuvo a Domicio, que era su deudo, y lo alentó a que tuviera esperanza y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado a lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino a la tiranía; ni aquello era petición de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Catón, casi no le faltó más que llevar a empujones a Domicio hasta la plaza, siendo, por otra parte, muchos los que se pusieron a su lado. Preguntábanse unos a otros, con no pequeña admiración, para qué querrían éstos un segundo consulado, por qué otra vez juntos: y por qué no con otros; "pues tenemos- decían- mucho, hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo". Cobraron miedo

los del partido de éste con tales voces, y no hubo vileza ni violencia a que no se propasasen; armaron asechanzas, sobre todo Domicio, que todavía de noche bajaba a la plaza con otros; dieron muerte al criado que le precedía con el hacha, e hirieron a varios, entre ellos a Catón. Ahuyentando, pues, a éstos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar cónsules; y de allí a poco tiempo, rodeado de armas el Senado, echando a Catón de la plaza y dando muerte a algunos que les hicieron oposición, prorrogaron a César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria y una y otra España; después, echadas suertes, tocó a Craso la Siria, y las Españas a Pompeyo.

XVI.- Había salido la suerte puede decirse que a gusto de todos, porque había muchos que no querían que Pompeyo se alejase a gran distancia de la ciudad, y éste, que amaba con exceso a su mujer, se veía que se detendría cuanto pudiese. A Craso, desde el punto en que cayó la suerte, se le conoció la gran satisfacción que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que apenas podía contenerse aun ante los extraños y la muchedumbre; con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacías de sentido, contra lo que pedían su edad y su carácter, que nunca había sido hueco y jactancioso; mas entonces, acalorado y fuera de tino, no ponía por término a su ventura la Siria o los Partos, sino que mirando como niñería los sucesos de Luculo con Tigranes y los de Pompeyo con Mitridates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el Mar Océano. Nada en verdad se decía

de Guerra Pártica en el decreto que se sancionó, pero todo el mundo sabía que esto era lo único que ansiaba Craso; César le escribió desde las Galias celebrando su designio y dándole priesa para partir a la guerra. Mas luego se vio que el tribuno de la plebe, Ateyo, iba a oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte a muchos que no encontraban bien en que se fuese a hacer la guerra a unos hombres que en nada habían faltado y con quienes intercedían tratados de paz, de miedo de lo cual rogó a Pompeyo que se pusiera a su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo, y aunque había muchos que estaban dispuestos a impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquel con semblante risueño; de manera que, sin el menor obstáculo, los dejaron pasar. Ateyo, con todo, se les puso delante, y primero le dio en voz, tomando testigos, la orden de que no partiese, y después mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidiéronlo los otros tribunos: así el ministro no llegó a asir a Craso; pero Ateyo corrió a la puerta y puso en ella una escalfeta con lumbre, y cuando llegó Craso, echando aromas y haciendo libaciones, prorrumpió en las imprecaciones más horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres a unos dioses terribles también y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables, y antiguas tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal aun al mismo que las emplea, por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Así, entonces, reconvenían a Ateyo de que hubiese atraído sobre la república, por cuya

causa se había manifestado contrario a Craso, semejantes maldiciones y semejante ira de los dioses.

XVII.- Marchó, pues, Craso, y llegó a Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo a la vela, perdiendo muchos buques. Recogió las fuerzas que le habían quedado, y por tierra siguió su viaje, atravesando la Galacia. Allí vio al rey Deyótaro, que, siendo ya edad avanzada, estaba fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chanceó con él, diciéndole: "¿Cómo es esto, oh rey? ¿Después de las doce del día empiezas a edificar?" y el Gálata, sonriéndose: "¡Hola!- le repuso-. Pues tú tampoco ¡oh general! has madrugado mucho para invadir a los Partos". Porque Craso había ya pasado de los sesenta años, y a la vista aun parecía más viejo de lo que era. Al principio, los negocios se le presentaron muy según sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates, condujo sin tropiezo el ejército y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolonio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército la rindió, la entregó al saqueo y vendió los habitantes; los Griegos llamaban a esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase emperador, incurriendo en gran vergüenza y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante triunfo se pagaba. Puso de guarnición en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró a la Siria a tomar cuarteles de invierno. Estando

allí, llegó el hijo que venía de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios y llevándole mil soldados de a caballo escogidos. De los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedición, fuera de la expedición misma, parece que éste fue el primero, a saber: el que cuando era menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo a los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detención en la Siria hubiese sido más bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas ni reunió las tropas para ejercitarlas, y sólo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos días en poner en pesos y balanzas la riqueza de la diosa que se veneraba en Hierápolis. Escribía a los pueblos y a las autoridades señalándoles el número de soldados que habían de presentar, y como luego los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo fue de parte de aquella diosa, la cual piensan unos que fue Afrodita, otros Hera y otros la Naturaleza, que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas y mostró a los hombres el origen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el joven, y después el padre cayó en pos de él.

XVIII.- Cuando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del rey Arsaces, trayéndole un mensaje muy breve, porque le dijeron que si aquel ejército era enviado por los Romanos la guerra sería

perpetua e irreconciliable; pero que si Craso había llevado contra ellos las armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y arrastrado sólo por la codicia, que era lo que les había informado, Arsaces estaba dispuesto a usar de moderación, compadeciéndose de la ancianidad de Craso, y a restituirle los soldados, que más bien se hallaban en custodia que en guarnición. Díjoles Craso con altanería que en Seleucia les daría la respuesta, y el más anciano de los embajadores, llamado Vagises, echándose a reír y mostrando la palma de la mano: "Aquí ¡oh Craso!- le dijo- nacerá pelo antes que tú veas a Seleucia". Retiráronse, pues, cerca de su rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecían los Romanos pudieron escapar algunos, contra toda esperanza, y trajeron nuevas, propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos y de los combates que habían sostenido en las ciudades, y, como suele suceder, todo lo pintaban del modo más terrible: que eran hombres de quienes, si perseguían, no había cómo librarse, y si huían, no había cómo alcanzarlos; que sus saetas eran voladoras y más prontas que la vista, y el que las lanzaba, antes de ser observado había penetrado por doquiera, y, finalmente, que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas a todo resistían sin abollarse. Los soldados, al oír esta relación, cayeron de ánimo, pues cuando creían que los Partos serían como los Armenios y Capadocios, a los que Luculo llevó como quiso hasta cansarse, y que lo más difícil de aquella guerra sería lo mucho que habría que andar en persecución

de unos hombres que nunca venían a las manos, se encontraban, contra lo que se habían prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros; así es que aun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debía contenerse y deliberar de nuevo sobre el partido que convendría tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle también reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y repugnantes señales; mas ni a éstos quiso dar oídos, ni a ninguno que no le hablase de seguir adelante.

XIX.- Vino en esto a confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, rey de Armenia, porque pasó a su campo con seis mil soldados de a caballo, que dijo constituían su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas y treinta mil infantes que mantendría a su costa. Aconsejaba a Craso que se dirigiera por Armenia a la Partia, pues no sólo tendría su ejército abundantemente, provisto por su cuidado, sino que caminaría con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles a la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros, mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde había dejado muchos y buenos soldados romanos; el Armenio a esto cedió y se retiró. Cuando Craso conducía su ejército cerca de Zeugma, se desgajaron frecuentes y terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos enfrente del ejército, y un huracán violento, con nubes y torbellino, hiriendo en el pontón que prepara-

ba, derribó y destrozó la mayor parte. Fue también dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba a establecer su campamento. El caballo de uno de los jefes, vistosamente enjaezado, derribó al jinete, y arrojándose al río se sumergió y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atrás. Quiso también la casualidad que al repartir a los soldados sus raciones después de haber pasado el río, lo primero que se les dio fueron lentejas y sal, cosas que son entre los Romanos de luto y se ponen a los muertos. Habló Craso a las tropas, y en el discurso dejó escapar una expresión que en gran manera disgustó al ejército, porque dijo que rompería el puente para que ninguno pudiese volver, y cuando convenía- luego que conoció el mal efecto que había producido- recogerla y alentar a los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente, haciendo la acostumbrada expiación del ejército, y presentándole el agorero las entrañas de la víctima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él, sonriéndose, “Estas son cosas de la vejez- les dijo-; pero a bien que las armas no se me caerán de la mano”.

XX.- Movió de allí por la orilla del río, llevando siete legiones de infantería, cerca de cuatro mil caballos e igual número de tropas ligeras. En esto vinieron a darle parte algunos de los exploradores de que el país estaba desierto de hombres, pero se advertían huellas de gran número de caballos, y que, mudando de dirección, se habían vuelto atrás; con esto se encendieron más las esperanzas en Craso, y los

soldados empezaron también a mirar con desprecio a los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos a las manos; pero Casio volvió, sin embargo, a representar a Craso que sería bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias más ciertas de los enemigos; o cuando no, marchar a Seleucia constantemente por la margen del río, pues con esto los transportes, que no se apartarían nunca de la vista del campamento, los surtirían abundantemente de provisiones, y sirviéndoles el río mismo de defensa para no ser cortados, podrían pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

XXI.- Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas, sobrevino un príncipe árabe llamado Ariamnes, hombre doloso y astuto, y que entonces fue para ellos el mayor y más consumado mal de cuantos para su perdición amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habían servido con Pompeyo de que había disfrutado de su favor y tenía concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entonces a Craso por dictamen de los generales del rey, para que viera si acompañándolo podría llevarlo lejos del río y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque a todo se determinaban, menos a combatir de frente con los Romanos. Venido, pues, Ariamnes a la presencia de Craso, como elocuente que también era, empezó a celebrar a Pompeyo, que había sido su bienhechor; y dando a Craso el parabién de mandar tales fuerzas culpó su detención en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos y no

tuviera más bien necesidad de pies ligeros contra unos hombres que lo que buscaban hacía tiempo era robar lo más precioso que pudieran en riquezas y en personas y retirarse a la Escitia o la Hircania; “y si vuestro ánimo- decía- es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y prontitud, antes que el rey cobre aliento y reúna en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora no tenemos contra nosotros más que a Surenas y Silaces, que han tomado a su cargo el resistirnos, y aquel no se sabe dónde para”. Todo esto era falso, porque Hirodes había hecho, desde luego, dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, había opuesto a Surenas contra los Romanos, no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podía desdeñarse de tener por antagonista a Craso, varón muy principal entre los Romanos, e irse a pelear con Artabaces, haciendo correrías por el país de los Armenios, sino que lo que se conjetura es que, temeroso del peligro, se propuso estar en celada y esperar el éxito, y que Surenas se adelantara a tentar la batalla y detener a los enemigos. Porque tampoco Surenas era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linaje y en opinión el segundo después del rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad, y, además, en la talla y belleza de cuerpo no había nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipaje en mil camellos, y en doscientos carros conducía sus concubinas, acompañándole mil soldados de a caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que entre dependientes y esclavos suyos podría reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nom-

brado rey de los Partos; y él mismo había vuelto a colocar en el trono a Hirodes, arrojado de él, y le había reconquistado a Seleucia, siendo el primero que escaló el muro y quien rechazó con su propia mano a los que se le opusieron. No tenía entonces todavía treinta años, y con todo, gozaba de una grande opinión de juicio y de prudencia, dotes que no fueron las que contribuyeron menos a la ruina de Craso, más expuesto a engaños que otro alguno, primero por su confianza y orgullo, y después, por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cargaron.

XXII.- Luego que Ariamnes le hubo seducido, apartándole del río, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo, pero molesto después a causa de los montones de arena y por ser el terreno escueto, falto de agua y tal, que no ofrecía término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no sólo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba aflicción a unos hombres que no veían ni una planta, ni un arroyuelo, ni la falda de un monte, ni hierba que empezase a brotar, sino una vasta planicie que, a manera de la del mar, envolvía al ejército entre arena, con lo que ya empezaron a sospechar del engaño. Presentáronse a este tiempo mensajeros de Artabaces, rey de Armenia, avisando que se veía oprimido de una violenta guerra por haber caído sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba a Craso que retrocediera, pues trasladándose a la Armenia combatirían juntos contra Hirodes; más que, si no se determinaba a esto,

caminara con cuidado y procurara acamparse, retirándose de todo terreno a propósito para obrar la caballería y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito; pero de palabra respondió que por entonces no estaba para pensar en los Armenios, pero que luego volvería a tomar venganza de la traición de Artabaces. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponía o advertía ya a Craso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios a Arianmes, a quien decía: "¿Qué mal Genio, oh el más malvado de todos los hombres, es el que te ha traído entre nosotros? ¿Con qué hierbas o con qué hechizos pudiste mover a Craso a que arrojara el ejército en una soledad vasta y profunda, haciéndoles andar un camino más propio de un nómada, capitán de bandoleros, que de un general romano?" El bárbaro, que sabía plegarse a todo, con éste usaba de blandura, animándole y exhortándole a que tuviera todavía un poco de paciencia; pero a los soldados con quienes se juntaba como para darles algún alivio los insultaba, diciéndoles, con risa y escarnio: "¿Pues qué, creéis que esto es caminar por la Campania, y echáis menos sus fuertes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿No os acordáis de que nuestra marcha es por los linderos de los Árabes y los Asirios?" De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro, el cual, antes que más a las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, a quien todavía hizo creer que iba a introducir la confusión y el desorden en el ejército enemigo.

XXIII.- Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel día, como es costumbre entre los generales romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las enseñas no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta anunciando que todos los demás habían perecido a manos de los enemigos y ellos solos habían podido huir, no sin trabajo; y que aquellos, en gran número y con más decidido arrojo, venían en disposición de dar batalla. Turbáronse todos; y Craso, que también se sobrecogió enteramente, a toda priesa y sin detenerse puso en orden el ejército; primero, como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, extendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero después mudó de propósito, y, apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, -componiéndose cada lado de doce cohortes, agregando a cada cohorte una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dio una a mandar a Casio y la otra a Craso el joven, reservando para sí el centro. Caminando en este orden llegaron a un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante, cuya vista causó el mayor placer a los soldados, fatigados y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los más de los jefes eran de opinión

que debían allí hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y orden de los enemigos, y al día siguiente, al amanecer, marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenía cerca de sí se inclinaban a seguir adelante y trabar combate, dio orden de que los que quisiesen comieran y bebieran, manteniéndose en formación y aun antes que esto pudiera tener cumplidamente efecto volvió a ponerse en marcha, no poco a poco ni con la pausa que conviene cuando se va a dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos a la vista, no en gran número ni en disposición de inspirar terror; y es que Surenas había cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y había ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se pusieran sobrerropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca y el general dio la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan a la pelea con trompas o clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido, y el que causan tiene no sé qué de ronco y terrible, como si fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oído ese que influye más en el terror del ánimo y que sus sensaciones son las que más pronto conmueven y perturban la razón.

XXIV.- Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobrerropas

que cubrían las armas aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro margiano, de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jaeces de bronce y de acero. Apareció asimismo Surenas, alto y hermoso sobre todos, aunque no correspondía lo femenil de su belleza a la opinión que tenía de valor, por usar, a estilo de los Medos, de afeites para el rostro y llevar arreglado el cabello, mientras que los demás Partos, para hacerse más terribles, dejan que éste crezca a lo Eseita, desordenadamente. Su primera intención era acometer con las lanzas y poner en desorden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formación y la firmeza e inmovilidad de los soldados romanos, retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el orden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Así, Craso mandó a las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero éstas no fue mucho lo que se retiraron, sino que, acosadas y molestadas por las saetas, volvieron a ponerse bajo la protección de la infantería de línea; siendo las primeras que causaron alguna conmoción y miedo en los que ya habían visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas y que pasaban todas las defensas, por más resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algún tanto, empezaron a tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la unión y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas, como que aquellos tiros partían de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedían la saeta con terrible fuerza. Era, por tanto, pésima la suerte de los Romanos,

pues si permanecían en aquella formación recibían crueles heridas, y si intentaban moverse unidos perdían el poder hacer lo que hacían en su defensa y padecían lo mismo: por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre; lo que después de los Eseitas ejecutan con suma destreza. y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo quitan a la fuga lo que tiene de vergonzosa.

XXV.- Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirían de aquel modo de pelear, o vendrían a las manos, tuvieron constancia; pero cuando supieron que había infinidad de camellos cargados de ellas, a los que corrían los que estaban más cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó a acobardarse, y enviando emisarios a su hijo le dio orden de que viera cómo precisar a los enemigos a entrar en combate antes de ser envuelto, porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre éste, y le andaba alrededor, como para ponérsele a la espalda. Tomando, pues, aquel joven mil y trescientos caballos, de los cuales mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenía más a la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que más se habían adelantado, o porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, o porque quisiesen llevar con maña al joven Craso lejos del padre, volvieron grupa y dieron a huir. Entonces, alzando aquel el grito, exclamó: “Los enemigos huyen” y aceleró el paso y con él Censorino y Megabaco, sobresa-

liente éste en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales y adornado aquel con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso, y de su misma edad. Como hubiesen, pues, movido en la forma dicha los de a caballo, resplandeció también en la infantería la decisión y gozo de la esperanza, porque creían haber vencido y que iban en persecución de los enemigos; hasta que a pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huían, y con ellos mucho mayor número que se les había reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerían al ver que eran tan pocos; pero éstos lo que hicieron fue formar al frente de los Romanos a los coraceros, y corriendo con la demás caballería alrededor de ellos, moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podían verse ni articular palabra; encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibían crudas heridas, y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas y encrudeciendo las heridas o despedazándose y destruyéndose a sí mismos, si querían sacar las puntas con anzuelo, que habían dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida estaban sin acción para nada; así es que, animándolos Publio para que acometiesen a los coraceros, le mostraron las manos pegadas a los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces, dirigiéndose a los de caballería, acometió con vigor y trabó

pelea con los enemigos; mas ésta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro, y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en éstos confiaba principalmente y con ellos obró maravillas, pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas, y trabando de los jinetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos, saltando de sus caballos, se metían debajo de los caballos enemigos y los atravesaban por los ijares; tiraban éstos botes en fuerza del dolor, y pisoteando a un tiempo a los jinetes y a sus contrarios, unos y otros morían juntos, cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó a los Galos fue el calor y la sed, a que no estaban acostumbrados, y, además, el haber perdido la mayor parte de los caballos, a causa de que ellos mismos se metían por las lanzas enemigas. Viéronse, por tanto, en la precisión de haber de acogerse a la infantería, teniendo ya a Publio, por sus muchas heridas, en el más deplorable estado; y como advirtiesen cerca un alto montón de arena, corrieron a él, colocaron en medio los caballos, y cubriéndose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrían así defenderse mejor de los bárbaros, mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen a los que están a la espalda; pero allí, por la desigualdad del sitio, los unos estaban más altos que los otros, y quedando todos al descubierto no podian evitar los tiros, sino que a todos se dirigían del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos

establecidos en aquel país en la ciudad de Carras, llamados Jerónimo y Nicómaco; persuadíanle que se retirara con ellos y huyera a Icnas, ciudad que seguía el partido de los Romanos y estaba de allí a corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por más cruel que fuese podría hacer que Publio abandonara a los que morían por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra los despidió. Entonces, no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenía atravesada con una flecha, mandó a su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dio a sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los más principales y esforzados A los demás que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas, no habiendo tomado vivos, según se dice, arriba de quinientos. Cortáronle a Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

XXVI.- El estado de éste era el siguiente. Luego que dio al hijo la orden de acometer a los Partos, como alguno le anunciase que éstos iban en derrota y que se les perseguía con tesón, y viese que los que contra sí tenía no obraban como antes, porque la mayor parte había marchado con los que huyeron, se alentó algún tanto, y reuniendo sus tropas las situó en puestos ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de la persecución. Publio, luego que se vio en peligro, envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos, algunos que con dificultad escaparon le trajeron la nueva de que Publio era perdido si

no se le daba pronto y grande socorro. Combatieron a un tiempo muchos afectos el corazón de Craso; así, ya no obró en él la razón; e impelido, ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedía, se resolvió por fin a mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos, mucho más terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos a los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traían la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose más que los otros, la mostraban, preguntando con escarnio por sus padres y su linaje, pues no parecía posible que Craso, hombre el más cobarde y el más perverso, fuera padre de un joven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fue el que más, de cuantos males habían pasado, quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedía, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior a sí mismo, porque, corriendo las filas, habló de este modo a los soldados: "Este luto ¡oh Romanos!, es privadamente mío; pero la eminente fortuna y gloria de Roma, intacta e ilesa, permanece en vosotros, a quienes veo salvos. Si alguna compasión tenéis de mí por la pérdida de mi valeroso hijo, manifestadla en vuestro enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo; vengáos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los que acometen grandes presas. Ni Luculo derrotó sin sangre a Tigranes, ni Escipión a Antíoco. Nuestros antepasados perdieron en Si-

cilia mil naves y en la Italia muchos emperadores y pretores; pero no impidieron las derrotas de éstos que al cabo triunfasen de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado a tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia y virtud de los que no rehusaron los peligros".

XXVII.- Este fue el lenguaje que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vio que pocos le escuchaban con buen semblante, y habiéndoles mandado dar el grito de guerra se desengañó aún más acerca de su abatimiento: porque aquel fue débil, apocado y desigual, cuando el de los bárbaros fue claro y esforzado. Venidos a la contienda, la caballería de éstos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó a lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron a los Romanos a un recinto estrecho, a excepción de aquellos que, por huir de la muerte que los tiros causaban, prefirieron arrojarse desesperadamente sobre éstos, haciendo, a la verdad, poco daño, pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles pasaban con el hierro a los que se les ponían delante, y aun muchas veces atravesaban a dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se retiraron, diciendo que de gracia concedían a Craso una noche para llorar a su hijo; a no ser que lo pensara mejor y por sí mismo se fuera a presentar a Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron allí cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; en cambio, para los Romanos la noche fue terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura a los muertos ni de prestar auxilios a

los heridos y moribundos, sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran allí el día, o bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Éranles gran motivo de irresolución los heridos, pues si determinaban llevarlos serían un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darían indicio de la partida; y aunque conocían que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oír su voz. Mas él se había retirado solo y yacía en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los más de las mudanzas de fortuna, pero para los hombres prudentes de temeridad y ambición, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecía que todo le faltaba, porque tenía el último lugar respecto de dos solos. Entonces, el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron a los tribunos y centuriones, y habiendo convenido en que no debían quedar allí movieron el ejército sin toque de trompetas y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados de seguir percibieron que se les abandonaba, fue terrible el desorden y la confusión que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Después, cuando ya estaban en marcha, les sobrevino nueva turbación y terror, creyendo que se acercaban los enemigos; muchas veces retrocedían; otras muchas tomaban el orden de formación; y de los heridos que los seguían, ya poniendo en los bagajes a unos y ya bajando a otros, fue larga la detención que tuvieron, a excepción de trescientos de caballería mandados por Egnacio, que arribaron a Carras

como a la medianoche. Habló éste a los centinelas en lengua romana, y como le hubiesen entendido, les encargó dijeran a su comandante Coponio que Craso había tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir más, ni descubrir quién era, se apresuró a llegar al puente y salvó aquella tropa; mas fue muy vituperado por haber abandonado a su general. Con todo, aprovechó a Craso aquella ligera expresión suya referida a Coponio, porque, conjeturando éste que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traía buenas nuevas, mandó inmediatamente a los soldados tomar las armas, y luego que se informó de que Craso estaba en camino salió a recibirle, y acompañó a su ejército hasta la ciudad.

XXVIII.- Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero a la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habían quedado, que no bajarían de cuatro mil; y a muchos que se habían perdido por aquellas llanuras les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo había separado del cuerpo del ejército, y que habían errado el camino, las sorprendieron en un collado, y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas a cuchillo, a excepción solamente de veinte hombres; pues maravillados de que éstos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran a Carras. Diose a Surenas un aviso falso, diciéndosele que Craso había huído con los principales, y que la muchedumbre que se había refugiado a Carras era una mezcla de hombres de quienes no se debía

hacer ninguna cuenta. Creyó, pues, haber perdido el blanco principal de su victoria; mas, dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar a Craso si allí estaba, o perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Carras, envió a esta ciudad uno de los que estaban con él que sabía ambos idiomas, dándole orden de que en lengua romana llamara al mismo Craso o a Casio, manifestando que Surenas venía a tratar con ellos. Díjolo éste como se le había mandado, y luego que se dio parte a Craso aceptó la convocación. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Árabes, que conocían de vista a Craso y Casio por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y éstos, viendo a Casio sobre la muralla, le dijeron que Surenas estaba dispuesto a tratar de paz y les concedía ir salvos, con tal que admitieran la amistad del rey y abandonaran la Mesopotamia, porque consideraba que esto era lo que a unos y a otros convenía más que llegar a los últimos extremos. Admitiencio la proposición Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surenas tendrían su entrevista, prometieron que así lo harían, y marcharon.

XXIX.- Contento Surenas con tenerlos sujetos a un sitio, al día siguiente condujo allá sus tropas, las que, desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron a proponerles que, si querían alcanzar capitulación, les habían de entregar atados a Craso y a Casio. Indignáronse de verse así engañados, y diciendo a Craso que era necesario dar de mano a las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por

la fuga. Era muy importante que ninguno de los Carrenos lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andrómaco, hombre entre todos el más infiel y desleal, a quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Así, nada ignoraron los Partos, porque Andrómaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen a que pelearan de noche, ni esto además le fuese fácil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquellos no se atrasaran mucho en su persecución, discurrió Andrómaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, hasta que, por último, los condujo a un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacían la marcha penosa y tarda para los que aún se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andrómaco no podía hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; Casio se volvió otra vez a Carras, y diciéndole sus guías, que eran unos Árabes, ser conveniente esperar a que la Luna pasara del Escorpión, "Pues yo- les respondió- más temo al Sagitario", y se encaminó a Siria con unos quinientos caballos. Otros, que también tuvieron fieles conductores, arribaron a las montañas llamadas Sínacas y se pusieron en seguridad antes del día. Eran éstos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varón de singular probidad. A Craso le cogió el día engañado todavía de Andrómaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenía consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenía encima a los enemigos. Faltábanle sólo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio, pero tuvo

que refugiarse a otro montecillo no tan inaccesible a la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sínacas, de las que sólo le dividía una serie de collados, que desde la llanura se extendían hasta aquellas; así, las tropas de Octavio podían muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fue el primero que bajó con unos pocos a darle auxilio; después partieron los demás, avergonzados de su detención, y cargando a los enemigos los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio a Craso, y protegiéndole con sus escudos dijeron con firmeza y resolución que no tendrían los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su general, sin que primero murieran todos, peleando por defenderle.

XXX.- Viendo, pues, Surenas que los Partos se batían ya con menos ardor, y que si venía la noche y los Romanos se metían más en el monte le sería imposible darles alcance, armó a Craso otro engaño. Dejó ir libres a algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran a otros en el campamento que el rey no quería que la guerra con los Romanos fuese perpetua y daría pruebas de estar pronto a restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente a Craso. Abstuviéronse, por tanto, los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surenas hacia el collado con los principales de su ejército quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando a Craso a conferenciar con él y diciendo en alta voz que el Rey había hecho muestra, muy contra su voluntad, de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles también su dulzura y benevolencia los dejaría ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir

esto Surenas, los demás le escucharon muy placenteros y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no había habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó a esta invitación, sino que se paró a reflexionar. Mas como los soldados empezasen a gritar y a decirle que fuese, y después pasasen a insultarle y echarle en cara que a ellos los ponía a pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados quería tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba de día y por la noche podrían libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino y exhortándolos a que no perdieran la esperanza de una salud que tenían tan cerca; pero viendo que todavía se le oponían, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir, sin decir más que estas palabras: “Vosotros, Octavio, Petronio y todos los caudillos romanos que estáis presentes, sois testigos de la necesidad de esta partida, y sabéis por que cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegáis a salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, no entregado a la muerte por sus ciudadanos.”

XXXI.- No pudiendo contenerse Octavio, bajó del collado con Craso, quien despidió a los lictores, que también le seguían. De los bárbaros, los primeros que salieron a recibirle fueron dos Griegos mestizos que le hicieron acatamiento, apeándose de los caballos; y, saludándole en lengua griega, le propusieron que enviara personas que vieran como Surenas y los que traía consigo venían sin armas de ninguna

especie; mas Craso les respondió que, si tuviera en algo la vida, no habría venido a ponerse en sus manos. Con todo, envió a dos hermanos, llamados Roscios, a informarse de cuántos eran los que venían y con qué objeto. Surenas, al punto, les echó mano y los detuvo, siguiendo a caballo con los principales de los suyos; y "¿Cómo es esto- gritó-, un general de los Romanos viene a pie y nosotros montados?", mandando que sin dilación le trajesen un caballo. Contestándoles Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno, según la costumbre de su patria, dijo entonces Surenas que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el rey Hirodes y los Romanos, pero que habían de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el río; "Porque vosotros los Romanos- dijo- no soléis acordaros de los convenios" y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo, a lo que repuso: "No es menester, porque el Rey te da éste"; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que, cogiéndole en volandas, le pusieron los palafraneros y empezaron a dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fue el primero que asió del freno, y después de él Petronio, uno de los tribunos, cercándole en seguida los demás y procurando todos contener el caballo y retirar a los que, por uno y otro lado, querían a fuerza llevarse a Craso. Suscitándose con esto confusión y alboroto, vínose, al fin, a los golpes, y desenvainando Octavio su espada atravesó a uno de aquellos palafreneros, haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos, que se hallaba a su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe, que no pasó de la coraza, saltó

ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxatres, aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató y que éste fue el que, después de caído, le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de ciento, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron allí y los otros a toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya había sufrido su castigo, pero respecto de los demás manifestaba Surenas que podían bajar con seguridad, unos bajaron, efectivamente, y se entregaron, y otros se dispersaron por la noche, de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y a los restantes salieron a cazarlos los Árabes, y, alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas, veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

XXXII.- Surenas envió al rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso, y haciendo correr en Seleucia la voz, por medio de mensajeros, de que conducía vivo a Craso, dispuso una pompa ridícula, a la que por sarcasmo dio el nombre de triunfo. Porque al más parecido a Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como mujer bárbara, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso o general, de este modo le llevaban a caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendían bolsas, y entre las hachas se veían cabezas de Romanos recién cortadas. Seguían después rameras seleucienses entonando canciones in-

sultantes y ridículas contra la cobardía y afeminación de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Aristides, llamados Milesíacos; esto ya no fue inventado, porque se encontraron realmente en el equipaje de Rustio y dieron ocasión a Surenas para motejar e infamar a los Romanos de que ni en la guerra podían estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fue que Esopo había sido un sabio; viendo que Surenas presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenían las obscenidades milesíacas, cuando en pos de sí traía una Síbaris Pártica en tanto número de concubinas como las que conducía en sus carros; siendo su ejército, al parecer, como las víboras y las culebras, porque las partes anteriores, y que primero aparecían, eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos, y luego la cola remataba en rameras, en crótalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mujercillas. No merecía, ciertamente, disculpa Rustio; pero no estaba bien a los Partos vituperar en los Romanos la pasión por los libros milesíacos, cuando muchos de los Arsácidas que reinaban sobre ellos habían sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

XXXIII.- Entretanto que esto pasaba, Hirodes había ya hecho la paz con el rey de Armenia, Artabaces, y había convenido en tomar la hermana de éste para mujer de su hijo Pácoro. Con este motivo eran frecuentes los banquetes y festines de uno a otro, y se entretenían con las representa-

ciones teatrales de la Grecia, porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas y Artabaces componía tragedias y había escrito oraciones e historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fue conducida a las puertas del palacio no se habían levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jasón, natural de Tralis, estaba recitando el pasaje de Agave de la tragedia de Eurípides *Las Bacantes.* En medio de los aplausos que se le daban se presentó Silaces ante el rey, y adorándole arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fue con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento a Silaces, de orden del rey, Jasón dio las ropas y ornato de Penteo a uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano se puso a hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte a nuestro techo
esta dichosa caza
traemos ahora mismo
de flecha traspasada.

Esto fue de diversión para todos; pero cantándose en seguida los otros versos, alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?
Mío, mío es el premio,

entonces, levantándose Pomaxatres, que también asistía a la cena, echó mano a la cabeza, diciendo que aquello más le

tocaba a él que al actor; lo que cayó muy en gracia al rey; y habiéndole remunerado, según la costumbre patria, dio a Jasón un talento. Este término se dice haber tenido la expedición de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surenas experimentaron, al fin, castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio; porque a Surenas, de allí a poco, le quitó la viela Hirodes, envidioso de su gloria, y a éste, después de haber perdido a Pácoro, muerto en una batalla, en que fue vencido de los Romanos, en ocasión de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesía, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dio acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino más corto, y entrando en su cuarto le ahogó.

COMPARACIÓN DE NICIAS Y CRASO

I.- Viniendo a la comparación, la riqueza de Nicias, puesta en paralelo con la de Craso, tiene una adquisición y un origen menos culpable: pues aunque nadie tenga por irreprensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales o de bárbaros, de los cuales algunos están allí aprisionados y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos e insalubres, con todo, es más tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila y con los destrozos del fuego, medios de que se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo o de ejercer el cambio. Por de contado, de los graves cargos que a éste se hacían, aunque él los negaba, de que por dinero defendía causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba a mujercillas, y, finalmente, de que era encubridor de gente mala, ninguno, ni aun con falsedad, se hizo jamás a Nicias. Burlábanse, sí, de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo a los calumniadores; pero en esto hacía una cosa que quizá no habría estado bien a Pericles y a Aristides, pero que en él era necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza; sobre lo que

posteriormente habló a las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero a uno de los calumniadores: pues se refiere haber usado de estas palabras: “Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno se me acuse de haber dado y no de que he recibido.” En sus gastos fue más ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros, cuaudo todo lo que Nicias tuvo fue muy pequeña parte de lo que derrochó Craso en dar un banquete a tantos millares de hombres y en abastecerlos después; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres, y así se ve que los que allegan por malos medios suelen después invertirlo en buenos usos.

II.- Y por lo que hace a la riqueza de ambos, baste lo dicho. En cuanto a gobierno, nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento o arrebatado, sino que más bien fue engañado por Alcibíades; con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento, mientras a Craso, en sus continuos tránsitos del odio al amor, se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran a poner las manos en Catón y en Domicio. En la distribución de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro, y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la Vida, expulsó de la plaza, bañado en sangre, al senador Lucio Anallo, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser vio-

lento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprensión su irresolución y atamiento en el gobierno y su condescendencia con los malos. Craso fue de grande y elevado ánimo, no en contraposición con los Cleones o los Hipérbolos, no a fe mía, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo, sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo a Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria; porque en las grandes cosas no se ha de atender a que dan asidero a la envidia, sino a la gloria que acarrean, anublando la envidia. y si sobre todo te hallas bien con la seguridad y el reposo, y temes a Alcibíades en la tribuna, en Pilo a los Lacedemonios y en la Tracia a Perdicas, la ciudad deja un ancho campo a la vacación de todo negocio, en medio del cual te puedes sentar y tejer para tu frente la corona de la imperturbabilidad, como se explican algunos jofistas. Porque el amor de la paz es verdaderamente divino, y el hacer cesar la guerra el mayor servicio que podía hacerle a la Grecia: así, en este punto, no podría con Nicias competir dignamente Craso, aunque hubiera puesto al Mar Caspio y al Océano Indico por término de la dominación romana.

III.- El que manda en una ciudad que tiene ideas de virtud, y es el primero en poder, no debe dar lugar a los malos, ni poner la autoridad en manos no ejercitadas, ni confiarla a quien no merezca confianza, que fue lo que Nicias ejecutó, colocando él mismo al frente del ejército a Cleón, que, fuera de su gritería y desvergüenza en la tribuna, por lo demás en nada era tenido en la ciudad. No alabo en Craso el que en la

guerra de Espártaco hubiese consultado más a la prontitud que a la seguridad para dar la batalla, sin embargo de que interesaba su ambición en que no llegara Pompeyo y le arrebatara su gloria, como Mumio quitó a Metelo de las manos a Corinto; pero lo que hemos dicho de Nicias fue del todo extraño e indisculpable. Porque no cedió al enemigo una ambición y un mando rodeados de esperanzas y de facilidad, sino que, viendo el gran peligro de aquella expedición, por ponerse a sí mismo en seguridad, miró con abandono los intereses de la república. No así Temístocles, que, para que en la Guerra Médica no mandase un hombre ruin y sin talentos y perdiese la ciudad, a costa de su dinero le hizo desistir de la empresa; ni Catón, que, previendo que el tribunado de la plebe había de dar mucho en que entender y acarrear peligros, por lo mismo, en servicio de la república, se presentó a pedirlo. Mas Nicias, conservando el generalato mientras se trató de Minoa, de Citera y de los infelices Melios, cuando tuvo recelo de haber de contender con los Lacedemonios, desnudándose de la púrpura, y entregando a la impericia y temeridad de Cleón las naves, el ejército, las armas y un mando que requería una consumada inteligencia, no fue de su gloria de lo que hizo entrega, sino de la seguridad y salud de la patria. Por lo mismo, cuando después tuvo que hacer la guerra a los Siracusanos contra toda su voluntad y sus deseos, pareció que quería privar a la ciudad de la adquisición de Sicilia, no por reflexión de lo que convenía y debía hacerse, sino por desidia y flojedad suya. Lo que en él arguye mucha rectitud es el que nunca dejasen de nombrarle general como el más inteligente y más capaz, a pesar de la

oposición y resistencia que oponía, mientras que Craso, que siempre se andaba presentando para aspirar al generalato, no tuvo la dicha de alcanzarle sino para la guerra servil; y eso por necesidad, a causa de estar ausentes Pompeyo Metelo y los dos Luculos: sin embargo de que aquella era la época de su mayor autoridad y poder; y es que, según parece, aun sus más apasionados le reputaban, según el cómico,

Hombre útil y apto para todo,
fuera del ejercicio de las armas:

cosa que no les estuvo bien a los Romanos, a quienes hicieron violencia su avaricia y su ambición. Porque los Atenienses enviaron a la guerra, contra su voluntad, a Nicias; y Craso llevó forzados a los Romanos; viniendo por éste la república a grandes infortunios, y por la república aquel.

IV.- Mas acerca de estos sucesos, si bien Nicias merece alabanzas, no hay razón para reprender a Craso, porque aquel, haciendo uso de su experiencia y acreditándose de general prudente, no se dejó seducir de las esperanzas de sus ciudadanos, sino que conoció la imposibilidad y desconfió de que se tomara la Sicilia, y éste padeció equivocación en tomar sobre sí, como una cosa fácil, la Guerra Pártica; pero sus miras eran grandes. Vencedor César de las naciones de Occidente, de los Galos, de los Germanos y de la Bretaña, él concibió el proyecto de encaminarse al Oriente y al mar de la India y sojuzgar al Asia; en lo que ya había puesto mano Pompeyo y había trabajado Luculo, hombres para todos

apreciables y de gran juicio, a pesar de que habían intentado lo mismo que Craso y se habían propuesto los mismos fines. y sin embargo de que, dado el mando a Pompeyo, el Senado lo repugnó, y de que habiendo César derrotado a trescientos mil germanos, fue Catón de dictamen de que aquel fuera entregado a los vencidos para que recayera sobre él la ira del cielo por el quebrantamiento de la paz, el pueblo, no haciendo cuenta de Catón, ofreció sacrificios de victoria por quince días seguidos, y se mostró muy contento. ¿Pues qué habría hecho, y por cuántos días habría sacrificado, si Craso hubiera escrito desde Babilonia que era vencedor, y yendo de allí más adelante hubiera puesto la Media, la Pérside, la Hircania, a Susa y a Bactra en el número de las provincias romanas? Porque si, según Eurípides, "tienen que ser injustos" los que no pueden estarse quietos ni saben gozar de lo presente, no ha de ser para arrasar a Escandia o a Mendes, ni para cazar a los Eginetas que, como las aves, abandonan su territorio y se refugian en otro país, sino que se ha de tener en mucho el ser injustos, y no con ligero motivo se ha de faltar a la justicia como si fuera una cosa pequeña y despreciable; por eso los que celebran la expedición de Alejandro y reprenden la de Craso juzgan desacertadamente mirando sólo al éxito que tuvieron.

V.- En las expediciones mismas hubo de Nicias hazañas y rasgos muy generosos: porque en muchas batallas venció a los enemigos y estuvo en muy poco el que tomase a Siracusa; y si hubo faltas, no fueron suyas, sino que provinieron de su enfermedad y de los enemigos que en Atenas tenía; sien-

do así que Craso, por el gran número de sus yerros, ni siquiera dio lugar a que pudiera mostrarse en su favor la fortuna; de manera que es preciso admirarse de que fuese tal su torpeza, que ella sola venciera la buena suerte de Roma, y no el poder de los Partos. En orden a que, no despreciando el uno nada de cuanto pertenece a la adivinación, y mirándolo todo el otro con indiferencia, ambos, sin embargo, hubiesen tenido desgraciado fin, en esto el juicio es aventurado y difícil; bien que merece más disculpa el que peca por sobra de precaución, siguiendo la costumbre y la opinión recibida, que no el que por temeridad se aparta de la ley. En el modo de acabar sus días hay menos que vituperar en Craso, que no se entregó, no sufrió prisiones ni afrentas, sino que se resignó con los ruegos de los suyos y fue víctima de la traición de los enemigos, mientras que Nicias, con la esperanza de una salud torpe y vergonzosa, sufrió caer en manos de los enemigos, haciendo así más ignominiosa su muerte.

SERTORIO

I. No es maravilla quizá que en un tiempo indeterminado, inclinándose ora a una parte y ora a otra la fortuna, los acontecimientos vuelvan a repetirse muchas veces con las mismas circunstancias. Porque si hay una muchedumbre infinita de accidentes, la fortuna tiene un poderoso artífice de la semejanza de los sucesos en lo indefinido de la materia, y si los acontecimientos están contraídos a un número prefijado, es necesario también que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas. Hay algunos, por tanto, que, complaciéndose en cotejar lo que han leído u oído de esta clase de accidentes, forman una colección de los que parecen hechos de intento y con meditado discurso, como, por ejemplo, que habiendo habido dos Atis, personajes ilustres, el uno Siro y el otro Arcade, ambos fueron muertos por jabalíes. De dos Acteones, el uno fue despedazado por sus perros, y el otro, por sus amadores. De dos Escipiones, por el uno fueron primero vencidos los Cartagineses, y por el otro fueron después arruinados del todo. Troya fue tomada por Heracles, a causa de los caballos de Laomedonte; por Agamenón, mediante el caballo llamado

de madera, y tercera vez, por Caridemo, a causa del accidente de haberse caído un caballo en las puertas y no haber podido los Troyanos cerrarlos prontamente. De dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, Ío y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero y haber muerto en la otra. Ea, pues, añadamos a estos acasos el que entre los grandes generales, los más guerreros y que más grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad todos fueron tuertos: Filipo, Antígono, Aníbal y éste de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido más contenido que Filipo en el trato con mujeres, más fiel que Antígono con sus amigos, más humano que Aníbal con los contrarios, y, no habiendo sido inferior a ninguno en la prudencia, fue muy inferior a todos en la fortuna, la que siempre le fue más adversa que sus más poderosos enemigos, y, sin embargo, desterrado y extranjero, nombrado caudillo de unos bárbaros, fue digno competidor de la pericia de Metelo, de la osadía de Pompeyo, de la fortuna de Sila y de todo el poder de los Romanos. A éste, el que encontramos más semejante entre los Griegos es el Cardiano Éumenes: ambos eran nacidos para mandar ejércitos; ambos eran fecundos en estratagemas; ambos, arrojados de su país, fueron caudillos de gentes extrañas, y a ambos, finalmente, fue en su muerte muy dura y violenta la fortuna, porque perecieron traidoramente a manos de aquellos mismos con quienes habían vencido a los enemigos.

II.- Nació Quinto Sertorio en la ciudad de Nursia, país de los Sabinos, de oscuro linaje. Criado con esmero por su ma-

dre, viuda, habiendo quedado huérfano de padre, parece que fue con extremo amante de aquella, de la cual se dice haber tenido por nombre el de Rea. Ejercitóse en las causas con bastante aplauso, y siendo aún joven llegó, según es fama, a adquirir cierto poder en Roma por su elegancia en el decir; pero su sobresaliente mérito y sus hazañas en la milicia llamaron hacia esta parte su ambición.

III.- En primer lugar, cuando los Cimbros y los Teutones invadieron la Galia, militó con Cepión, y habiendo los Romanos peleado débilmente y entregádose a la fuga, no obstante haber perdido su caballo y hallarse herido, pasó el Ródano a nado, costándole mucho el vencer, embarazado con la coraza y el escudo, la contraria corriente: ¡tan fuerte y robusto era su cuerpo, y tan sufridor del trabajo en fuerza del ejercicio! En segundo lugar, cargando aquellos con numerosísimo ejército y terribles amenazas, de manera que se reputaba por cosa extraordinaria que un Romano se mantuviera en formación y obedeciera al general, fue enviado por Mario en observación de los enemigos. Vistióse el traje de los Galos, y, aprendiendo lo más común del idioma para poder contestar oportunamente, se metió entre los bárbaros; de donde, habiendo visto por sí unas cosas y preguntado otras a los que tenía a mano, regresó al campamento. Concediósele entonces el prez del valor, y habiendo dado durante toda la expedición muchas pruebas de prudencia y de arrojo, adquirió fama y se ganó la confianza del general. Después de esta guerra de los Cimbros y Teutones fue enviado a España de tribuno con el pretor Didio, y se hallaba

en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los CeltÍberos. Sucedió que, insolentes los soldados con la abundancia, y dados a la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros, los cuales enviaron a llamar a sus vecinos de Orisia; éstos, yendo de casa en casa, acabaron con ellos; pudo, sin embargo, Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo a otros que también huían dio la vuelta en rededor a la ciudad, y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habían entrado secretamente, no cayó en el error de éstos, sino que, poniendo guardias y tomando todas las avenidas, dio muerte a todos los que estaban en edad de llevar armas. Ejecutado esto, mandó a todos los soldados que dejaran sus propias armas y vestidos y adornándose con los de los bárbaros le siguieran a otra ciudad, de donde salieron los que en la noche los habían sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta se le vinieron a las manos gran número de habitantes, que creían salir a recibir a sus amigos y conciudadanos, que volvían después de conseguido su intento; así fue que muchos recibieron la muerte en la misma puerta, y otros que se entregaron fueron vendidos como esclavos.

IV.- Hízose con esto Sertorio muy celebrado en España; apenas volvió a Roma, fue nombrado cuestor de la Galia Cispadana, en ocasión de urgencia; amenazando, en efecto, la Guerra Pársica, se le dio el encargo de levantar tropas y de reunir armas, y como hubiese puesto mano a la obra con una diligencia y prontitud muy diferente de la pesadez y delicadeza de los demás jóvenes, adquirió fama de hombre acti-

vo y eficaz. Mas no por haber sido promovido a la dignidad de caudillo aflojó en el denuedo militar, sino que, ejecutando brillantes hazañas, y arrojándose sin tener cuenta de su persona a los peligros, quedó privado de un ojo, habiéndoselo sacado en un encuentro. De esta pérdida hizo después vanidad toda la vida, diciendo que los demás no llevaban siempre consigo el testimonio de los premios alcanzados, siéndoles forzoso dejar los collares, las lanzas y las coronas, cuando él tenía siempre consigo las señales de su valor; y los que eran espectadores de su infortunio lo eran al mismo tiempo de su virtud. Tributóle también el pueblo el honor que le era debido: porque al verle entrar en el teatro le recibieron con aplausos y con expresiones de elogio, distinción de que con dificultad gozaban aun los más provectos en edad y más recomendados por sus méritos. Pidió el tribunado de la plebe; pero, oponiéndosele la facción de Sila, quedó desairado; por lo que parece fue desde entonces enemigo de éste. Después, cuando Mario, vencido por Sila, tuvo que huir, y éste se ausentó para hacer la guerra a Mitridates, como uno de los cónsules, Octavio, mantuviese el partido de Sila, y Cina, que aspiraba a cosas nuevas, tratase de suscitar la facción vencida de Mario, arrimóse a éste Sertorio; y más viendo que el mismo Octavio estaba fluctuante y solo no se atrevía a fiarse de los amigos de Mario. Trabóse una acción reñida en la plaza entre ambos cónsules, en la que quedó vencedor Octavio, y Cina y Sertorio, que habían perdido poco menos de diez mil hombres, huyeron; pero como hubiesen podido reunir con sus persuasiones la mayor parte de

las tropas esparcidas por la Italia, volvieron muy pronto en estado de poder medir las armas con Octavio.

V.- Habiendo regresado Mario del África, y puéstose a las órdenes de Cina, como correspondía lo hiciese un particular respecto de un cónsul, los demás eran de opinión de que convenía recibirle; pero Sertorio se opuso, bien fuera por creer que Cina le atendería menos luego que tuviese cerca de sí a un militar de más nombre, o bien por la dureza de Mario, no fuera que lo echara todo a perder, abandonándose a una ira que pasaba todos los términos de lo justo cuando quedaba superior. Decía, pues, que era muy poco lo que les quedaba que hacer hallándose ya vencedores, y que si recibían a Mario éste se arrogaría toda la gloria y todo el poder, siendo hombre desabrido y muy poco de fiar para la comunión de mando. Respondiále Cina que discurría con acierto; pero que él estaba entre avergonzado y dudoso para alejar a Mario, a quien él mismo había llamado a tener parte en la empresa; a lo que le repuso Sertorio: "Pues yo, en el concepto de que Mario había venido a Italia por impulso propio, reflexionaba sobre el partido que convendría tomar; pero tú no has debido conferenciar sobre este negocio cuando llega el que tú deseabas que viniese, sino admitirle y valerte de él, pues que la palabra empeñada no debe dejar lugar a reflexiones". Resolvióse, por tanto, Cina a llamar a Mario, y, habiendo repartido las tropas en tres divisiones, las mandaron los tres. Terminóse la guerra; y entregados Cina y Mario a toda crueldad e injusticia, tanto que a los Romanos les parecían ya oro los males de la guerra, se dice que sólo

Sertorio no quitó a nadie la vida, por aversión, ni se ensoberbeció con la victoria, sino que antes se mostró irritado de la conducta de Mario; y hablando a solas a Cina e intercediendo con él logró ablandarlo. Finalmente, como a los esclavos que tuvo Mario por camaradas en la guerra, y de quienes se valió después como ministros de tiranía, les hubiese dado éste más soltura y poder de lo que convenía, concediéndoles o mandándoles unas cosas, y propasándose ellos a otras con la mayor injusticia, dando muerte a sus amos, solicitando a sus amas y usando de toda violencia con los hijos, no pudo Sertorio llevarlo en paciencia, y hallándose reunidos en un mismo campamento los hizo asaetar a todos, que no bajaban de cuatro mil.

VI.- Falleció luego Mario; Cina fue muerto de allí a poco, y Mario el joven se arrogó, contra la voluntad de Sertorio y con quebrantamiento de las leyes, el consulado; los Carbones, los Norbanos y los Escipiones hacían tibiamente la guerra a Sila, que llegaba; perdíanse unas cosas por cobardía y desidia de los generales y otras por traición se malograban. En este estado era inútil su presencia para unos negocios enteramente desesperados, por el poco tino de los que tenían en sus manos el poder. Por colmo de desorden, Sila, que tenía su campo al frente del de Escipión y hacía correr la voz de que se gozaría de paz, corrompió el ejército, y aunque Sertorio se lo previno y advirtió a Escipión, no pudo hacérselo entender. Entonces, pues, dando por enteramente perdida la ciudad, partió para España, con la mira de anticiparse a ocupar en ella el mando y la autoridad, y preparar allí

un refugio a los amigos desgraciados. Sobrecogiéronle malos temporales en países montañosos, y tuvo que comprar de los bárbaros, a costa de subsidios y remuneraciones, que le dejaran continuar el camino. Incomodábanse los suyos y le decían no ser digno de un procónsul romano pagar tributo a unos bárbaros despreciables; mas él, no poniendo atención en lo que a éstos les parecía una vergüenza, "Lo que compro- les respondio- es la ocasión, que es lo que más suele escasear a los que intentan cosas grandes"; así continuó ganando a los bárbaros con dádivas, y apresurándose ocupó, la España. Halló en ella una juventud floreciente en el número y en la edad; pero como la viese mal dispuesta a sujetarse a toda especie de mando, a causa de la codicia y malos tratamientos de los Pretores que les habían cabido, con la afabilidad se atrajo a los más principales, y con el alivio de los tributos a la muchedumbre; pero con lo que principalmente se hizo estimar fue con librarlos de las molestias de los alojamientos. Obligó, en efecto, a los soldados a armarse barracas en los arrabales de los pueblos, siendo él el primero que se hospedaba en ellas. Sin embargo, no se debió todo a la benevolencia de los bárbaros, sino que, habiendo armado de los Romanos allí domiciliados a los que estaban en edad de tomar las armas, y habiendo construído naves y máquinas de todas especies, de este modo tuvo sujetas a las ciudades, siendo benigno cuando se disfrutaba de paz y apareciendo temible a los enemigos con sus prevenciones de guerra.

VII.- Habiéndole llegado noticia de que Sila dominaba en Roma, y la facción de Mario y Carbón había sido arruinada,

al punto receló que el ejército vencedor iba a venir contra él con algunos de los caudillos, y se propuso cerrar el paso de los montes Pirineos por medio de Julio Salinátor, que mandaba seis mil infantes. Fue, en efecto, enviado de allí a poco por Sila Gayo Anio, el cual, viendo que la posición de Julio era inexpugnable, se quedó en la falda, sin saber qué hacerse; pero habiendo muerto a traición a Julio un tal Calpurnio, dicho por sobrenombre Lanario, y abandonando los soldados las cumbres del Pirineo, seguía su marcha Anio con grandes fuerzas, arrollando los obstáculos. Considerábase Sertorio muy desigual, y retirándose con tres mil hombres a Cartagena, allí se embarcó, y atravesando el Mediterráneo aportó al África por la parte de la Mauritania. Sorprendieron los bárbaros a sus soldados, mientras, sin haber puesto centinelas, se proveían de agua, y habiendo perdido bastante gente se dirigía otra vez a España; vióse, no obstante, apartado de ella, por haber tenido la desgracia de dar con unos piratas de Cilicia, y arribó a la isla Pitiusa, donde desembarcó, habiendo desalojado la guarnición que allí tenía Anio. Acudió este bien pronto con gran número de naves y cinco mil hombres de infanteria; Sertorio se preparaba a pelear con él en combate naval, aunque sus buques eran de poca resistencia, y dispuestos más bien para la ligereza que para la fuerza; pero, alborotado el mar con un violento céfiro, perdió la mayor parte de ellos, estrellados en las rocas por su falta de peso, y con sólo unos pocos, arrojado del mar por la tempestad y de la tierra por los enemigos, anduvo fluctuando por espacio de diez días; y luchando contra las olas y

contra tan deshecha borrasca se vio en mil apuros para no perecer.

VIII.- Habiendo por fin cedido el viento, aportó a unas islas, entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el Estrecho Gaditano, dobló a la derecha y tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la embocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre a la parte que baña de esta región. Diéronle allí noticia unos marineros, con quienes habló de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venían. Éstas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del África diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras, pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no sólo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten a alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas, pues los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio van decayendo y pierden su fuerza; y los del mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo común, con una serenidad humectante es con la que refrigeran y con la que mantienen las plantas, de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión, que corre muy válida, haber estado allí

los Campos Elisios, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Homero.

IX.- Engendró esta relación en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas y vivir con sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de la Cilicia, que ninguna codicia tenían de paz y de quietud, sino de riqueza y de despojos, le dejaron con sus deseos, y se dirigieron al África para restituir a Áscalis, hijo de Ifta, al trono de la Mauritania. No pudo tampoco contenerse Sertorio, sino que resolvió ir en auxilio de los que peleaban contra Áscalis, para que sus tropas, concibiendo nuevas esperanzas, y teniendo ocasión de nuevas hazañas, no se le desbandasen por la falta de recursos. Habiendo sido su llegada de gran placer para los Mauritanos, puso mano a la obra, y, vencido Áscalis, le puso sitio Sila, en tanto, envió en socorro de éste a Paciano, con las correspondientes fuerzas; mas habiendo venido Sertorio a batalla con él, le dio muerte, y quedando vencedor agregó a las suyas estas tropas, poniendo después cerco a la ciudad de Tingis, adonde Ascalis se había retirado con sus hermanos, Dicen los Tingitanos que está allí enterrado Anteo, y Sertorio hizo abrir su sepulcro, no queriendo dar crédito a aquellos bárbaros, a causa de su desmedida grandeza; pero visto el cadáver, que tenía de largo, según se cuenta, sesenta codos, se quedó pasmado, y sacrificando víctimas volvió a cerrar la sepultura, habiéndole dado con esto mayor honor y fama. Añaden los Tingitanos a esta fábula que, muerto Anteo, su mujer, Tingis, se ayuntó con Heracles, y habiendo tenido en hijo a Sófax, reinó éste en el

país y puso a la ciudad el nombre de la madre, y que de este Sófax fue hijo Diodoro, a quien obedecieron muchas gentes del África, por tener a sus órdenes un ejército griego, compuesto de los que fueron allí trasladados por Heracles de Olbia y de Micenas. Mas todo esto sea dicho en honor de Juba, el mejor historiador entre los reyes, por cuanto se dice que su linaje traía origen de Diodoro y Sófax. Sertorio, aunque logró triunfar de todos, en nada ofendió a los que le suplicaron y se pusieron en sus manos, sino que les restituyó los bienes, las ciudades y el gobierno, recibiendo sólo lo que buenamente había menester, y aun esto por pura dádiva.

X.- Meditaba adónde se dirigiría desde allí, cuando le llamaron los Lusitanos, brindándole, por medio de embajadores, con el mando; pues hallándose faltos de un general de opinión y de experiencia, que pudieran oponer al temor que los Romanos les inspiraban, en éste sólo tenían confianza, por haber sabido de los que le habían tratado cuál era su índole; pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni del deleite ni del miedo, siendo por naturaleza inalterable en los peligros y moderado en la prosperidad; que trabado el combate, no fue inferior en arrojo a ninguno de los generales de su tiempo, y que, cuando en la guerra se trataba de merodear y hacer presa, de ocupar puestos ventajosos o de meterse por entre los enemigos, necesitándose para ello de dolo y de engaños, era en tales casos de los más sagaces y astutos. En premiar los servicios usaba de largueza y magnificencia, siendo benigno en castigar las faltas; sin embargo, lo ejecutado cruel y sañudamente con los rehenes hacia el fin de sus

días parece que descubre que su carácter no era el de la mansedumbre, sino que por reflexión lo sabía comprimir, cediendo a la necesidad. Por lo que hace a mí, nunca creeré que una virtud decidida y bien cimentada en la razón pueda por ningún caso de fortuna degenerar en el vicio opuesto; con todo, no considero imposible que los mejores propósitos, y los caracteres más formados a la virtud, hagan mudanza en sus costumbres por desgracias y calamidades injustamente padecidas; y fue lo que me parece le sucedió a Sertorio, que, cuando se vio abandonado de la fortuna, irritado por los mismos acontecimientos se hizo cruel contra los que le ofendían.

XI.- Como le llamasen, pues, los Lusitanos, abandonó el África, y poniéndose al frente de ellos, constituído su general con absoluto imperio, sujetó a su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los más voluntariamente, a causa, en la mayor parte, de su dulzura y actividad, aunque también usó de artificios para engañarlos y embaucarlos; el más señalado entre todos fue el de la cierva, que dispuso de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espano, que vivía en el campo, se encontró con una cierva recién parida que huía de los cazadores; y a ésta la dejó ir; pero a la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones, y como recibiese con afabilidad a los que le llevaban algún presente, bien fuese de caza, o de los frutos del campo, recompensando con largueza a los que así le hacían obsequio, se le presentó también éste

para regalarle la cervatilla. Admitióla, y al principio no fue grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y dócil, que acudía cuando la llamaba, y le seguía a doquiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco a poco la fue divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva había sido un presente de Diana, y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas, por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados a la superstición. Para acreditarlo más, se valía de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba a entender que los enemigos iban a invadir su territorio, o trataban de separar de su obediencla a una ciudad, fingía que la cierva le había hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas a punto. Por otra parte, si se le daba aviso de que alguno de sus generales había alcanzado una victoria, ocultaba al que lo había traído, y presentaba a la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos a mostrarse alegres y a sacrificar a los dioses, porque en breve había de llegar una fausta noticia.

XII.- Después que los hubo hecho tan dóciles, los tenía dispuestos para todo, estando persuadidos de que no eran mandados por el designio de un hombre extranjero, sino por un dios; dando además los hechos mismos testimonio de que su poder se había aumentado fuera de lo que podía pensarse, porque con sólo haber reunido cuatro mil broqueleros y setecientos caballos de los Lusitanos, con dos mil y seiscientos a quienes llamaban Romanos, y con unos setecientos Africanos que se le habían agregado, siguiéndole

desde aquella región, hacía la guerra a cuatro generales romanos, que tenían a sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil hombres de caballería, dos mil entre arqueros y honderos y un grandísimo número de ciudades: cuando él, al principio, no tuvo entre todas más de veinte; y sin embargo de haber empezado con tan escasas y apocadas fuerzas, no sólo sujetó a numerosos pueblos y tomó muchas ciudades, sino que, de los generales contrarios, a Cota lo venció en combate naval cerca del puerto de Melaria, y a Aufidio, prefecto de la Bética, lo derrotó a las orillas del Betis, matándole doscientos Romanos. Venció, asimismo, por medio de su cuestor, a Domicio Calvisio, procónsul que era de la otra España, y dio muerte a Toranio, otro de los generales que Metelo había enviado con fuerzas contra él; aun al mismo Metelo, varón de los primeros y más acreditados de su edad, habiéndose aprovechado de los no pequeños yerros que éste cometió, le puso en tanto aprieto, que fue preciso que Lucio Manlio viniera desde la Galia Narbonense en su socorro, y que de Roma misma fuera enviado Pompeyo Magno con considerables fuerzas. Porque Metelo no sabía qué hacerse con un hombre arrojado, que huía de toda batalla campal, y usaba de todo género de estratagemas por la prontitud y ligereza de la tropa española; cuando él no estaba ejercitado sino en combates reglados y en riguroso orden, y sólo sabía mandar tropas apiñadas, que, combatiendo a pie firme, estaban acostumbradas a rechazar y destrozar a los enemigos que venían con ellas a las manos; pero no a trepar por los montes, siguiendo el alcance de sus incansables fugas a unos hombres veloces como el viento, ni a tolerar como ellos el

hambre y un género de vida en la que para nada echaban de menos el fuego ni las tiendas.

XIII.- Además de esto, Metelo, que era ya hombre de bastante edad, después de muchos y peligrosos combates, había empezado a tratarse con más delicadeza y regalo que antes, y se las había con Sertorio, lleno de vigor y robustez, y que tenía muy ejercitadas las fuerzas, la ligereza y la frugalidad. Porque ni aun en el mayor ocio se dio jamás al vino, y se había acostumbrado a tolerar grandes fatigas, largas marchas y frecuentes vigilias, bastándole para todo esto escasos y groseros alimentos. Entreteníase siempre, cuando estaba desocupado, en andar por el campo y en cazar, ensayando el modo de libertarse con la fuga, y cómo envolver al enemigo siguiendo un alcance; y así había adquirido conocimiento de los lugares inaccesibles y de los que daban franco paso. Por tanto, sucediendo, por lo común, que el que quiere evitar batalla padece lo mismo que el que es vencido, para éste el huír era como si él persiguiese; porque cortaba a los que iban a tomar agua, interceptaba los víveres; si el enemigo quería marchar, le impedía el paso; cuando iba a acamparse, no le dejaba sosiego, y cuando quería sitiar se aparecía él y le sitiaba por hambre, tanto, que los soldados llegaron a aburrirse; y como Sertorio provocase a Metelo a un desafío, empezaron a gritar, incitándole a que peleara general contra general, Romano contra Romano; cuando vieron que no lo admitía, le insultaron, pero él se rió de ellos, e hizo muy bien: pues, como dice Teofrasto, un general debe hacer muerte de general y no de un miserable soldado. Viendo,

pues, Metelo que los de Lacóbriga estaban muy de parte de Sertorio, y que sería fácil tomarlos por la sed, a causa de que dentro de la ciudad no había más que un solo pozo, y entraba en su proyecto apoderarse de las fuentes y arroyos que había de murallas afuera, marchó con este pueblo, persuadido de que el sitio sería cosa de dos días, faltándoles el agua; así, a sus soldados les dio orden de que sólo tomaran provisiones para cinco días. Mas Sertorio, acudiendo al punto en su auxilio, dispuso que se llenaran de agua dos mil odres, señalando por cada uno una gruesa cantidad de dinero; y habiéndose presentado al efecto muchos Españoles y muchos Mauritanos, escogió a los más robustos y más ligeros, y los envió por la montaña, con orden de que, cuando entregaran los odres en la ciudad, sacaran a la gente inútil, para que con aquel repuesto de agua tuvieran bastante los defensores. Llegó esta disposición a oídos de Metelo, y le fue de mucho desagrado, porque ya los soldados casi habían consumido los víveres, y tuvo que enviar, para que hiciese un nuevo acopio, a Aquilio, que mandaba seis mil hombres. Entiéndelo Sertorio, y adelantándose a tomar el camino, cuando ya Aquilio volvía, hace salir contra él tres mil hombres de un barranco sombrío; y acometiendo él mismo de frente, le derrota, y la muerte a unos y toma a otros cautivos. Metelo, cuando vio que Aquilio volvía sin armas y sin caballo, tuvo que retirarse ignominiosamente, escarnecido de los Españoles.

XIV.- Por estas hazañas miraban a Sertorio con grande amor aquellos bárbaros, y también porque, acostumbrán-

dolos a las armas, a la formación y al orden de la milicia romana, y quitando de sus incursiones el aire furioso y terrible, había reducido sus fuerzas a la forma de un ejército, de grandes cuadrillas de bandoleros que antes parecían. Además de esto, no perdonando gastos les adornaba con oro y plata los cascos, les pintaba con distintos colores los escudos, enseñábalos a usar de mantos y túnicas brillantes, y, fomentando por este medio su vanidad, se ganaba su afición. Mas lo que principalmente les cautivó la voluntad fue la disposición que tomó con los jóvenes; porque reuniendo en Huesca, ciudad grande y populosa, a los hijos de los más principales e ilustres entre aquellas gentes, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en la realidad los tomaba en rehenes, pero en la apariencias los instruía, para que, en llegando a la edad varonil, participasen del gobierno y de la magistratura. Los padres, en tanto, estaban sumamente contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, les distribuía premios y les regalaba aquellos collares que los Romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los Españoles que los que hacían formación aparte con el general perecieran con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llamaban consagración, al lado de los demás generales sólo se ponían algunos de sus asistentes y de sus amigos; pero a Sertorio le seguían muchos millares de hombres, resueltos a hacer por él esta especie de consagración. Así, se refiere que, en ocasión de retirarse a una ciudad, teniendo ya a los enemigos cerca, los Españoles, olvidados de sí mismos,

salvaron a Sertorio, tomándolo sobre los hombros y pasándolo así de uno a otro, hasta ponerlo encima de los muros, y luego que tuvieron en seguridad a su general cada uno de ellos se entregó a la fuga.

XV.- Ni eran solos los Españoles a quererle por su caudillo, sino que este mismo tenían los soldados venidos de la Italia. Llegó, pues, también a España, con grandes caudales y mucha gente, Perpena Ventón, del mismo partido que Sertorio, con ánimo de hacer de por sí la guerra a Metelo; pero los soldados empezaron a indisponerse, y haciendo frecuente conversación de Sertorio, pensaban ya en abandonar a Perpena, de quien decían que estaba muy hinchado con su linaje y su riqueza: así, cuando ya se supo que Pompeyo pasaba los Pirineos, tomaron los soldados las armas y las insignias de las legiones y gritaron a Perpena para que los condujese al campo de Sertorio, amenazándole que de lo contrario le dejarían por ir en busca de un hombre que podía salvarse y salvarlos; y Perpena tuvo que condescender con sus ruegos, y marchando al frente de ellos juntó con las de Sertorio sus tropas, que consistían en cincuenta y tres cohortes.

XVI.- Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro, con lo cual el número era poderoso, porque de todas partes acudían y se le presentaban gentes; pero, mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir a las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilación, trató de calmarla y sosegarla por

medio de la reflexión y del discurso. Mas cuando vio que no cedían, sino que insistían tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran a estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que, no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendría en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba, y marchando entonces en su socorro los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó a todos al cabo de pocos días a junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano, con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal, el hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla, y el otro pequeño, una a una, fue arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasión de risa a los espectadores, teniendo que darse por vencido mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: "Ved ahí- les dijo-, oh camaradas, cómo la paciencia puede más que la fuerza; cómo cosas que no pueden acabarse juntas ceden y se acaban poco a poco; nada resiste a la asiduidad, con la que el tiempo, en su curso, destruye y consume todo poder, siendo un excelente auxiliador de los que saben aprovechar la ocasión que les presenta e irreconciliable enemigo de los que fuera de sazón se precipitan". Inculcan-

do continuamente Sertorio a los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponía para esperar la oportunidad.

XVII.- Entre sus acciones de guerra no fue lo que menos admiración excitó lo ejecutado con los llamados Caracitanos. Este es un pueblo situado más allá del río Tajo, que no se compone de casas, como las ciudades o aldeas, sino que, en un monte de bastante extensión y altura, hay muchas cuevas y cavidades de rocas que miran al norte. El país que la circunda produce un barro arcilloso y una tierra muy deleznable por su finura, incapaz de sostener a los que andan por ella, y que con tocarla ligeramente se deshace como la cal o la ceniza. Era, por tanto, imposible tomar por fuerza a estos bárbaros, porque cuando temían ser perseguidos se retiraban con las presas que habían hecho a sus cuevas, y de allí no se movían. En ocasión, pues, en que Sertorio se retiraba de Metelo y había establecido su campo junto a aquel monte, le insultaron y despreciaron, mirándole como vencido; y él, bien fuese de cólera, o bien por no dar idea de que huía, al día siguiente, muy de mañana, movió con sus tropas y fue a reconocer el sitio. Como por ninguna parte tenía subida, anduvo dando vueltas, haciéndoles vanas amenazas; mas en esto advirtió que de aquella tierra se levantaba mucho polvo y que por el viento era llevado a lo alto: porque, como hemos dicho, las cuevas estaban al norte, y el viento que corre de aquella región, al que algunos llaman *Cecias*, es allí el que más domina y el más impetuoso de todos, soplando de países húmedos y del montes cargados de nieve. Estábase entonces en el rigor del verano, y, fortificado el viento con el

deshielo que en la parte septentrional se experimentaba, lo tomaban con mucho gusto aquellos naturales, porque en el día los refrigeraba a ellos y a sus ganados. Habíalo discurrido así Sertorio, y se lo había oído también a los del contorno, por lo cual dio orden a los soldados de que, recogiendo aquella tierra suelta y cenicienta, la fueran acumulando en diferentes puntos delante del monte; y como creyesen los bárbaros que el objeto era formar trincheras contra ellos, lo tomaron a burla. Trabajaron en esto los soldados hasta la noche, hora en que se retiraron; pero por la mañana siguiente empezó desde luego a soplar una aura suave, que levantó lo más delgado de aquella tierra amontonada, esparciéndola a manera de humo, y después, arreciándose el cecias con el sol, y poniéndose ya en movimiento los montones, los soldados que se hallaban presentes los revolvían desde el suelo y ayudaban a que se levantase la tierra. Algunos corrían con los caballos arriba y abajo, y contribuían, también a que la tierra se remontase en el aire, y a que, hecha un polvo todavía más delgado, fuese empujada por aquel hacia las casas de los bárbaros, que recibían el cierzo por la puerta. Estos, como las cuevas no tenían otro respiradero que aquel sobre el que se precipitaba el viento, quedaron muy luego ciegos, y además empezaron a ahogarse, respirando un aire incómodo y cargado de polvo; por lo cual apenas pudieran aguantar dos días, y al tercero se entregaron; aumentando, no tanto el poder como la gloria de Sertorio, por verse que lo que no estaba sujeto a las armas lo alcanzaba con la sabiduría y el ingenio.

XVIII.- Mientras que hizo la guerra a Metelo, parecía que su buena suerte era en gran parte debida a la vejez y torpeza de éste, que no podía contrarrestar a un hombre osado, y caudillo más bien de una tropa de bandoleros que de un ejército ordenado; pero cuando, después de haber pasado Pompeyo los Pirineos, contrapuso al de éste su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vio que sobresalía Sertorio así en acometer como en saber guardarse, entonces enteramente fue declarado, aun en Roma mismo, como el más diestro para dirigir la guerra entre los generales de su edad. y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entonces en lo más florido de su gloria, de resulta de sus hazañas en el partido de Sila por las que éste le apellidó *Magno,* que quiere decir grande, y mereció los honores del triunfo antes de salirle la barba. Por esta causa muchas de las ciudades sujetas a Sertorio, abandonaron después este propósito por el suceso de Laurón que salió muy al revés de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fue Pompeyo en su socorro con todas sus fuerzas. Había un collado en la mejor situación, frente a la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio, y Pompeyo entonces, acudiendo con su ejército, lo tuvo a gran ventura, porque creyó que iba a coger a Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando a los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo y salieran a las murallas a ver sitiado a Sertorio. Mas éste, cuando lo supo, se echó a reír, y “Ya volviendo a aquel la vista, pensaban en mudanzas; pero le enseñaré yo- dijo al discípulo de Sila,

porque así llamaba por burla a Pompeyo- que el general debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí"; y en seguida hizo advertir a los sitiados que había dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde había salido para tomar el collado, a fin de que, cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen éstos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo; así, no se atrevió a combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza a retirarse y abandonar a los Lauronitas en aquel peligro; mas fuele preciso estar presente y ser testigo de su perdición, pues aquellos bárbaros desmayaron y se entregaron a Sertorio. No tocó éste a las personas: antes, los dejó ir libres; a la ciudad, en cambio, la abrasó, no por cólera o por crueldad, porque entre todos los generales parece que fue éste el que menos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban a Pompeyo: pues correría la voz entre los bárbaros de que, con estar presente y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dio socorro.

XIX.- Sufrió Sertorio bastantes derrotas, no obstante que en sí mismo y en los que con él peleaban se conservó siempre invicto, sino en las personas de otros generales suyos; pero aún era más admirado por el modo de reparar estos descalabros que sus contrarios por la victoria, como sucedió en la batalla del Júcar [Sucrón] con Pompeyo, y en la del Turia con él mismo y con Metelo. De la del Júcar se dice haberse dado acometiendo Pompeyo, para que Metelo no tuviese parte en la victoria. Sertorio quería también combatir con Pompeyo antes que se le uniese Metelo, y reuniendo a

su gente se presentó a la pelea entrada ya la tarde, reflexionando que las tinieblas serían a los enemigos, extranjeros e ignorantes del terreno, un estorbo para huir o para seguir el alcance. Trabada la batalla, hizo la casualidad que no estuviera él al principio opuesto a Pompeyo, sino a Afranio, que mandaba la izquierda, hallándose él colocado en su derecha; pero habiendo entendido que los que contendían con Pompeyo aflojaban y eran vencidos, encargó a la derecha a otros de sus generales, y pasó corriendo a la parte vencida. Reunió y alentó a unos que ya se retiraban, y a otros que se mantenían en formación, y cargando de recio a Pompeyo, que perseguía a los primeros, le puso en desorden, y estuvo en muy poco que no pereciese, habiendo salido herido y salvádose prodigiosamente; y fue que los Africanos que estaban al lado de Sertorio, cuando cogieron el caballo de Pompeyo engalanado con oro y adornado de preciosos arreos, al partirlos altercaron entre sí y le dejaron escapar. Afranio, desde el momento que Sertorio partió en socorro de la otra ala, rechazó a los que tenía al frente, y los llevó hasta el campamento, en el que se precipitó con ellos, y empezó a saquearlo. Era ya de noche, y no sabía que Pompeyo había sido puesto en fuga, ni podía contener a los suyos en el pillaje. Vuelve en esto Sertorio, que por su parte había vencido, y sorprendiendo a los de Afranio, que se aturdieron por hallarse desordenados, hizo en ellos gran matanza. A la mañana temprano armó sus tropas, y bajó de nuevo a dar batalla; pero, noticioso de que Metelo estaba cerca, mudó de propósito, y se retiró al campamento, diciendo: “A fe que al

mozuelo éste, si la vieja no hubiera llegado, le habría yo dado una zurra y lo habría enviado a Roma.”

XX.- Andaba muy decaído de ánimo, a causa de que no parecía por ninguna parte la cierva, y se sentía falto de este artificio para con aquellos bárbaros, entonces más que nunca necesitados de consuelo. Por casualidad, unos que discurrían por el campo con otro motivo dieron con ella, y conociéndola por el color la recogieron. Habiéndolo entendido Sertorio, les prometió una crecida suma, con tal que a nadie lo dijesen; y ocultando la cierva, pasados unos cuantos días se encaminó al sitio de las juntas públicas con un rostro muy alegre, manifestando a los caudillos de los bárbaros que de parte de Dios se le había anunciado en sueños una señalada ventura, y subiendo después al tribunal se puso a dar audiencia a los que se presentaron. Dieron a este tiempo suelta a la cierva los que estaban encargados de su custodia, y ella, que vio a Sertorio, echando a correr muy alegre hacia la tribuna, fue a poner la cabeza entre las rodillas de aquel, y con la boca le tocaba la diestra, como antes solía ejecutarlo. Correspondió Sertorio con cariño a sus halagos, y aun derramó alguna lágrima, lo que al principio causó admiración a los que se hallaban presentes, pero después acompañaron con aplauso y regocijo hasta su habitación a Sertorio, teniéndole por un hombre extraordinario y amado de los Dioses, y cobrando ánimo concibieron faustas esperanzas.

XXI.- En los campos seguntinos había reducido a los enemigos a la última escasez, y le fue preciso combatir con

ellos en ocasión que bajaban a merodear y hacer provisiones. Peleóse denodadamente por una y otra parte, y Memio, el mejor caudillo de los que militaban bajo Pompeyo, murió en lo más recio de la batalla. Vencía, por tanto, Sertorio, y con gran mortandad de los que se le oponían trataba de penetrar hasta Metelo, el cual, sosteniéndose y peleando alentadamente, fuera de lo que permitía su edad, fue herido de un bote de lanza. Los Romanos, que vieron el hecho, o llegaron a oírlo, se cubrieron de vergüenza de que pudiera decirse abandonaban a su general, y al mismo tiempo se encendieron en ira contra los enemigos. Protegiéronle, pues, con los escudos, y combatiendo esforzadamente, no sólo le retiraron, sino que rechazaron a los Españoles. Mudóse con esto la suerte de la victoria, y Sertorio, para proporcionar a los suyos una fuga segura y dar tiempo a que le llegaran nuevas tropas, se retiró a una ciudad montuosa y bien fortificada, cuyos muros empezó a reparar, y a obstruir sus puertas, sin embargo de que en todo pensaba más que en aguantar allí un sitio, sino que así engañó a los enemigos. Porque atendiendo a él solo, y esperando que sin dificultad se apoderarían de la ciudad, no pensaron en perseguir a los bárbaros en su fuga, ni hicieron caso de las fuerzas que de nuevo acudían a Sertorio. Reuníalas en tanto, enviando caudillos a las ciudades que estaban por él, y dándoles orden de que cuando tuvieran bastante número se lo avisaran por un emisario. Cuando ya tuvo estos avisos, salió sin trabajo por medio de los enemigos, fue a unirse con su gente, y presentándose otra vez con respetables fuerzas les interceptaba a aquellos los víveres: los que podían venirles por tierra, ar-

mándoles celadas, cortando sus partidas y apareciéndose por todas partes, sin darse ni darles reposo; y los del mar, por medio de barcos corsarios, con los que era dueño de la marina, en términos que, precisados los generales romanos a separarse, Metelo se retiró a la Galia, y Pompeyo hubo de invernar con incomodidad en los Vacceos, por falta de fondos; escribiendo al Senado que no regresaría con el ejército si no se le enviaba dinero: porque ya había gastado todo su caudal peleando por la Italia; en Roma no se hablaba de otra cosa sino de que Sertorio llegaría antes a la Italia que Pompeyo. ¡A este punto trajo la pericia y destreza de Sertorio a los primeros y más hábiles generales de aquel tiempo!

XXII.- Manifestó el mismo Metelo cuánto le imponía este insigne varón, y cuán ventajoso era el concepto que de él tenía, porque hizo publicar por pregón que si algún Romano le quitaba la vida le daría cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra, y si fuese algún desterrado le concedería la vuelta a Roma; lo que era desesperar de poderlo conseguir en guerra abierta, poniéndolo en almoneda para una traición. Además, habiendo vencido en una ocasión a Sertorio, se envaneció tanto y lo tuvo a tan grande dicha, que se hizo saludar emperador, y las ciudades por donde transitaba le recibían con sacrificios y con aras. Dícese que consintió le ciñeran las sienes con coronas y que se le dieran banquetes suntuosos, en los que brindaba adornado con ropa triunfal. Teníanse dispuestas victorias con tal artificio, que por medio de resortes le presentaban trofeos y coronas de oro, y había, coros de mozos y doncellas que le cantaban himnos de vic-

toria: haciéndose justamente ridículo con semejantes demostraciones, pues que tanto se vanagloriaba y tal contento había concebido de haber quedado vencedor por haberse él retirado espontáneamente respecto de un hombre a quien llamaba el fugitivo de Sila y el último resto de la fuga de Carbón. De la grandeza de ánimo de Sertorio son manifiestas pruebas, lo primero, el haber dado el nombre de Senado a los que de este Cuerpo habían huido de Roma y se le habían unido, y el elegir entre ellos los Cuestores y Pretores, procediendo en todas estas cosas según las leyes patrias; y lo segundo, el que, valiéndose de las armas, de los bienes y de las ciudades de los Españoles, ni en lo más mínimo partía con ellos el sumo poder, y a los Romanos los establecía por sus generales y magistrados, como queriendo reintegrar a éstos en su libertad y no aumentar a aquellos en perjuicio de los Romanos. Porque era muy amante de la patria y ardía en el deseo de la vuelta; sino que viéndose maltratado se mostraba hombre de valor; mas nunca hizo contra los enemigos cosa que desdijese, y después de la victoria enviaba a decir a Metelo y a Pompeyo que estaba pronto a deponer las armas y a vivir como particular si alcanzaba la restitución; porque más quería ser en Roma el último de los ciudadanos, que no que se le declarara emperador de todos los demás, teniendo que estar desterrado de su patria. Dícese que era gran parte su madre para desear la vuelta, porque había sido criado por ella siendo huérfano, y en todo no tenía otra voluntad que la suya. Así es que, llamado ya por sus amigos al mando en España, cuando supo que su madre había muerto estuvo en muy poco que no perdiese la vida de dolor, porque siete días

estuvo tendido en el suelo sin dar señal a los soldados ni dejarse ver de ninguno de sus amigos, y con dificultad los demás caudillos y otras personas de autoridad, rodeándole en su tienda, pudieron precisarle a que saliera y hablara a los soldados, y se encargara de los negocios, que iban prósperamente; por lo cual muchos entienden que él era naturalmente de condición benigna e inclinado al reposo, y que, por accidentes que sobrevinieron, tuvo que recurrir contra su deseo a mandos militares, y no encontrando seguridad sino en las armas, que sus enemigos le forzaron a tomar, le fue preciso hacer de la guerra un resguardo y defensa de su persona.

XXIII.- Mostróse asimismo su grandeza de ánimo en la conducta que tuvo con Mitridates; porque cuando este rey, rehaciéndose como para una segunda lucha del descalabro que sufrió con Sila, quiso de nuevo acometer al Asia, era ya grande la fama que de Sertorio había corrido por todas partes, y los navegantes, como de mercancías extranjeras, habían llenado el Ponto de su nombre y sus hazañas. Tenía resuelto enviarle embajadores, acalorado principalmente con las exageraciones de los lisonjeros, que comparando a Sertorio con Anibal y a Mitridates con Pirro decían que los Romanos, dividiendo su atención a dos partes, no podrían resistir a tanta fuerza y destreza juntas, si el más hábil general llegaba a unirse con el mayor de todos los reyes. Envía, pues, Mítridates embajadores a España con cartas para Sertorio, y con el encargo de decirle que le daría fondos y naves para la guerra, sin solicitar más de él sino que le hiciera se-

gura la posesión de toda aquella parte del Asia que había tenido que ceder a los Romanos conforme a los tratados ajustados con Sila. Convocó Sertorio a Consejo, al que, como siempre, llamó Senado; y siendo los demás de dictamen de que se accediera a la propuesta como muy admisible, pues que no pidiéndosele más que nombres y letras vanas sobre objetos que no estaban en su facultad, iban en cambio a recibir cosas positivas que les hacían gran falta, no vino en ello Sertorio, sino que dijo que no repugnaría el que Mitridates ocupase la Bitinia y la Capadocia, provincias dominadas siempre por el rey y que no pertenecían a los Romanos, pero en cuanto a una provincia que, poseída por éstos con el mejor título, Mitridates se la había quitado y retenido, perdiéndola después, primero, por haberla reconquistado Fimbria con las armas, y luego por haberla cedido aquel a Sila en el tratado, no consentiría que volviese ahora a ser suya; porque mandando él, debía tener aumentos la república y no hacer pérdidas a trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honra; pero con ignominia, ni siquiera salvar la vida.

XXIV.- Oyó Mitridates esta respuesta con grande admiración, y se dice haber exclamado ante sus amigos: “¿Qué mandará Sertorio sentado en el palacio, si ahora, relegado al mar Atlántico señala límites a mi reino, y porque tengo miras sobre el Asia me amenaza con la guerra? Con todo, hágase el tratado, y convéngase con juramento en que Mitridates tendrá la Capadocia y la Bitinia, enviándole Sertorio un general y soldados, y en que Sertorio percibirá de Mí-

trídates tres mil talentos y cuarenta naves." En consecuencia, fue enviado de general al Asia, por Sertorio, Marco Mario, uno de los senadores fugitivos que habían acudido a él; y habiendo tomado Mitridates con su auxilio algunas ciudades en el Asia, entrando aquel en ella con las fasces y las hachas, iba él en pos tomando voluntariamente el segundo lugar, y haciendo, como quien dice, el papel de criado. Marco concedió la libertad a algunas ciudades y a otras la exención de tributos, anunciándoles que lo ejecutaba en obsequio de Sertorio, de manera que el Asia, molestada otra vez por los exactores, y agobiada con las extorsiones e insolencias de los alojados, se levantó a nuevas esperanzas y empezó a desear la mudanza de gobierno que ya se entreveía.

XXV.- En España, los Senadores y personas de autoridad que estaban con Sertorio, luego que entraron en alguna confianza de resistir y se les desvaneció el miedo, empezaron a tener celos y necia emulación de su poder. Incitábalos principalmente Perpena, a quien con loca vanidad hacía aspirar al primer mando el lustre de su linaje, y dio principio por sembrar insidiosamente entre sus confidentes estas especies sediciosas: "¿Qué mal Genio es el que se ha apoderado de nosotros para arrojarnos de mal en peor? Nos desdeñábamos de ejecutar, sin salir de nuestras casas, las órdenes de Sila, que lo dominaba todo por mar y por tierra, y por una extraña obcecación, queriendo vivir libres, nos hemos puesto en una voluntaria servidumbre, haciéndonos satélites del destierro de Sertorio; y aunque se nos llama Senado, nombre de que se burlan los que lo oyen, en

realidad pasamos por insultos, por mandatos y por trabajos en nada más tolerables que los que sufren los Íberos y Lusitanos." Seducían a los más estos discursos, y aunque no desobedecían abiertamente, por miedo a su poder, bajo mano desgraciaban los negocios y agraviaban a los bárbaros, tratándoles ásperamente de obra y de palabra, como que era de orden de Sertorio; de donde se originaban también rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos desórdenes, volvían, habiendo suscitado mayores inquietudes y aumentado las sediciones que ya existían, tanto que, haciendo salir a Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se encrudeció con los hijos de los Íberos educados en Huesca, dando muerte a unos y vendiendo a otros en almoneda.

XXVI.- Teniendo ya Perpena muchos conjurados para su proyecto, agregó además a él a Mallo, uno de los caudillos. Amaba éste a un jovencito de tierna edad, y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiración, encargándole que no hiciera caso de los demás amadores y sólo se aficionase a él, que dentro de breves días ocuparía un gran puesto. El joven descubre este secreto a Aufidio, otro de sus amadores, a quien él apreciaba más. Quedóse Aufidio suspenso, porque también él entraba en la conjuración contra Sertorio, pero ignoraba que Mallo tuviese en ella parte; turbado después, al ver que aquel mozo le nombraba a Perpena, a Graciano y a otros que él sabía eran de los conjurados, lo primero que hizo fue desvanecerle aquella idea, exhortándole a que despreciara a Mallo, que no tenía más que vani-

dad y orgullo; y después se fue a Perpena, a quien manifestó el peligro y la necesidad que había de aprovechar cuanto antes la oportunidad, instándole a la ejecución. Convinieron en ello, y, disponiendo que uno se presentase con cartas para Sertorio, le condujeron ante él. En las cartas se anunciaba una victoria conseguida por uno de sus lugartenientes, con gran mortandad de los enemigos; y como Sertorio se hubiese mostrado muy contento y hubiese hecho sacrificios por la buena nueva, Perpena le convidó a un banquete con los amigos que se hallaban presentes, que eran todos del número de los conjurados, y haciéndole grandes instancias le sacó la palabra de que asistiría. Siempre en los banquetes de Sertorio se observaba grande orden y moderación, porque no podía ni ver ni oír cosa indecente, y, estaba acostumbrado a que los demás que a ellos asistían, en sus chistes y entretenimientos, guardaran la mayor moderación y compostura. Entonces, cuando se estaba en medio del festín, para buscar ocasión de reyerta, empezaron a usar de expresiones del todo groseras, y fingiendo estar embriagados se propasaron a otras Insolencias para irritarle. Él entonces, o porque le incomodase aquel desorden o porque llegase a colegir su intento del precipitado modo de hablar y de la poca cuenta que contra la costumbre se hacía de su persona, mudó de postura y se reclinó en el asiento, como que no atendía ni oía lo que pasaba; pero habiendo tomado Perpena una taza llena de vino, y dejádola caer de las manos en el acto de estar bebiendo, se hizo gran ruido, que era la señal dada, y entonces Antonio, que estaba sentado al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse éste al golpe, y se

fue a levantar, pero Antonio se arrojó sobre él y le cogió de ambas manos, con lo que, hiriéndole muchos a un tiempo, murió sin haberse podido defender.

XXVII.- La mayor parte de los Españoles abandonaron al punto aquel partido, y se entregaron a Pompeyo y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron se puso al frente Perpena, con resolución de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenía tomadas, pero no fue más que para desacreditarse y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado; habiendo, en efecto, acometido a Pompeyo, fue en el momento derrotado por éste; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio, como a un general correspondía, sino que, habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció a Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personajes de gran poder en Roma, que llamaban a Sertorio a la Italia, con deseo de trastornar el orden existente y mudar el gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasión, no como un joven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando a Roma de grandes sustos y calamidades. Porque, recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos ni dejar que otro los leyera, y a Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traídos ante Pompeyo, y perdieron la vida, y otros, habiendo huído al África, fueron asaetados por los Mauritanos. Nin-

guno escapó, sino Aufidio, el rival en amores de Mallo; el cual, o porque se escondió, o porque no se hizo cuenta de él, mendigo y odiado de todos, llegó a hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

ÉUMENES

I.- Del padre de Éumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza carretero en el Quersoneso, a pesar de lo cual había recibido el hijo una honesta educación, así en las letras como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viaje y se detuvo algún tiempo, concurrió a ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos, y como entre éstos se distinguiese Éumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él se lo llevó consigo. Parece, no obstante, estar más en lo cierto los que atribuyen al hospedaje y a la amistad con el padre aquella demostración de Filipo. Después de la muerte de éste, a ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro aparecía inferior ni en prudencia ni en lealtad, y aunque no tenía otro título que el de jefe de los amanuenses, estaba en igual honor que los más amigos y allegados: tanto, que fue enviado a la India con un ejército de único general, y se le dio el mando de la caballería que antes tenía Perdicas, cuando éste, muerto Hefestión, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo, cuando el escudero mayor Neoptólemo dijo, después de la muerte de Alejandro,

que él le seguía llevando el escudo y la lanza, y Éumenes llevando el punzón y los tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber que Éumenes, además de otras distinciones, había merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera a quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Heracles, de las hermanas de ésta, a Apama la casó con Tolomeo, y a la otra, Barsine, con Éumenes, cuando hizo aquel reparto de las mujeres persas y las colocó con sus amigos.

II.- Con todo, tuvo altercados en muchas ocasiones con Alejandro, y corrió peligro a causa de Hefestión. En primer lugar, repartió éste a Evio el flautista una casa, de la que para Éumenes habían antes tomado posesión sus criados, e irritándose con este motivo Éumenes contra Alejandro, exclamó, llevando en su compañía a Méntor, que más valía ser flautista o farsante, arrojando las armas de la mano, de resulta de lo cual Alejandro tomó parte en el enfado de Éumenes y reprendió a Hefestión. Mas arrepintióse muy luego, y volvió su enojo contra Éumenes, por parecerle que, más bien que libre con Hefestión, había andado descomedido con él. Envió después a Nearco con una expedición al mar exterior, para lo que pidió caudales a sus amigos, por no haberlos en el erario real. A Éumenes le pidió trescientos talentos; pero como no le diese más que ciento, y aun éstos de mala gana y diciendo que con trabajo los había recogido de sus administradores, no se mostró ofendido ni los recibió; pero reservadamente dio orden a algunos de su familia de

que pusieran fuego a la tienda de Éumenes, con el designio de cogerlo en mentira al tiempo de hacer la traslación de su dinero. Ardió la tienda antes de tiempo, con sentimiento de Alejandro, por haberse quemado los escritos de secretaría; pero el oro y plata fundido por el fuego se halló y pasaba de mil talentos. No tomó nada, sin embargo; y antes, escribiendo a todos los sátrapas y generales para que le enviaran copias de los originales que se habían perdido, mandó a Éumenes que los recogiese. En otra ocasión tuvo con Hefestión contienda por cierto presente, en la que dijo y oyó muchos denuestos; no por eso recibió entonces menos, pero habiendo muerto Hefestión de allí a poco el Rey, que lo sintió mucho, se mostraba desabrido y grave con todos aquellos que le parecía haber mirado con envidia a Hefestión mientras vivió y haberse alegrado de su muerte; entre éstos, era de Éumenes de quien tenía mayores sospechas, y muchas veces recordaba aquellas contiendas y reprensiones; mas éste, que era astuto y hábil, trató de salvarse por aquel mismo lado por donde era ofendido: porque se acogió al celo y empeño con que Alejandro quería honrar a Hefestión, proponiendo aquellos honores que más habían de ensalzar al difunto y gastando de su dinero en la construcción del monumento con profusión y largueza.

III.- Muerto Alejandro, como las tropas no quisiesen obedecer a sus validos, Éumenes en su ánimo favorecía a éstos, pero de palabras se mostraba indiferente entre unos y otros, porque, siendo extranjero, no le correspondía mezclarse en las disputas de los Macedonios; mas luego, cuando

los demás favoritos salieron de Babilonia, habiéndose él quedado en la ciudad, aplacó a una gran parte de la infantería y la hizo más dócil para la reconciliación. Aviniéronse después entre sí los generales, sosegadas que fueron aquellas primeras discordias, y repartiéndose las satrapías y comandancias, a Éumenes le tocaron la Capadocia y la Paflagonía, por donde confina con el mar Póntico, hasta Trapezunte, que todavía no pertenecía a los Macedonios, reinando Ariarates en aquella región; por tanto, era necesario que Leonato y Antígono acompañasen a Éumenes con poderosas fuerzas, para darlo a reconocer por sátrapa de ella. Como Antígono, que pensaba ya en bandearse por sí, y miraba con desprecio a los demás, no se prestase a ejecutar las órdenes de Perdicas, Leonato bajó con Éumenes a la Frigia, tomando a su cargo aquella expedición; pero habiéndose unido con él Hecateo, tirano de los Cardianos, y rogándole que auxiliase con preferencia a Antípatro y a los que se hallaban sitiados en Lamia, se decidió a esta marcha, llamando a Éumenes, a quien reconcilió con Hecateo; había, efectivamente, entre ellos ciertos recelos, nacidos de disensiones políticas, y Éumenes en muchas ocasiones había acusado abiertamente la tiranía de Hecateo, excitando a Alejandro a que diera la libertad a los Cardianos. Por tanto, repugnando Éumenes aquella expedición contra los Griegos, y confesando que recelaba de Antípatro, no fuera que en obsequio de Hecateo, y aun por satisfacer su odio propio, le quitara la vida, Leonato usó con él de confianza, y nada le ocultó de cuanto meditaba, revelándole que el auxilio aquel a que parecía prestarse no era más que apariencia y pretexto, siendo su designio

apoderarse inmediatámente que llegara de la Macedonia; y aun le mostró algunas cartas de Cleopatra, que le llamaba a Pela, al parecer, para casarse con él; pero Éumenes, o por temor de Antípatro o por desconfianza de Leonato, que era arrebatado y se gobernaba por ímpetus precipitados, levantó de noche el campo, llevándose cuanto le pertenecía, que eran trescientos hombres de caballería, doscientos jóvenes de los de su familia, armados, y en oro, reducido a la cuenta de la plata, hasta cinco mil talentos. De este modo huyó en busca de Perdicas, a quien participó los intentos de Leonato, y con quien gozó desde luego de mucho poder, habiéndole éste hecho de su Consejo. De allí a poco volvió a marchar a la Capadocia con bastantes fuerzas, acompañándole el mismo Perdicas, que en persona iba acaudillándolas, y habiendo sido tomado cautivo Ariarates, y rendídose toda la provincia, fue en ella reconocido por sátrapa. Puso, pues, las ciudades en manos de sus amigos, estableció gobernadores en las fortalezas, y nombró los jueces y procuradores que le pareció, sin que Perdicas se mezclara en ninguno de estos negocios; hecho el cual, se restituyó en su compañía, ya por mostrársele agradecido y ya también porque no quería dejar la corte.

IV.- Estaba confiado Perdicas en que podría por sí mismo poner en ejecución sus planes; pero entendiendo que para tener guardadas las espaldas necesitaba de un centinela activo y de fidelidad, despachó de la Cilicia a Éumenes, en apariencia a su satrapía, pero en realidad para tener a raya a la Armenia, que confinaba con sus Estados, y en la que an-

daba promoviendo sediciones Neoptólemo. A éste, aunque era de genio orgulloso y altanero, procuró atraerlo Éumenes por medio de amistosas conferencias; él en tanto, hallando inquieta e insolente a la falange macedonia, dispuso prepararle como rival una fuerza de caballería; para lo cual concedió a los naturales que podían servir en esta arma exención de pechos y tributos; y entre éstos, a aquellos de quienes vio podría fiarse les repartió caballos, que compró a su costa; alentó sus ánimos con honores y distinciones, y habituó tanto sus cuerpos al trabajo por medio del ejercicio y las evoluciones, que de los Macedonios unos se quedaron asombrados y otros cobraron ánimo, viendo que en tan corto tiempo había reunido bajo sus órdenes una tropa de caballería que no bajaría de seis mil trescientos hombres.

V.- Más adelante, cuando Crátero y Antípatro, después de sojuzgados los Griegos, pasaron al Asia con designio de disipar el poder de Perdicas, y se dijo que primero invadirían la Capadocia, Perdicas, que estaba haciendo la guerra a Tolomeo, nombró a Éumenes general en jefe de todas las tropas de la Armenia y la Capadocia, y al mismo tiempo dirigió cartas en que mandaba que Álcetas y Neoptólemo estuvieran a las órdenes de Éumenes, y que éste se condujera en los negocios como viera que convenía; pero Álcetas, desde luego, se negó a concurrir por su parte, diciendo que los Macedonios que militaban bajo su mando contra Antípatro se avergonzaban de pelear, y a Crátero aun estaban dispuestos a recibirlo con la mejor voluntad. Por lo que hace a Neoptólemo, no se le ocultó a Éumenes que le estaba fraguando

una traición; llamóle, pues, y en lugar de obedecer se dispuso a combate. Entonces por primera vez sacó Éumenes fruto de su previsión y sus aprestos, porque, vencida ya su infantería, rechazó con la caballería a Neoptólemo, tomándole todo su bagaje; y cargando con fuerza sobre las tropas enemigas, dispersas con motivo de seguir el alcance, las obligó a rendir las armas y a que, prestado nuevo juramento sirvieran con él. Neoptólemo, pues, recogiendo de la fuga unos cuantos, se fue a amparar de Crátero y Antípatro, de parte de los cuales se había ya enviado una embajada Éumenes, proponiéndole que se pasara a su partido y recogiera el fruto, no sólo de conservar las satrapías que ya tenía, sino de recibir además de ellos más estados y tropas, haciéndose amigo de Antípatro, de enemigo que antes era, y no convirtiéndose de amigo en contrario de Crátero. Oída la embajada, respondió Éumenes que, siendo antiguo enemigo de Antípatro, no se haría ahora su amigo, y más cuando veía que él no hacía diferencia entre unos y otros; y en cuanto a Crátero, estaba pronto a reconciliarle con Perdicas y a que se avinieran a lo justo, y equitativo; pero que si empezaba a ofenderle, estaría por él agraviado mientras tuviese aliento, y antes perdería su persona y su vida que faltar a su lealtad.

VI.- Recibida por Antípatro esta respuesta, pusiéronse a deliberar sobre sus negocios muy despacio; y llegando a este tiempo Neoptólemo, en consecuencia de su retirada, les dio cuenta de la batalla, requiriéndolos, sobre que le diesen ayuda, con encarecimiento a entrambos, pero sobretodo a Crátero, diciendo que era muy deseado de los Macedonios, y

que con sólo ver su sombrero u oír su voz, corriendo se pasarían a él con las armas. Porque, en verdad, era grande la reputación de Crátero, y muchos los que se inclinaban a su favor después de la muerte de Alejandro, trayendo a la memoria que repetidas veces, a causa de ellos, había sufrido de éste notables desvíos, oponiéndosele al verle inclinado a imitar el fausto persa, y defendiendo las costumbres patrias, que por el lujo y el orgullo eran ya miradas con desdén. Entonces, pues, Crátero envió a Antípatro a la Cilicia, y él, tomando la mayor parte de las fuerzas, marchó con Neoptólemo contra Éumenes, creyendo cogerle desprevenido, en momentos en que sus tropas estarían entregadas al desorden y a la embriaguez, por haber acabado de conseguir una victoria. El que Éumenes hubiese previsto su venida y se hubiera apercibido, podría decirse que era más bien efecto de un mando vigilante que no de una pericia suma; pero el haber no solamente evitado que los enemigos entendieran qué era en lo que él flaqueaba, sino haber hecho tomar las armas contra Crátero a los que con él militaban, sin saber contra quién contendían ni dejarles conocer quién era el general contrario: tal ardid parece que exclusivamente fue propio de este general. Hizo, pues, correr la voz que volvía Neoptólemo, y con él Pigris, trayendo soldados de a caballo capadocios y paflagonios. Era su intento marchar de noche, y en la que había de ejecutarlo, cogiéndole el sueño, tuvo una visión extraña. Parecióle ver dos Alejandros que se disponían a hacerse mutuamente la guerra, mandando cada uno un ejército; y que después se aparecieron, Atena para auxiliar al uno, y Deméter, para auxiliar al otro. Trabóse un recio combate,

y habiendo sido vencido el favorecido de Atena, Deméter cortó unas espigas y tejió una corona al vencedor. Por aquí infirió que el sueño se dirigía a él, pues que peleaba por el más delicioso país, en el que se veía mucha espiga que apuntaba del cáliz; porque todo estaba sembrado y ofrecía el aspecto propio de la paz, estando de una y otra parte muy vistosos los campos con aquella verde cabellera. Aseguróle todavía más el saber que la seña de los enemigos era Atena y Alejandro; y él dio también por seña Deméter y Alejandro, mandando que todos tomasen espigas y con ellas cubriesen y coronasen las armas. Muchas veces estuvo para descubrir y anunciar a los demás jefes y caudillos quién era aquel con quien iba a pelear, no siendo él solo depositario de un arcano que tanto convenía guardar y encubrir; pero al cabo se atuvo a su primer discurso, y no confió aquel peligro a otro juicio que el suyo.

VII.- No puso, para hacer frente a Crátero, a ninguno de los Macedonios, sino dos cuerpos de caballería extranjera, mandados por Farnabazo, hijo de Artabazo, y por Fénix Tenedio, a quienes dio orden de que, en viendo a los enemigos, los acometieran y vinieran con ellos a las manos con toda presteza, sin darles tiempo alguno y sin admitirles parlamentario: porque temía en gran manera a los Macedonios, no fuese que conociendo a Crátero desertaran y se pasaran a él. Por su parte, formando un escuadrón con los más esforzados, también de caballería, en número de trescientos, y colocándose a la derecha, se dispuso a combatir con Neoptólemo. Luego que, pasada una loma que había en medio,

los descubrieron, como cargasen con mucha velocidad y extraordinario ímpetu, sorprendido Crátero, se quejó amargamente con Neoptólemo por haberle engañado acerca de pasársele los Macedonios, y exhortando a los caudillos que le asistían a portarse con valor acometió igualmente contra los enemigos. Habiendo sido sumamente violento este primer choque, y quebrádose las lanzas, con lo que se hubo de venir a las espadas, Crátero no hizo afrenta a la memoria de Alejandro, sino que derribó a gran número de enemigos y rechazó muchas veces a los que se le oponían; pero, herido al fin por un Tracio, que le acometió de costado, cayó del caballo. Estando en tierra, muchos pasaron de largo sin reparar en él, pero Gorgias, uno de los caudillos de Éumenes, le conoció, y apeándose le puso guardia, por verle muy mal parado y casi moribundo. En esto también Neoptólemo trabó combate por Éumenes; porque, aborreciéndose mutuamente de antiguo y ardiendo en ira, en dos encuentros no se habían visto, pero al tercero se conocieron y se vinieron al punto el uno para el otro, metiendo mano a las espadas y alzando grande vocería. Habiéndose encontrado los caballos con la mayor violencia, al modo de galeras, dejaron caer ambos las riendas y se asieron con las manos, quitándose los yelmos y pugnando por desatar de los hombros las corazas. Mientras así bregaban, huyeron el cuerpo los dos caballos y ellos vinieron a tierra, agarrados como estaban, y empezaron otra lucha, en la cual Éumenes partió a Neoptólemo una pierna al irse a levantar el primero, y se apresuró a ponerse en pie; mas Neoptólemo, apoyándose en la una rodilla, perdida la otra, se defendía valerosamente, hiriendo de

abajo para arriba; pero sus golpes no eran mortales, y, herido en el cuello, cayó desfallecido. Éumenes, llevado de la ira y de su antiguo odio, se puso a quitarle las armas y a decirle injurias, y él, que todavía tenía la espada en la mano, sin que aquel lo percibiera, lo hirió por debajo de la coraza por la parte que toca a la ingle; pero la herida más fue para asustar que para ofender a Éumenes, habiendo sido muy leve, por la falta de fuerza. Despojó, pues, el cadáver, y aunque se sintió en mal estado por sus heridas, teniendo pasados los muslos y los brazos, montó, sin embargo, a caballo y dio a correr a la otra ala, creyendo que todavía se sostenían los enemigos; mas, enterado de la muerte de Crátero, pasó al sitio donde yacía, y hallándole con aliento y en su acuerdo, echó pie a tierra, y prorrumpiendo en lágrimas dijo mil imprecaciones contra Neoptólemo y se lamentó tanto de la desgracia de Crátero, como de la precisión en que a él se le había puesto de tener que sufrir y ejecutar tales cosas con un amigo y compañero de su mayor amor y confianza.

VIII.- Ganó esta batalla Éumenes unos diez días después de la primera, resultándole de ella la mayor gloria, al ver que en sus hazañas tenían igual parte la prudencia y el valor; pero atrájole al mismo tiempo igual envidia y odio de parte de los aliados que de parte de los enemigos, por cuanto un advenedizo y un extranjero, con las manos y las armas de los mismos Macedonios, los había privado del primero y más aventajado entre ellos. Si Perdicas, al saber la muerte de Crátero, hubiera podido adelantarse, ningún otro hubiera ocupado el lugar preeminente entre los Macedonios; pero aho-

ra, muerto Perdicas, con motivo de una sedición en el Egipto dos días antes, había llegado al campamento la nueva de esta batalla, e irritados con ella los Macedonios habían decretado la muerte de Éumenes, nombrando como caudillo de la guerra contra él a Antígono, juntamente con Antípatro. En este tiempo, llegando Éumenes a las dehesas donde pacían los caballos de Alejandro, tomó los que había menester, y como cuidase de enviar recibo a los encargados, se cuenta que Antípatro se puso a reír, diciendo ser admirable la previsión de Éumenes, que esperaba, o darles a ellos cuenta de los intereses del rey, o haber de tomarla. Era el ánimo de Éumenes, siendo superior en caballería, darles batalla en las llanuras de Sardis, mirando además con complacencia poder hacer al mismo tiempo ante Cleopatra alarde de sus fuerzas; pero, a petición de ésta, que temía excitar sospechas en el ánimo de Antípatro, pasó a la Frigia superior, e invernó en Celenas, donde, queriendo competir con él sobre el mando Álcetas, Polemón y Dócimo, “Esto es- les dijo- lo del proverbio: *con el fin nadie cuenta*”. Habiendo prometido a las tropas que dentro de tres días les daría la soldada, puso en venta las quintas y castillos de aquella región, llenos de gentes y ganados. El general de división o comandante de tropa extranjera que había sido comprador de alguno recibía de Éumenes las máquinas y demás instrumentos necesarios, y tomándolo por sitio, los soldados se repartían la presa, en pago de lo que se les debía. Con esto volvió Éumenes a adquirir estimación, y habiendo aparecido en el campamento diferentes bandos que habían hecho arrojar los generales de los enemigos, por los cuales se ofrecían honores y cien ta-

lentos al que diera muerte a Éumenes, se indignaron terriblemente los Macedonios e hicieron acuerdo sobre que mil de los principales formaran su guardia, custodiándole siempre, así de día como de noche. Obedecíanle, pues, y tenían placer en recibir de él los mismos honores que de los reyes, porque consideraban a Éumenes con facultad de regalarles sombreros de diversos colores y mantos de púrpura, que era el presente más regio para los Macedonios.

IX.- La prosperidad hincha y ensoberbece aun a los de ánimo más pequeño: tanto, que al verlos en medio de sus faustos sucesos parece que realmente están dotados de grandeza y gravedad; pero el hombre verdaderamente magnánimo y fuerte donde se ve y resplandece principalmente es en la adversidad y en los reveses, como Eumenes; porque vencido de Antígono por una traición en Orcinios de Capadocia, y siendo de éste perseguido, no dio lugar a que el traidor se refugiara entre los enemigos, sino que, echándole mano, le ahorcó; huyendo luego por el camino opuesto de los que le perseguían, lo torció, sin que éstos lo entendiesen, y dando un rodeo, llegado que fue al sitio donde se dio la batalla, acampó en él, recogió los cadáveres y con las puertas de las casas de las aldeas vecinas, que hizo traer, quemó con separación a los caudillos y con separación a las tropas, y habiéndoles hecho sus cementerios se retiró: de manera que, habiendo ido después allá Antígono, no pudo menos de maravillarse de su arrojo y su serenidad. Cayó después sobre el bagaje de Antígono, y estando en su mano tomar muchas personas libres, muchos esclavos y gran riqueza amontonada

de tantas guerras y tan cuantiosos despojos, temió que sus soldados, cargados con tanto botín y tanta presa, se hicieran demasiado pesados para la fuga y muy delicados para sobrellevar las continuas marchas y aguantar la dilación y el tiempo, que era en el que principalmente ponía la esperanza de aquella guerra, pensando en cansar y fatigar a Antígono. Mas conociendo la dificultad de apartar a los Macedonios por medio de una orden directa de una riqueza que podían contar por suya, mandó que tomaran ellos alimento y dieran pienso a los caballos, y en seguida marcharan contra los enemigos. En tanto, envió secretamente quien a Menandro, jefe encargado del bagaje de los enemigos, le advirtiese de su parte, como si se interesara por él, convertido en su amigo y deudo, de que estuviese apercibido y se retirara cuanto antes de aquellas llanuras y lugares bajos, a la falda de los montes vecinos, inaccesible a la caballería y poco propia para las sorpresas. Notó Menandro inmediatamente el peligro, y partió de allí, y Éumenes, entonces, a presencia de todos, envió descubridores, dando ya la orden a los soldados de que se armasen y pusieran los frenos a los caballos como para acometer inmediatamente a los enemigos; pero, trayéndole los descubridores noticias de que Menandro se había puesto en plena seguridad con haberse retirado a lugares ásperos, fingiendo que se enfadaba, marchó de allí con sus tropas. Dicese que, dando parte Menandro a Antígono de esta ocurrencia, como los Macedonios alabasen a Éumenes y se mostrasen más benignos con él, porque siéndole fácil cautivar a sus hijos y afrentar a sus mujeres se había ido a la mano y tenídoles consideración, replicó Antígono: “No lo

ha hecho por amor a nosotros, oh simples, sino por temor de que estas riquezas fuesen grillos para su fuga”.

X.- Andando, pues, Éumenes fugitivo y errante, persuadió a muchos de sus soldados que se retirasen, bien fuera por compasión que les tuviese, o bien porque no quisiera llevar consigo menos de los que eran menester para pelear y más de los que convenían para no ser descubierto. Refugiándose, pues, en la fortaleza de Nora, situada en el confín de la Licaonia y la Capadocia, con quinientos caballos y doscientos infantes, otra vez despidió de allí a aquellos de sus amigos que se lo habían rogado, por no poder sufrir la aspereza del país y la escasez de víveres, saludándolos a todos y tratándolos con la mayor afabilidad. Sobrevino Antígono, y como le llamase a una conferencia antes de llegar al extremo de ponerle sitio, respondió que Antígono tenía muchos amigos y muchos caudillos que le relevasen, pero que si él faltaba, no les quedaría nadie a los que había tomado bajo su amparo, proponiéndole que le enviara rehenes si tenía por conveniente el que conferenciasen; y como insistiese Antígono en que fuera a hablarle, por ser superior, repuso que él no reconocía como superior a ninguno mientras fuera dueño de su espada. Con todo, habiéndole Antígono enviado a la fortaleza a su sobrino Tolomeo, como el mismo Éumenes había exigido, entonces bajó, y abrazándose se saludaron con amor y cariño, obsequiándose entre sí y tratándose como amigos. Hablaron largamente, y no habiendo Éumenes ni siquiera hecho mención de seguridad y de paz, y antes sí pedido que se le sanearan sus satrapías y se le hiciesen pre-

sentes, todos los que allí se hallaban se quedaron pasmados, no acertando a ponderar su resolución y osadía. Al mismo tiempo corrieron muchos de los Macedonios, con el deseo de ver qué hombre era Éumenes; porque después de la muerte de Crátero, de ninguno se hablaba tanto en el ejército. Llegando, pues, Antígono a temer por él no le hiciera alguna violencia, primero hizo publicar que nadie se le acercase, y aun ahuyentó con piedras a los que concurrían; al fin cogió entre sus brazos a Éumenes, y haciendo que sus guardias retirasen a la muchedumbre, con gran trabajo pudo ponerle en seguridad.

XI.- Levantó en seguida trincheras alrededor de Nora, y, dejando la fuerza correspondiente, se retiró. Sitiado Éumenes, guardaba aquel recinto, dentro del cual tenía trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto, ningún otro comestible, ni con qué condimentarle. Mas, a pesar de todo, aún hizo alegre la vida a los que le acompañaban, teniéndolos por días a su mesa y sazonando la comida con una conversación y afabilidad llena de gracia. Su semblante era también dulce y en nada parecido al de un guerrero agobiado con las armas, sino alegre y risueño; y, en fin, en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte guardaban entre sí una admirable simetría todos los miembros. No era elegante en el decir, pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que más mortificaba a los que tenía consigo era la angostura a que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir apiñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenía más que dos

estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningún ejercicio, manteniendo también ociosos a los caballos. Queriendo, pues, no sólo librarlos del fastidio que en la inacción los consumía, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, a los hombres les señaló para paseo el edificio más capaz de todo aquel terreno, que, sin embargo, no tenía más que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas, que, pasando por el arranque del cuello, los tenían en el aire, levantándolos más o menos por medio de una polea; púsolos, pues, de modo que con las patas traseras se apoyaban en el suelo, pero con las delanteras, cuando tocaban en él, era con la puntita del casco. Soliviados en esta disposición, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos, con lo que, llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los pies; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento tenían que poner en contorsión todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos, y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, así para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran más fácilmente y la digirieran mejor.

XII.- Prolongábase demasiado el sitio, y como tuviese noticia Antígono de haber muerto Antípatro en Macedonia, y de estar todo revuelto, a causa de las disensiones de Casandro y Polisperconte, no limitó ya a poco sus esperanzas, sino que en su ánimo se propuso aspirar a la universalidad del mando, bien que contando con tener a Éumenes por

amigo y por auxiliador de sus empresas. Para ello, envió a Jerónimo a tratar con Éumenes, remitiendo extendida la fórmula del juramento; pero éste la recogió y dejó al arbitrío de los Macedonios que le cercaban el que declarasen cuál era más justa. Antígono hacía al principio alguna mención de los reyes por cumplimiento, y por lo demás refería a sí mismo todo el juramento; Éumenes, por el contrario, puso en primer lugar a Olimpias con los reyes, y después juró que abrazaría los mismos intereses y tendría a los mismos por amigos y por enemigos, no respecto de Antígono solamente, sino respecto también de Olimpias y de los reyes. Túvose esto por lo más justo, y haciendo los Macedonios que bajo esta fórmula jurase Éumenes levantaron el sitio, y enviaron mensajeros a Antígono para que prestara igual juramento a Éumenes. Luego que éste se vio libre, restituyó los rehenes de los Capadocios que tenía en Nora, recibiendo de los que los recibían caballos, acémilas y tiendas. Reunió al mismo tiempo de sus antiguos soldados a cuantos habiéndose dispersado en la fuga andaban errantes por el país; tanto, que llegó a juntar poco menos de mil hombres de a caballo, con los cuales desapareció y huyó, temiendo con razón de Antígono; porque no sólo dio orden de que volvieran a sitiarle, restableciendo las trincheras, sino que contestó ásperamente a los Macedonios, por haber admitido la corrección del juramento.

XIII.- Mientras así andaba fugitivo Éumenes, le llegaron cartas de los que en Macedonia temían los adelantamientos de Antígono: de Olimpias, que le llamaba para que tomara

bajo su amparo y educara al hijo de Alejandro, a quien se armaban asechanzas, y de Polispterconte y el rey Filipo, que, confiriéndole el mando del ejército de Capadocia, le daban orden de hacer la guerra a Antígono y de tomar del tesoro de Quindos quinientos talentos para restablecer su fortuna, y para la guerra cuanto hubiera menester; sobre estos mismos objetos escribieron también a Antígenes y Téutamo, caudillos de los Argiráspidas. Como éstos, leídas las cartas, en la apariencia recibiesen con agrado a Éumenes, pero en realidad se viese que estaban devorados de envidia y emulación, desdeñándose de ser sus segundos, la envidia salió al paso de Éumenes con no recibir la cantidad. designada, como que nada le hacía falta, y a la emulación y ambición de mando de unos hombres que ni valían para mandar ni querían obedecer opuso la superstición. Porque les refirió habérsele aparecido Alejandro entre sueños y haberle mostrado un pabellón magníficamente adornado, en el que había un trono real; y que después le dijo que, cuando se reunieran a despachar en aquel sitio, él estaría en medio de ellos y tomaría parte en todo consejo y en toda empresa que se comenzara bajo sus auspicios. Fácilmente hizo entrar en esta idea a Antígenes y Téutamo, que no querían concurrir a su posada, así como él se desdeñaba de que se le viera llamar en puerta ajena. Armando, pues, un pabellón real y un trono destinado para Alejandro, allí se reunía a tratar los negocios de importancia. Dirigíanse a las provincias superiores, y Peucestas, que era amigo, se le agregó en el camino con todos los demás Sátrapas. Juntaron en uno todas las tropas, y con el gran número de armas y la brillantez de los preparati-

vos dieron gran fuerza a los Macedonios; pero habiéndose hecho indóciles por sus riquezas, y delicados por el regalo después de la muerte de Alejandro, y teniendo además pervertidos sus ánimos y dispuestos a la tiranía con las insolencias de los bárbaros, entre si no podían ni avenirse ni aguantarse, y, por otra parte, con lisonjear sin tasa a los Macedonios, gastando con ellos en banquetes y sacrificios, en breve tiempo convirtieron el campamento en un mesón de pública destemplanza e infundieron ideas demagógicas a los soldados sobre la elección de generales, como en las democracias. Observando Éumenes que unos a otros se miraban con desprecio, y que a él le temían y trataban de quitarle de en medio si se les presentaba ocasión, fingió hallarse falto de fondos, y tomó a réditos muchos talentos de manos de los que más le aborrecían, para que confiaran de él y se abstuviesen de su mal propósito por el cuidado de no perder su dinero, de manera que la riqueza ajena vino a convertirse en defensa de su persona, y así como otros dan para que los dejen en sosiego, en él sólo se verificó que al recibir debiese su seguridad.

XIV.- Es verdad que los Macedonios, en tiempo de serenidad, se dejaban corromper por los que los agasajaban, que frecuentaban las puertas de éstos y les hacían la guardia como a sus caudillos; pero cuando Antígono vino a acamparse inmediato a ellos con grandes fuerzas, y los negocios les arrancaron la confesión ingenua de que necesitaban un verdadero general, no solamente los soldados se sometieron a Éumenes, sino que cada uno de aquellos que en la paz y el

regalo se ostentaban grandes cedió entonces y se prestó a ponerse sin chistar en el lugar que se le señaló; y en el río Pasitigris, como Antígono intentase pasarlo, los demás que habían sido apostados en diferentes puntos ni siquiera le sintieron, y sólo se le opuso Éumenes, el cual, trabando con él batalla, hizo en sus tropas gran destrozo, llenando de cadáveres la corriente, y le tomó cuatro mil cautivos. Mas, habiéndole sobrevenido una enfermedad, entonces fue cuando principalmente se vio que, si los Macedonios acariciaban a los otros por sus brillantes banquetes y fiestas, para mandar y hacer la guerra en él sólo tenían confianza. Porque habiéndoles dado una espléndida comida Peucestas, repartiendo a víctima por cabeza para el sacrificio, esperó por este medio hacerse el primero; pero al cabo de pocos días sucedió lo siguiente: estaban los soldados en marcha contra los enemigos, y fue preciso que a Éumenes, que había enfermado gravemente, se le condujese en litera a cierta distancia del campamento, por la falta de sueño; a poco que habían andado, se les aparecieron repentinamente los enemigos, que, vencidos unos collados, descendían a la llanura, y luego que desde las cumbres resplandeció con el sol el brillo de las armas de oro de una tropa que caminaba en orden, y vieron las torres de los elefantes y las ropas de púrpura, que era el adorno de que usaban cuando se presentaban a batalla, parándose los que iban los primeros en la marcha, empezaron a gritar que se llamara a Éumenes, porque no mandando él no pasaban adelante; y fijando las armas en el suelo, se daban unos a otros la voz de hacer alto, y a los jefes la de que también se detuvieran y sin Éumenes no se peleara ni se

aventura la acción con los enemigos. Habiéndolo entendido Éumenos, vínose a ellos con celeridad, dando priesa a los que le conducían, y descorriendo de uno a otro lado las cortinas de la litera les alargaba la mano con el semblante más placentero. Ellos, por su parte, luego que le vieron, le saludaron en lengua macedónica, levantaron en alto los escudos, y haciendo ruido con las azcona provocaron con algazara a los enemigos, manifestando que ya había llegado su general.

XV.- Noticioso Antígono por los cautivos de que Étimenes se hallaba doliente, y que por su mal estado era preciso le llevaran en litera, creyó que no sería de gran trabajo derrotar a los demás durante su enfermedad, y así, se apresuró a darles batalla. Mas cuando al estar cerca de los enemigos, que ya se hallaban prestos, observó su formación y su admirable orden, se quedó parado por un rato. Vióse luego la litera, que era conducida de la una ala a la otra, y entonces, echándose a reír Antígono a carcajadas, como solía, dijo a sus amigos: "Aquella litera, según se ve, es la que nos hace la guerra", y al punto retrocedió con sus fuerzas y se volvió al campamento. Los del otro partido, apenas respiraron un poco, perdieron de nuevo la subordinación, y dándose al regalo, a ejemplo de los jefes, ocuparon para invernar casi toda la región de los Gabenos: de manera que los últimos tenían sus tiendas a cerca de mil estadios de distancia de los primeros. Luego que lo supo Antígono, marchó otra vez contra ellos de sorpresa, por un camino áspero y desprovisto de agua, pero corto, y por el que se atajaba mucha tierra, esperando que si los sobrecogía tan desparramados en sus cuarteles de invierno, ni siquiera les había de ser fácil a

los caudillos el reunirlos. Mientras así caminaban por un terreno inhabitado, sobrevinieron huracanes fuertes y crudos hielos, que estorbaron la rapidez de la marcha, molestando y fatigando el ejército: fue, pues, recurso preciso el encender muchas hogueras. De aquí nació el ser descubiertos por los enemigos, porque aquellos bárbaros que apacentaban sus ganados en los montes que miraban hacia el desierto, admirados de ver tantos fuegos, despacharon mensajeros en dromedarios para dar aviso a Peucestas. Luego que recibió esta noticia, con el temor salió fuera de sí, y viendo a los demás en igual disposición determinó huir, llevándose tras sí a los soldados que encontraba al paso; pero Éumenes desvaneció su turbación y su miedo, ofreciéndoles que contendría la celeridad de los enemigos, de manera que llegarían tres días más tarde de lo que se esperaba. Diéronle asenso, y al mismo tiempo que envió órdenes para que todas las tropas se reunieran sin dilación desde sus respectivos cuarteles, montó a caballo con los demás caudillos, y escogiendo en las cumbres un lugar que estuviera bien a la vista de los que caminaban por el desierto, midió en él las distancias, y mandó que de trecho en trecho encendieran fuegos, del mismo modo que si hubiera un campamento. Hízose así, y descubiertas las hogueras por Antígono desde los montes, le sobrevino gran pesar y desaliento, por parecerle que muy de antemano lo habían sabido los enemigos y marchaban en su busca. Para no verse, pues, en la precisión de haber de pelear, cansado y fatigado del camino, contra tropas prevenidas y descansadas, abandonando el atajo hizo la marcha por las aldeas y ciudades, para reponer de esta manera su

ejército. Como no encontrase ningún estorbo de los que se encuentran siempre cuando los enemigos se hallan cerca, y los paisanos le dijesen que no se había visto ningún ejército, y sí todo aquel sitio lleno de hogueras, conoció que había sido burlado por Éumenes, y mortificado sobremanera continuó con ánimo de que la contienda se decidiese en formal batalla.

XVI.- Entre tanto, reunida la mayor parte de la tropa del ejército de Éumenes, y celebrando su gran talento, resolvió que él solo tuviera el mando. Disgustados y resentidos de ello los caudillos de los Argiráspidas, Antígenes y Téutamo, empezaron a pensar en los medios de perderle, y, teniendo una junta con los más de los otros sátrapas y caudillos, trataron de cómo y cuándo habían de acabar con Éumenes. Como conviniesen todos en que para la batalla se valdrían de él, y terminada le quitarían del medio, Eudamo, conductor de los elefantes, y Fédimo dieron secretamente parte a Éumenes de lo determinado, no por amistad o inclinación, sino por el cuidado de no perder el dinero que le tenían dado a logro. Mostróseles agradecido Éumenes; retiróse a su tienda; y diciendo a sus amigos que estaba rodeado de una caterva de fieras, ordenó su testamento. Rasgó después y rompió las cartas y escritos que conservaba, no queriendo que después de su muerte se suscitaran pleitos y calumnias contra sus autores. Arregladas estas cosas, estuvo perplejo entre poner la victoria en manos de los enemigos y huir por la Media y Armenia para meterse en la Capadocia; pero cercado por los amigos, a nada se resolvió sino que, impelido

por su ánimo por el mismo conflicto a mil diversos pensamientos, por fin ordenó el ejército, exhortando a los Griegos y a los bárbaros, y siendo a su vez alentado por la falange y los Argiráspidas con la voz de que no los esperarían los enemigos. Eran éstos los soldados veteranos del tiempo de Filipo y de Alejandro, atletas nunca vencidos en la guerra, y que habían llegado hasta esta época, teniendo los más de ellos setenta años y no bajando ninguno de sesenta. Por esta causa, al acercarse a los soldados de Antígono les gritaron "¿Contra vuestros padres hacéis armas, malas cabezas?" y cargando con furia, en un momento destrozaron toda su falange, no haciéndoles nadie resistencia y pereciendo casi todos a sus manos: así en esta parte fue Antígono enteramente derrotado; pero con la caballería quedó vencedor; y como Peucestas hubiese peleado floja y cobardemente, tomó todo el bagaje, ya porque en el peligro obró con el mayor cuidado y vigilancia, y ya también por favorecerle el terreno, que era una llanura vasta, no profunda ni dura y firme, sino arenosa y llena de un salitre seco y enjuto, que, pisoteado por tantos caballos y tantos hombres todo el tiempo que duró la acción, levantaba un polvo parecido a la cal viva, que emblanquecía el aire y quitaba la vista; con lo que pudo más fácilmente Antígono, sin ser visto, apoderarse de los equipajes de los enemigos.

XVII.- No bien se hubo terminado la batalla, cuando Téutamo y los de su facción enviaron en reclamación del bagaje, y habiéndoles Antígono ofrecido la restitución de éste, y que en todo los complacería con tal que consiguiese

tener en sus manos a Éumenes, tomaron los Argiráspidas una resolución dura y terrible, que fue la de entregar a Éumenes vivo en manos de sus enemigos. Empezaron por presentársele sin causar sospecha, para tenerle así en observación, y, con este objeto, unos se lamentaban de la pérdida de los equipajes, otros le daban ánimo, pues que había quedado vencedor, y otros culpaban a los demás caudillos; pero después, arrojándose sobre él, le quitaron la espada, y con su mismo ceñidor le ataron las manos a la espalda. Como viniese luego Nicanor, enviado por Antígono para hacerse cargo de él, pidió que, pasándole por entre los Macedonios, se le permitiera hablar, no para interponer ruegos o disculpas, sino para advertirles de lo que les convenía. Habiéndose impuesto silencio, subió a un sitio, poco elevado, y tendiendo las manos atadas: " ¿Podría ni por sueño- exclamó- ¡oh los más malvados de los Macedonios! levantar contra vosotros Antígono un trofeo como el que levantáis vosotros contra vosotros mismos, entregando cautivo a vuestro general? ¿Puede darse cosa más vergonzosa que el que, siendo vosotros vencedores, os confeséis vencidos a causa del bagaje, como si el vencer pendiera de las riquezas y no de las armas, y aun entreguéis a vuestro general por rescate de unos equipajes? Yo por mí sufro esta violencia invicto, porque he vencido a los enemigos, y mi ruina me viene de mis propios aliados; mas vosotros, por Zeus poderoso y por los dioses que presiden a los juramentos, dadme aquí la muerte en obsequio de ello. Si aquí me quitáis la vida, me reconozco hechura vuestra, y no temáis las quejas de Antígono, porque como quiere a Éumenes es muerto, no vivo. Si no queréis

emplear vuestras manos, una de las mías, desatada, bastará para cumplir la obra; y si desconfiáis de poner en mi mano una espada, arrojadme atado a las fieras: que si así lo hacéis, yo os doy por libres de toda venganza, considerándoos como los hombres más piadosos y justos que haya habido jamás para con su general".

XVIII.- Al hablarles así Éumenes, las tropas se mostraban oprimidas de dolor, y prorrumpieron en llanto, pero los Argiráspidas gritaron: "que marcharan con él, y no se diera oído a aquellas chocheces, pues no debía atenderse a las quejas de un miserable Quersonesita, que en mil guerras había dejado desnudos a los Macedonios, sino a que los primeros entre los soldados de Alejandro y de Filipo, después de tantos trabajos, no quedaran privados del premio de su vejez, teniendo que recibir el sustento de otros, y siendo ya tres las noches que sus mujeres eran afrentadas por los enemigos"; y al mismo tiempo se lo llevaron a toda prisa. Antígono, temiendo a la muchedumbre que acudía, porque no había quedado nadie en el campamento, envió diez de los más valientes elefantes y gran número de lanceros, Medos y Partos, para oponerse al tropel. Por su parte, no pudo resolverse a ver a Pumenes, a causa de su antiguo trato y amistad, y habiéndole preguntado, los que se habían encargado de su persona, cómo le guardarían, "Como a un elefante", les respondió, "o como a un león". Túvole después alguna lástima, y dio orden de que se le quitaran las prisiones pesadas y se le consintiera tener a su lado un joven de su confianza para ungirse, permitiendo además que de sus amigos le visitasen

los que quisieran y le proveyesen de lo que hubiera menester. Como hubiese estado muchos días pensando qué haría de él, escuchó los ruegos y las ofertas que en su favor hacían Nearco Cretense y su hijo Demetrio, que aspiraban a salvar a Éumenes, cuando todos los demás se oponían y le instaban para que se deshiciera de él. Refiérese haber preguntado Éumenes a Onomarco, encargado de su custodia, por qué Antígono, teniendo en su mano a un hombre que era su enemigo y su contrario, o no le quitaba la vida cuanto antes, o no le dejaba libre, usando de generosidad; y que, habiéndole Onomarco respondido con desdén que no era entonces cuando había de mostrar arrogancia y desprecio de la muerte, sino en la batalla, le replicó Éumenes: “Por Zeus, que también entonces le tuve; pregunta, si no, a los que han venido conmigo a las manos, porque no he encontrado ninguno que me hiciera ventaja”; a lo que había repuesto Onomarco: “Pues ya que ahora le has encontrado, ¿por qué no aguardar su disposición?”

XIX.- Cuando ya Antígono se resolvió a que se acabara con Éumenes, mandó que se le quitara el alimento; y por dos o tres días se le tuvo sin comer, para que así falleciese; pero habiendo sido preciso levantar repentinamente el campo, introdujeron un hombre que le quitó la vida. El cadáver lo entregó Antígono a sus amigos, permitiéndoles quemarlo, y que recogieran en una urna de plata sus despojos, para ponerla en manos de su mujer y de sus hijos. Habiendo sido de este modo asesinado Éumenes, la Divinidad por sí no dio castigo alguno a los demás caudillos y soldados que fueron

traidores contra él, pero el mismo Antígono, habiendo echado lejos de sí a los Argiráspidas, como impíos y feroces, los entregó a Sibircio, gobernador de Aracosia, con orden de que por todos los medios los atormentara y destruyera, para que ninguno de ellos volviera a poner el pie en la Macedonia ni a ver el mar de Grecia.

COMPARACION DE SERTORIO Y EUMENES

I.- Hemos referido lo que en cuanto a Éumenes y Sertorio hemos podido recoger digno de memoria, y viniendo a la comparación, es común a entrambos el que, siendo extranjeros, advenedizos y desterrados, hubiesen llegado a ser y se hubiesen mantenido generales de naciones diversas, de tropas aguerridas y de poderosos ejércitos. Tuvieron de particular: Sertorio, el haber ejercido un mando que le fue conferido por sus aliados, a causa de su grande reputación, y Éumenes, el que, contendiendo muchos con él por el mando, a sus hazañas debió la primacía; al uno le siguieron voluntariamente los que querían ser mandados en justicia, y al otro le obedecieron por su propia conveniencia los que eran incapaces de mandar. Porque el uno, siendo Romano, mandó a los Íberos y Lusitanos, y el otro, siendo del Quersoneso, mandó a los Macedonios; de los cuales aquellos hacía tiempo que servían a los Romanos, y éstos traían entonces sujetos a todos los hombres. Al generalato ascendieron: Sertorio, siendo admirado en el Senado y en el ejército, y Éumenes, siendo despreciado, a causa de no ser más que un escribiente: así, Éumenes no sólo tuvo menos proporciones

para el mando, sino que tuvo también mayores obstáculos para sus adelantamientos; porque hubo muchos que abiertamente se le opusieron, y muchos que solapadamente le armaron asechanzas; no como el otro, a quien a las claras nadie, y a lo último sólo unos pocos de sus confederados, ocultamente se le sublevaron. Por tanto, para el uno era el fin de todo peligro el vencer, a los enemigos, y para el otro, el mismo vencer era un peligro de parte de los que le envidiaban.

II.- Los hechos de guerra fueron parecidos y semejantes; pero en diverso modo, siendo Éumenes por carácter belicoso y pendenciero, y Sertorio amante de la paz y del reposo. Porque aquel, habiendo podido vivir en seguridad, disfrutando grandes honores, si hubiera amado el retiro, estuvo en perpetua contienda y peligro con los principales, y a éste, que huía de los negocios, para la seguridad de su persona, le fue preciso estar en guerra con los que no le dejaban vivir en paz; pues Antígono, de buena voluntad, se habría avenido con Éumenes si, absteniéndose de contender por la primacía, se hubiera contentado con el segundo lugar después de él, y a Sertorio ni siquiera quería permitirle Pompeyo el vivir apartado de todo negocio. Por tanto, el uno, voluntariamente, se arrojó a la guerra y al mando, y el otro tomó éste contra su voluntad, porque le hacían la guerra. Era, pues, apasionado de ésta el que tenía en más la ambición que la seguridad, y guerrero solamente el que con la guerra adquiría su salud. La muerte al uno le cogió enteramente desprevenido; y al otro, cuando ya esperaba su fin; por lo que en el uno

hubo candidez, pues parece se fió de unos amigos, y en el otro debilidad, porque, habiendo querido huir, dio sin embargo lugar a que le echaran mano. La muerte del uno no afrentó su vida, habiendo sufrido de manos de unos amigos lo que ninguno de los enemigos pudo ejecutar jamás; y el otro, no habiéndose resuelto a huir antes de ser cautivo, y queriendo vivir después de la cautividad, ni evitó ni sufrió la muerte con la grandeza de ánimo que convenía, sino que, con humillarse y suplicar al que parecía que sólo dominaba su cuerpo, lo hizo también dueño de su espíritu.